

con



mayúscula

Ruymán Rodríguez



Con A mayúscula

Ruymán Rodríguez



Edición: Amigas y amigos de Ruymán.

Colaboradora: Anarquismo en PDF

Portada: [Reybum](#)



Rebellionem facere Aude!

Presentación	5
---------------------------	---

Textos Políticos

Apología del ilegalismo.....	7
Elogio de un heterodoxo al Anarquista	11
Romance del prisionero	15
Propuesta Estructural.....	22
Por un objetivo común: Entente y Estrategia.....	26
A los que luchan.....	37
El derecho al techo.....	42
Patriotas del Hambre	54
Un día en «La Esperanza»	59
El Liderazgo en los colectivos anarquistas.....	64
De la necesidad de que el anarquismo toque el suelo.....	70
Títeres desde arriba	79
Reflexión sobre 45 días de lucha.....	84
Mitos anarquistas	93
Los límites de la comunidad.....	98
¿Y si el sindicalismo que conocemos ya no basta?	110

Cruzar el Rubicón.....	129
Claroscuro de la okupación	136
Tierra bajo las uñas.....	140
La madurez militante	150
Estampas de miseria	157
Ser anarquista	171

Miscelánea

La Rebeldía.....	177
La Asamblea de los Animales.....	179
Un sueño	185
Actualidad	189
La edad de un hombre	192

Presentación

CON ESTA COMPILACIÓN de artículos políticos, completada por una pequeña miscelánea literaria, queremos hacer un pequeño y humilde reconocimiento a los casi 20 años de militancia de nuestro compañero Ruymán Rodríguez (1983). Los textos que hemos seleccionado no son el grueso de su obra. Mucho queda aún, desde artículos y manuales de vivienda a voluminosos libros sobre individualismo. Pero hemos querido escoger lo más representativo, desde el 2008 a su primer texto del 2017. En esta compilación se aprecia la evolución estilística y temática de nuestro compa, pero también se ve una constante sobre los mismos intereses y preocupaciones: la indigencia, la marginalidad, el ilegalismo, la urgencia de la práctica, el individualismo, la necesidad de ser incisivo, la reivindicación de los subalternos.

Tanto la evolución como la permanencia están marcadas directamente por una militancia que a veces ha sobrepasado el límite de lo saludable (si no hay artículos del 2014 es porque todo lo que escribió ese año era por y para la Comunidad «La Esperanza»). Cuando en la segunda mitad de la década del 2000 estaba implicado en actividades antirracistas, viviendo la indigencia cotidiana, en el aislamiento, escribía «con el hacha» (como él mismo reconoce). Mientras que las duras y ricas experiencias de 5 años, volcado en la lucha por la vivienda, han producido la madura y lúcida hornada de artículos del 2016.

Sirva por tanto esta recopilación, en la que hemos querido incluir algunos relatos inéditos de corte literario, como un reconocimiento a una trayectoria de la que aún quedan muchos

años, y como una muestra de afecto a quien, más allá de sus escritos, se ha convertido en la práctica diaria en el motor no reconocido de muchas de las iniciativas más interesantes e importantes que en lo político y social se han producido en Gran Canaria.

Agradecemos, finalmente, la implicación, dedicación y gran trabajo de **Anarquismo en PDF** para ayudarnos a hacer posible esta iniciativa.

Amigas y amigos de Ruy.

Textos Políticos

Apología del Ilegalismo

(2008)

«Si la furia del pueblo igualara a su paciencia, nadie se atrevería a convertirse en gobernante».

(R.F.R. [cita del propio Ruymán]).

ABÚLICOS Y DECEPCIONADOS; cínicos y arrogantes; melancólicos e introvertidos, incluso confiados y, aparentemente, satisfechos; vivimos todos nosotros sumidos en el más profundo de los temores. Hay miedo al futuro, al porvenir, a lo que nos deparará un inexistente destino, al ensañamiento con que podría tratarnos la vida. También hay miedo al pasado, a lo pretérito, a los esqueletos del armario, a la descodificación de nuestros demonios... Y en cada uno de esos casos se repite una constante: miedo al castigo.

La ingenuidad —que no perdemos ni en nuestra vejez— consiste, precisamente, en el supuesto desconocimiento de dicho fenómeno.

Tenemos miedo a que nos reprueben por lo que podemos llegar a hacer, y miedo a que nos fustiguen por lo que hemos hecho. No nos importa comprender por qué se nos castiga, ni

descubrir quién lo hace, ni cuestionar la superioridad de quien se arroga el derecho de aplicarnos la férula. Si se nos castiga: «algo habremos hecho para merecerlo», quien nos castiga: «es siempre un organismo que vela por el orden y la seguridad», su superioridad reside: «en que los individuos que lo componen son un dechado de virtudes, con una solvente y elevada catadura moral»... Sí, a estas mamarrachadas llega la dialéctica jerárquica.

No queremos cuestionar la dudosa belleza de estos eufemismos; nos atreveremos, sin embargo, a remover su fondo. Si se nos castiga: «es únicamente porque alguien obtiene un rédito de ello», quien nos castiga: «es siempre un organismo represor que fomenta el abotargamiento y el miedo», y su superioridad reside: «únicamente en la fuerza bruta», es esta, y no otra, la virtud augusta sobre la que reposa su cetro.

Sin temor a caer en la categoría del dogma, podemos parafrasear a Albert Libertad y afirmar que ninguna ley es justa y ningún condenado es culpable.

Interroguémonos detenidamente: ¿acaso quienes nos castigan son mejores que nosotros? No; sencillamente sus intereses —por cierto, nada altruistas— son distintos que los nuestros. Nuestra igualdad material mermaría radicalmente sus ganancias, nuestra expansión creativa aboliría su mecanicismo industrial, nuestra voluntad paralizaría la rueda que hace girar su sistema, nuestra felicidad consciente y autosuficiente invalidaría su tutela, y en definitiva, nuestra libertad erradicaría su poder.

Insalvablemente, estas antinomias deberían de emplazarnos al conflicto, sin embargo, el hecho de que el Estado haya sabido ceñirse como una correa al cuello de la Sociedad, y que esta correa haya sido sabiamente manejada, tanto por los prohombres del «capital blanco», como por los próceres de la «política roja», es lo que ha determinado que sus intereses hayan prevalecido sobre los nuestros. Es esta dinámica la que es-

tablece, tal y como decía Stirner, «que nuestra violencia sea un crimen y la suya un derecho», que nuestros atentados contra la propiedad sean un «robo» y que su habilidad para esquilarse a los rebaños humanos sea considerada «iniciativa empresarial».

Ya Sade les conminaba a «abrir las cárceles o a suministrar la prueba, imposible, de su virtud». Hace más de 200 años de aquello y aún no han pasado ninguna de las dos cosas... Será menester entonces empezar a *tomar* y tildar de imbéciles a todos aquellos que sigan esperando *recibir*.

No queremos encubrir nuestro llamamiento: convocamos a todo individuo a violar todas y cada una de las leyes y preceptos que se le impongan y que no estén en plena concordancia con su propia sensibilidad. Nosotros no queremos teorizar, ni resignarnos, ni aguantar los latigazos con la esperanza futura de que nos cubra una «Gran Noche». Nosotros queremos vivir. No hace falta cultivarse, ni fortalecerse, ni reflexionar fríamente. Llevamos siglos de reflexión, de aprendizajes y gimnasias, lo que queremos es, llanamente, existir, con toda la fuerza de la palabra. Si esto incluye todas las demás cosas, hagámoslas sin más, pero que no sean estas un prerrequisito para la vida. Lo que pretendemos es todo lo contrario: queremos que todas esas cosas sirvan como un medio para facilitar y hacer más gozosa la vida, y no que la vida sea un medio para lograr alcanzar todas esas cosas.

Queremos aullar allí donde nos apetezca, queremos pensar en todo aquello que deseemos, y queremos poder expresarlo de la forma que más gustemos; queremos escribir, cantar, pintar, y danzar tal y como se nos antoje; queremos comer, beber, dormir y vivir tal y como decidamos; y queremos que todas estas cosas puedan estar al alcance de todos y cada uno de nosotros.

Tal y como decía Kropotkin: «nuestra acción debe ser la rebelión permanente con la palabra, con la letra impresa, con el puñal, con el fusil, con la dinamita. Como rebeldes que somos,

actuamos consecuentemente y nos servimos de todas las armas para golpear. Todo es bueno para nosotros, excepto la legalidad».

Este planteamiento adquiere sus tintes más prácticos en estos días de hambres y censuras. Queremos que el nómada tome posesión de un techo, sin más prescripción que su Voluntad. Queremos que el famélico asalte los insultantes expositores de abundancia y que el sediento satisfaga sus pulsiones biológicas allá donde le plazca. Queremos poder maldecir, una y mil veces, a quienes negocien con la cultura, queremos poder llamar ladrones a todos esos hijos de la gran SGAE, ladrones y cien mil veces ladrones, que no contentos con vaciarnos el estómago pugnan por vaciar nuestras cabezas. Queremos poder condenar al tártaro a todos los abortos cortesanos que día tras día sigue vomitando la monarquía, queremos poder recomendar la guillotina para una institución que ya nació bajo el signo de la caducidad y la decadencia, queremos poder gritar que Juan Carlos I debe también ser el último, y que su cabeza debería descansar dentro de una cesta y no debajo de una corona.

¿Os suenan fuertes estas palabras? Pues he aquí, ante vuestros ojos, una prueba fehaciente de ese miedo *invisible* del que antes os hablaba.

¿Os da miedo el ilegalismo? Sí, a todos vosotros, esos que clamáis por la «revolución y la redención humana», entonces desterrad de vuestros labios esos términos, pues, parafraseando a Mauricius, «¿qué es la revolución más que un acto de ilegalismo en masa?».

[Aparecido con la firma de «El Hombre Guillotina»]

Elogio de un heterodoxo al Anarquista

(2009)

[Segunda parte de un texto muy crítico
con «el anarquista», en minúsculas]

EL ANARQUISTA me mira con seguridad, escorándose en su rincón. No espera de mí sesudos análisis, ni que entone un réquiem. Sabe que la voz del letrado o la del tenor mortuario no están a mi alcance. No se enfada si sólo le ofrezco rudimentaria poesía.

El Anarquista ha aceptado como lógica la condena del tabú más férreo que sigue sin desplomarse traspasadas las puertas del milenio: ha aceptado repudiar la jerarquía. Aceptando como normal lo que para muchos es un despropósito anti convencional, ha aprendido a tolerar las teorías más marginadas —aun las más estrambóticas—, a comprenderlas o refutarlas con una sonrisa. Cuando las lenguas artificiales no encontraban calor, ahí tenían a un Viñas, a un Armand o a un Yamaga que les diera cobijo. El vegetarianismo, a su vez, recorría el «movimiento», desde Reclus a los díscolos «Bandidos Trágicos» de la Banda Bonnot. Y cuando Carpenter se sacudía las piedras que le tiraban los homófobos, ahí tenía a un Mackay dispuesto a clavar sus flechas en el cuerpo reaccionario.

Al Anarquista no le asombra ni escandalizada nada que se coloque más allá de los límites en los que se ha enclaustrado a la Libertad.

El Anarquista es el viejo que sabe sonreír con afecto ante los disparates ajenos. Es el joven que augura que la Revolución es un hecho de aquí a veinte años (y amenaza con meterse un tiro si ese día no llega). Es la mano generosa que palia el dolor; la crítica lacerante que, ante el tirano, sabe agravarlo.

El Anarquista nació en el gallinero del teatro social. A veces sube a escena, pero es en contra de su voluntad. Busca el «protagonismo» en la tramoya; allí pretende cortar el cordel del telón y poner fin a la función que nos obliga a vivir como simples figurantes de la tragedia colectiva.

El Anarquista, sin ser Primitivista, sabe repugnarse ante el maquinismo y condenar el fatuo progreso de una era industrializada. Sin ser Comunista Libertario, sabe abrir las manos ante el llanto de la necesidad y cerrar el puño ante la omnipotencia del agio. Sin ser Sindicalista, hace vibrar su alma con el sufrimiento obrero y blande la piqueta hasta lograr derribar la aristocracia del peculio. Sin ser Individualista, se niega a convertirse en ganado y hace oír su voz cuando la mayoría lo orilla.

El Anarquista no se deja arrastrar por los «ortodoxos de la novedad» (usando un ingenioso término acuñado por Amanecer Fiorito), no comparece ante los tribunales oficiosos e insulta a los oficiales. El Anarquista no se siente atado al pasado como no se hipoteca al futuro. Sabe lo que otros fueron y lo que le gustaría ser; pero por encima de todo sabe lo que es. El Anarquista sabe enfrentarse al pontífice de turno, sabe ridiculizar a sus epígonos y bajar del trono a puntapiés a todo sujeto ilustre. El Anarquista no es la comparsa de lo constituido, sabe disentir del contenido y hundir si hiciera falta al continente.

El Anarquista, cuando la situación lo requiere, está dispuesto a convertirse en Anarquista de los «anarquistas».

El Anarquista sabe también desacreditarse. Sabe que cuando su tono empieza a oírse más que sus palabras es el momento de hacer un mutis por el foro. Sabe que el respeto y el cariño mal entendido dan paso a la admiración, y sabe que si consiente esto no será más Anarquista que quienes lo veneran. El Anarquista sabe condenarse a sí mismo. Sabe pasar por traidor, por provocador, por incendiario, cuando quienes lo tildan así se revelan al acusarlo. Sabe adoptar mil nombres con los que siempre decir lo mismo. Huye de la relevancia y ha aprendido a eclipsarse. No son para él los focos y la platea. Aunque siempre esté dispuesto a realizar un «gesto bello».

El Anarquista tiene una gran sensibilidad. Incluso si es un bocazas, y presume de egoísta, el Anarquista sabe partir, o incluso renunciar, a su ración de «pan y sal». El Anarquista es un ser emotivo, con sentimientos a flor de piel, y si escupe fuego y sus palabras desprenden ácido es porque no puede soportar una muestra más de ese «Dolor Universal» del que nos hablaba Faure. Hace de sus palabras una saeta porque le asquea tanta resignación, y le duele tanta pena.

El Anarquista quiere colaborar sin suprimirse, coadyuvar sin renunciar, discrepar sin herir el cariño que les profesa a sus hermanos. Pero si esto pasa, acepta con estoicismo ser carne excluida, desfederada, y emprende su camino, ora parapetado en la ataraxia, ora sumido en la nostalgia, abrigado con la convicción de que en el ostracismo también es posible hallar un lugar llamado Acracia.

El Anarquista sabe abofetear al líder, burlarse de la mayoría, ofrecer su brazo y precipitar la ruptura cuando los lazos contraídos pueden apercollarle. El Anarquista sabe traicionar a la Patria, matar a Dios y, parafraseando libremente a Han Ryner, en un periodo de civismo maldecir los crímenes de la especie civilizada.

Los Anarquistas no quieren aprender a morir. Saben consumir su vida entregándolo todo a los demás, cargando en sus

espaldas más de lo que aguanta el hormigón que fraguan y el papel que los insulta. Mueren muchas veces inmolados por la Causa, por la Organización, por la Idea. Seres, casi siempre anónimos, a los que se les descerraja un tiro de silencio en la cuneta de la Historia. En cuartitos desnudos, sin fetiches, con libros raídos, documentos amarillos y una bala nueva, reluciente y acerada, colocada en la recámara.

Delinquen cuando hablan, matan con su literatura, son terroristas del verso y, a veces, cuando ya nadie les espera, consiguen demostrarnos, tal y como decía Leo Ferré, que «golpearon tan fuerte que aún pueden volver a golpear».

En criticar al «anarquista» (con minúsculas) empleé el doble de páginas que en alabar al Anarquista (con mayúsculas); el Anarquista no necesita de más.

[Aparecido con la firma de «Ruymán Épater le Bourgeois¹»]

¹ *Épater le bourgeois* (dejar al burgués patidifuso, atónito) es una expresión que aparece en Francia a mediados de s. XIX dentro de la atmósfera del romanticismo, y que sirvió para expresar el desprecio hacia esta clase social que comenzaba a imponer su predominio.

Romance del prisionero

(2010)

ASÍ («ROMANCE DEL PRISIONERO») se titulaba un poema de finales de la Baja Edad Media. El autor es anónimo, y puede que muchos lectores conozcan sus versos. Empero, lo mejor del poema, para mí, es la parte apócrifa que añadió Chicho Sánchez Ferlosio en su hermoso disco *A contratiempo* (1978). En su versión se escuchaba:

«Cárcel tengo por fuera
cárcel por dentro.
[...] Tener no me importara
cárcel por fuera
si de la de aquí adentro
salir pudiera».

Instaurar en las entrañas del individuo «cárcel por dentro», he ahí el objetivo de todo sistema penitenciario. Cualquiera que haya visto consumir parte de su vida tras el enrejado de una «jaula para humanos» sabe de lo que le hablo. Una vez cruzas el umbral de la prisión la idea de que tu vida le pertenece al Estado, que antes sólo intuías, se torna en realidad. Ninguna de tus funciones vitales o volitivas te pertenecen ya. Comes cuando se te dice, duermes cuando se te ordena, te aseas cuando te dejan. La «bonhomía» penitenciaria se reduce a enajenar a los individuos de su propia vida. Su *leitmotiv* es hacer títeres inertes con mimbres humanos.

El preso trata de sobreponerse anímicamente, pero las ideas lóbregas rondan de un lado a otro de su cabeza como lo haría un felino enjaulado. Un sujeto dotado para la sensibilidad está obligado a secar sus emociones en semejante entorno. Entran briznas de luz de luna en la noche y cuando entornas los ojos tu mente te tortura haciéndote creer que todo es un sueño.

Los funcionarios de prisiones, con las salvedades que siempre puede arrojar una individualidad independiente, son en su mayoría fieras hambrientas de debilidad, de pena y de dolor. Se ceban con el inexperto, se ensañan con el díscolo, embrutecen al dócil. Las palizas, los «accidentes», las torturas metódicas existen en nuestras cárceles; lugares que a través de la distancia psicológica percibimos con la misma sensación, incómoda y descreída, que dedicamos a los cuentos infantiles de terror. La cárcel es como el «coco» o el «hombre del saco», una amenaza, un marco lejano comido por los matojos, y aun cuando está próxima a un enclave urbano, es concebida como un tabú, un «más allá», un «otro lado», donde la gente sufre y expira ajena a la atención colectiva.

Octave Mirbeau, en su novela *Les Mémoires de Mon Ami* (1898-1899), trató de glosar el ambiente carcelario de un calabozo. De su retrato, como de cualquier foto fija sobre semejante lugar, sólo se extrae que allí, los individuos, con independencia de cualquier prevención, son siempre las víctimas de un sistema que lleva a su máximo exponente cualquier acto de violencia individual. Importa poco lo que cualquiera de nosotros haya hecho o dejado de hacer para estar allí. ¿Justificaría cualquiera de nuestros actos que un vecino nos encerrara en su casa durante, por ejemplo, 40 años? ¿Cómo llamaría la prensa a un acto de esa catadura? ¿No nos horrorizaríamos todos ante esa realidad, como lo hemos hecho ante los prolongados casos de secuestro más recientes (el sangrante caso de Astenten, por ejemplo)? Ningún psicópata, no de los que han existido hasta ahora, ha ideado nunca una tortura tan refinada como la de

mantener encerrada a su víctima durante un periodo de 40 años (la máxima pena contemplada por la ley española), ni la de matar de hambre a una persona después de 85 días (como ha hecho el Estado cubano con Orlando Zapata), ni la de tener a su víctima con la incertidumbre de cuándo va a morir durante 23 años (como Clarence Ray Allen, asesinado finalmente por los Estados Unidos en 2006, como a otras 52 personas sólo el año pasado). Sin embargo, el Estado secuestra, tortura y asesina a miles de personas cada año, gozando de toda impunidad y también de considerables adhesiones y beneplácitos.

¿Acaso, en este mundo de insensibilidad sistemática, es ser sensible una locura? ¿Acaso el fanatismo, la ceguera del creyente, puede movernos a sancionar positivamente los actos más abyectos?

Cuando el individuo se hace turba y, como en una película de James Whale, echa mano de la antorcha y la horca, la indiferencia del observador airado por la vida ajena no dista de la del homicida convencional. Cuando, aprovechando casos concretos, se pide el endurecimiento de las penas, oficializar la cadena perpetua, juzgar a los menores como adultos y hasta la pena de muerte, los argumentos que apuntan al corazón suelen ser desoídos. Podemos desgañitarnos en citar el «ojo por ojo y el mundo acabará ciego», podemos tratar de tocar algún resorte emotivo, podemos tratar de remover el hormigón armado en que nos transforma la venganza; todo nos será respondido con vómitos y expulsión incontrolada de vísceras.

La casquería de los seguidores de Lynch puede frenarse momentáneamente con algún juego retórico. Podemos aducirles: «si matar conlleva necesariamente la muerte del asesino como respuesta, ¿quién ejecutará al verdugo que lo “ajusticia” y a los miembros del Estado que lo ordenan?». Pero quien pide sangre suele ser impermeable al razonamiento. Se pide la pena de muerte para terroristas e «irrecuperables». ¿Con qué autoridad moral enjuicia al *terrorismo* un Estado que se fundamenta

en el imperio del terror? ¿No mutila más inocencias, no castra más infancias, no destruye más vidas el propio organigrama del Estado que cualquiera de los modernos hijos de Caín?

Apuntemos entonces al pragmatismo ¿No es acaso la misma Norteamérica que acuñó el término *psicokiller* la que lleva siglos aplicando la pena capital sin que los asesinos seriales hayan desaparecido? ¿No emplea el Estado español la cadena perpetua de facto sin que los sucesos atroces hayan dejado de salpicar la pantalla de nuestra televisión? ¿Acaso no hace menos de 40 años que el garrote «impartía justicia» en ese lugar llamado España sin que el candor haya dejado de atraer a la brutalidad, sin que la debilidad haya dejado de ser el blanco de la fuerza y sin que la sangre haya dejado de llamar a la sangre? La violencia gubernamental es y ha sido empleada a lo largo de la historia para responder a la violencia aislada o grupal ¿Ha remitido alguna vez esta violencia el porcentaje de violencia que ella misma recrea? ¿Tan corta es nuestra memoria que no recordamos que la violencia ha sido siempre considerada el único remedio para la violencia (de la rudimentaria hoguera a los más elaborados métodos inquisitoriales)? ¿No sería lógico que, si no por justicia, ni por sensibilidad, ni tan siquiera por conmiseración, aunque sólo fuera por probar una alternativa práctica, se intentara buscar un método no violento, no constrictivo, cuando desde el principio de los tiempos se ha demostrado la inutilidad del castigo? ¿No nos marca el sentido común que si un método no funciona no es descabellado usar el diametralmente opuesto? En sus *Diarios* [1847-1894] Tolstói venía a decirnos que la aplicación del castigo es la búsqueda de un bien incierto y la obtención de un mal seguro ¿Hasta cuándo?

Y, como también decía Kropotkin en *Las Prisiones* (1887): «Si se me preguntara: ¿Qué podría hacerse para mejorar el régimen penitenciario?, ¡Nada! —respondería— porque no es posible mejorar una prisión. [...] No hay absolutamente nada que hacer, sino demolerlas».

Sin embargo, el tránsito se intuye escarpado, oscuro, lleno de figuras hostiles ¿Y cómo no cuando son los propios que alardean de «revolucionarios» los que buscan la alternativa a la hegemonía capitalista en un Estado policial perpetuo, en un sistema carcelario férreo donde debe coserse a fuego lento todo disconforme? ¿Cómo dejarse llevar por el optimismo cuando los que vociferan contra un sistema concreto son los mismos que cacarean a favor de los desmanes que comete otro? He presenciado cómo la gente pedía muerte, cómo chirriaban sus colmillos, ante un individuo que, habiendo matado, era en aquellos momentos una simple piltrafa de huesos y carne que se consumía en un hospital. Pero claro, era un asesino, era de ETA (me refiero a de Juana Chaos), y eso, a ojos públicos, justificaba exigir su defunción forzada; la misma defunción forzada que él había causado y por la que le odiaban ¿En qué convertía esto a todos los que años antes lloraban de justa indignación ante la sangre derramada en el pavimento? ¿Se puede lamentar la absurda muerte de miles de personas en loor de la Patria y no lamentar la absurda muerte de un preso por inanición en loor del Estado? La historia se repite, los actores cambian, pero la autoridad y la muerte acuden, ineludiblemente, bien cogidas de la mano, a la misma platea.

Un albañil es asesinado, por dejación, a manos del Estado cubano. Algunos, como aves carroñeras, corren a ver si tiene un óvalo bajo la lengua; quieren saber quién acuñó la moneda. Así, el mismo «revolucionario» que clama contra la «explotación del hombre por el hombre», que se llena la boca de igualdad y se atraganta con una vaga libertad, llama hoy a un hombre (Orlando Zapata) cuya agonía duró 85 días, «traidor», «terrorista», «agente yanqui», «gusano». Es un caso repugnante. Los que apalean y lapidan al muerto arguyen que era esto o aquello, pero con sus pretextos solo consiguen evidenciar su falta absoluta de empatía hacia el sufrimiento ajeno ¿Qué demonios importa quién o qué fuera? Yo sólo imagino un cuerpo anémi-

co, raquítico, esquelético, de un muchacho que ha bebido el cáliz hasta las heces, que ha perdido su vida entre las paredes de un Estado cualquiera.

Babean, ladran y llevan la ofensa hasta el absurdo, se han atrevido a decir que se lucró con su propia muerte... ¿Existe una elucubración auto justificativa más bizarra? Si se lucró con su propia muerte queda reflejado, a todas luces, que hizo un mal negocio. Otros, no obstante, también se prodigan en la necrótica ocupación de vender ideas muertas, y nunca conseguirán verme satisfechamente callado si fueran ellos los que se marchitan tras los muros gubernamentales. Sus emblemas son otros muy distintos, y aún enarbolan la consigna que nos llevaría a la picota en calidad de «bandidos, violadores e incendiarios». El tema ya fue abordado, con magistral agudeza, por Manuel González Prada: «El que brutal y francamente reveló todo el amor fraternal que los socialistas profesan a los anarquistas fue el diputado francés Chauvin, cuando en presencia de dos o tres mil ciudadanos lanzó las siguientes palabras: “el primer acto de los socialistas demócratas el día del triunfo debe ser fusilar a todos los anarquistas”».

Ciertamente la prensa burguesa, como los propios filo castristas, juegan con el cadáver y se regodean del hecho. En noviembre de 2009 Yosvanis Valle, otro albañil cubano, murió ejecutado en Texas y nadie se cuestionó la «ausencia de libertades» en los Estados Unidos. No obstante, cuando el periodismo mercenario necesita copar su cuota de buenas intenciones y dedica minutos de sus telediarios a hablar negativamente de la pena de muerte (casi siempre para ensalzar el progresismo humanista del propio país si, obviamente, es de los que no la practican), ¿olvidamos por ello la suerte de los «ajusticiados» (repugnante eufemismo) tan sólo porque los medios de comunicación convencionales han fingido interiorizar el mensaje? Hoy una sociedad racista condena verbalmente el racismo, hace lo propio con el sexismo, y no se queda atrás con la

crueldad. ¿El hecho de que condenen la misma sevicia que practican debe movernos un ápice de nuestros presupuestos iniciales? ¿Acaso como fingen «escandalizarse» con Guantánamo hemos de dejar de exigir el cierre de esa monstruosidad perpetrada por el colonialismo descarnado de los Estados Unidos, que colma de indignación y vergüenza a todo ser sensitivo?

Lo siento mucho pero yo me abstengo de entrar en vuestro juego de «azules» y «rojos», de «Estados Liberales» y «Estados Populares», de «presos buenos» y «presos malos». Yo soy Anarquista, os maldije por haber matado a Yosvanis y os vuelvo a maldecir por haber matado a Orlando. Os maldigo, una y mil veces, por cuantos de nosotros están encarcelados.

En definitiva: ¿cuándo dejaremos de pedir «pedigrí revolucionario»? ¿Cuándo los que sufren empezarán a ser de los «nuestros» sin necesidad de revisar su hoja de servicios? ¿Cuándo dejaremos de distinguir entre el «político» y el «común»? ¿Cuándo el preso será siempre un reo de la guerra social y la muerte una despreciable compañera de viaje, acompañe a quien acompañe? ¿Cuándo veremos en las lágrimas el reflejo proyectado de un dolor que no responde a la autoridad de las banderas?

Sin miedo a parecer dogmático tomo por mía esta sentencia de Albert Libertad: «todas las leyes son malvadas, todos los juicios son inicuos, todos los jueces son malos, todos los condenados son inocentes».

Para Amadeu, para Jaime, para Orlando, para todos los que injustamente omito, para todos los presos que mal llamamos «comunes» y que siguen mirando al cielo para, como decía Proudhon, comprobar que la tormenta aún está en ellos.

[Aparecido con la firma de «Ruymán Épater le Bourgeois»]

Propuesta Estructural

(2011)

[El llamado «Modelo Ruymán», aprobado por la mayoría de las asambleas insulares para organizarse. Siguió en práctica una vez desalojadas las plazas]

LA MÉDULA DE UN MOVIMIENTO que se considera asambleario debe ser necesariamente la Asamblea. Ésta no puede subordinarse a ningún otro elemento y cualquier modelo que tienda a ello socaba la realidad asamblearia y hace de ella una mera virtualidad. Del mismo modo, la estructura que dé forma a un Movimiento horizontal, acéfalo (sin líderes) y popular no puede entenderse como una correlación «de arriba abajo». El esqueleto que soporta al 15-M son sus propios miembros, y esto incluye a cualquier persona indignada con el actual sistema de cosas, lo cual plantea la exigencia de conformar una estructura abierta en la que la voz de cada individuo valga tanto como la de cualquier otro.

La función no puede supeditarse al diseño, ni el contenido al continente, pero hay veces en la que los pequeños detalles, como puede ser la forma, dicen significativamente mucho del fondo, del quiénes somos y de lo que somos. Propongo por ello que el modelo estructural coincida inevitablemente con los principios formales y organizativos de los que nos hemos dotado desde que el **15-M Indignados** salió a la calle, y el más apropiado

(horizontal) de entre todos me parece el circular (en un círculo no hay principio ni fin, ni arriba ni abajo). Por otro lado, para impedir cualquier intento de verticalidad ha de intentarse que las cosas se organicen de lo simple a lo complejo, propiciando que lo elaborado dependa inexorablemente de lo básico.

Pero si la circularidad espanta a la jerarquía, será la fórmula federal la que permita conservar la autonomía de la Asamblea. Según este principio cada Asamblea es autónoma, y si entendemos Asamblea como el medio de decisión popular alternativo al poder, comprenderemos que en ella, y no en ningún otro órgano accesorio, reside la soberanía. Esto convierte a las Comisiones o Grupos de trabajo en meras herramientas que simplemente han de llevar a limpio lo que la Asamblea ha acordado. Entre las Asambleas de las distintas localidades o municipios se establecerán, a través de dichas Comisiones, enlaces (simples transmisores de información) para coordinar acciones conjuntas. Si estas acciones sólo afectan a unos cuantos municipios, a los afectados (es decir, a las Asambleas respectivas) corresponderá en exclusiva decidir cómo se organizan; sin menoscabo para que el resto de Asambleas puedan prestar su apoyo y solidaridad. Cuando los asuntos a tratar o las acciones a emprender afecten a la totalidad de la Isla, entonces se tratará lo aludido en una Asamblea Insular (como todas las anteriores siempre abierta, pero a la que si se prefiere —por cuestiones de movilidad u operatividad— se podrá enviar a los enlaces como simples «emisarios») en la que sólo se podrán exponer los acuerdos previamente aprobados en las respectivas Asambleas locales, y en las que una vez se hayan puesto en claro, tendrán que derivarse nuevamente a las Asambleas, para ratificar o rechazar el paso de boceto a proyecto elaborado.

Anexo:

1º. Por «Asamblea local» no sólo debe entenderse a las Asambleas de un municipio o enclave regional determinado (Barrios y Pueblos), sino a todas las que se conformen en un espacio físico y de actuación concreta (Asambleas de trabajadores de una empresa específica, Asambleas universitarias, etc.).

2º. Las Asambleas locales que no se doten de Comisiones o Grupos de trabajo pueden saltarse este trámite y designar directamente a los enlaces (no hemos de olvidar que una estructura que no es flexible acaba representando una «hipoteca» de cara al futuro y una losa para la espontaneidad), que es lo que de cualquier manera todas deben de hacer en algún momento (los enlaces siempre deben ser refrendados por la Asamblea), pues, con independencia de la labor de las comisiones, no debemos olvidar que un sistema verdaderamente horizontal y de democracia directa es aquél en el que los enlaces deben ser fácilmente revocables y de carácter rotatorio.

3º. Colectivos: Los Colectivos sólo pueden incidir en el Movimiento 15-M por medio de dos vías: o a nivel individual —que es como intervinimos el resto— o a nivel de derivar a la Asamblea una propuesta para una acción concreta y conjunta cuya conveniencia ya juzgará la propia Asamblea (el carácter de la propuesta ya determinará a qué estadio de la Asamblea afecta: Local, Inter-local o Insular). Lejos de eso, cómo se organicen los distintos colectivos que intenten interactuar con el 15-M es algo que sólo compete a los propios aludidos. De igual modo, sólo a las Asambleas autónomas y soberanas corresponde decidir cómo debe estructurarse orgánicamente el 15-M, y no a ningún colectivo que intente condicionar el desarrollo de procesos que exclusivamente son dirimibles por las ya citadas Asambleas.

No hemos de olvidar que los Colectivos, a diferencia de otros grupos sociales (obreros, parados, estudiantes, jubilados, vecinos, etc.), están unidos principalmente por afinidad ideológica, y que la heterogeneidad y horizontalidad del 15-M debe prevenirnos contra los exclusivismos o dirigismos de cualquier índole. Es por ello que considero necesario que las relaciones de los Colectivos y el 15-M se reduzcan al trabajo, que las cuestiones orgánicas las decidan los propios afectados y que, por tanto, la organización interna de los Colectivos quede al margen de la del **Movimiento 15-M Indignados**.

[Sin firma]

Por un objetivo común: Entente y Estrategia

Sobre la necesidad de coordinarse en el Movimiento Libertario

(2012)

«Nuestros enemigos organizan sus fuerzas mediante la potencia del dinero y la autoridad del Estado. Nosotros solamente podemos organizar las nuestras mediante la convicción, mediante la pasión».

(Mijaíl Bakunin, carta a su hermano Pablo, 1872)

Nota aclaratoria: Considerando que al Movimiento Anarquista le salen con frecuencia determinados «papás» que le dicen a sus militantes lo que deben o no deben hacer, intentando «reconducirlos» con un tono bastante paternalista, quiero que conste que lo que sigue es un simple análisis personal con la aspiración de agitar inquietudes, generar debates y otros análisis complementarios. Si alguna vez existió en nuestros medios el tiempo de los oráculos, ese tiempo ha pasado.

Presentación

ALGO BULLE EN EL AMBIENTE. Se oye el «rumrum» del movimiento, de los proyectos, del encuentro. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, toda una generación de anarquistas es consciente de que su número no es tan despreciable como se creía y de que su fuerza e influencia no habían muerto con la

mortaja del pasado. Como observaba (o lamentaba) Lenin: «Las ideas anarquistas revisten hoy formas vivas»².

Sea cual sea la opinión que nos merezca el 15-M hay que hablar claro y, tanto si nos parece una válvula de escape reformista prefabricada por los poderes fácticos, como si nos parece un genuino movimiento social, heterogéneo, pero de espíritu inconscientemente libertario, hay que reconocerle una utilidad por encima de cualquier otra consideración: ha servido a muchos anarquistas para descubrir que no estaban solos, que no eran los únicos anarquistas de su pueblo o su barrio, que podían coordinarse.

Sin embargo, no es nada que haya inventado el 15-M. Después del 37 al Anarquismo se le dio por muerto como «ideología de masas». No obstante, después de cada conato revolucionario, de cada movimiento subversivo popular y espontáneo, el Anarquismo volvía a reverdecer. Esto es así porque en cada uno de esos casos —como demuestran el Mayo del 68, la Crisis Argentina del 2000 o nuestra propia actualidad— el pueblo tiende a utilizar de forma «instintiva» (como diría Bakunin), en sus primeros pasos, las herramientas y resortes libertarios para organizarse (el asamblearismo, la horizontalidad, el federalismo, la desconfianza hacia los lideratos, la animadversión hacia los políticos y sus estructuras, el desprecio hacia «los ricos» y el sistema capitalista, etc.); después hacen su aparición los políticos vocacionales o profesionales, las agrupaciones o coordinadoras reformistas, y tratan de tocar las clavijas del miedo («habéis ido muy lejos, volved a casa antes de que se os cierre la puerta»), y todo se va al traste, pero ése es otro tema.

El «pueblo» (permitidme que use este término tan conflictivo) se dota de tales herramientas porque son las más básicas y sencillas, las más lógicas y acordes con sus reclamaciones (ya

² Proclama lanzada durante el III Congreso de los Soviets, 1918.

lo explicaban César de Paepe³ y Giovanna Berneri⁴). A quien pide igualdad y no se fía de la politiquería le es fácil concebir un movimiento sin líderes y en el que la voz de todos vale lo mismo. Para quien lleva décadas callado, el modelo asambleario representa un altavoz natural al alcance de todos. A la gente que lleva tiempo molesta por lo mal que están las cosas en su entorno, no les cuesta comprender que cada comunidad humana (barrio o pueblo) debe tener autonomía para decidir los asuntos que le afectan directamente. Nada tiene que ver la «ciencia infusa» con que las herramientas libertarias sean las primeras en usarse.

En esta coyuntura de «movilización social» muchos anarquistas (sin generalizar, pues está claro que los resultados y situaciones habrán sido muy dispares) han conseguido que destaque su discurso, han hecho literal «propaganda por el hecho», gracias a su experiencia asamblearia, a su fijación por la horizontalidad, a un análisis incisivo del funcionamiento social, a un plan más o menos detallado de cómo deberían darse las cosas para que el mundo «fuera mejor», a su compromiso ante tesituras represivas, a su deseo de resolver los problemas internos sin usar métodos compulsivos, etc.

Sin caer en optimismos desaforados e ingenuos, muchos libertarios se han dado cuenta de su potencial, de la fuerza práctica de sus ideas y de que, siendo una minoría, no son tan po-

³ «Es asombroso que ciertas palabras, capaces de espantar a la gente, pueden corresponder a ideas que circulan por el mundo y son muy bien aceptadas con tal de hallarse disfrazadas con otro nombre. Así ocurre con la palabra an-arquía [sic] [...]» (César de Paepe, *Acerca de la organización de los servicios públicos en la sociedad futura*, 1874).

⁴ «Las soluciones libertarias de todos los problemas concretos son de una sencillez extrema; tan simple que por lo general coinciden con las que propone el sentido común. Si no se aplican es porque se oponen a ello los intereses establecidos y la inercia de las tradiciones que actúan de mil maneras y con la protección del Estado» (Giovanna Berneri, *La Sociedad sin Estado*, 1955).

cos como pensaban. Estos libertarios, sin tener motivos para la euforia, contemplan un renovado interés por las ideas anarquistas, ven que su número crece, lenta pero constantemente, y muchos se plantean qué hacer con este nuevo «despertar». En tal situación es natural que la cuestión gire en torno a determinadas preguntas...

¿Es factible coordinarse a nivel estatal? ¿Es deseable?

En los ambientes libertarios últimamente la discusión sobre la posibilidad y deseabilidad de organizarse ha cobrado nuevos bríos. La gente comenta, duda, especula y también desea. Personalmente, después de interrogar a numerosos compañeros, de aquí y de allá, de tal o cual tendencia, he llegado a una conclusión. Lo único que cohesiona a gente con distintas sensibilidades, modus operandi, parámetros teóricos y formas de entender la lucha es apuntar en la misma dirección, identificar a un enemigo común, elegir un objetivo colectivo y coincidente.

Pero, suponiendo que diéramos con ese objetivo ¿es posible la cohesión?, ¿es necesaria? Considero que una coordinación, «bien entendida», es posible; siempre y cuando se dé en determinadas condiciones.

Intentar homogeneizar un Movimiento tan heterogéneo como el Anarquista es una labor alquímica cuando no suicida. Petrificar el Anarquismo es matarlo. Esforzarse para que miles de espíritus y cientos de grupos celosos de su independencia aprueben un cuerpo teórico monolítico, unos estatutos universales y una batería táctica idéntica es una pérdida de tiempo —lo es, sobre todo cuando el tiempo apremia—. La personas y colectivos que se coordinan han de saber que van a poder seguir conservando sus dinámicas propias y sus señas de identidad. Que lo que se coordinan son objetivos y determinadas accio-

nes; no teorías y matices. La idea cardinal es que cada uno pueda luchar con su propio fusil, pero en la misma barricada.

Basta un acuerdo tácito a nivel de confluencia: la oposición al Capital, al Estado y al Principio de Autoridad.

Y es que no se trata de coordinar ideas y visiones de futuro, sino de coordinar determinadas estrategias (el «plan» básico con el que aproximar la Revolución, o en primer término la Revuelta), y, cuando la situación lo requiera, determinadas tácticas (los métodos para hacer factible dicho «plan»). El objetivo escogido, en torno al cual desarrollar la estrategia, no puede ser algo vago. Todos estamos de acuerdo en deponer al sistema capitalista y al cuerpo gubernamental, pero coordinar una acción entorno a elementos, tangibles en sus efectos, pero etéreos y abstractos en virtud de su proyección y ramificación, hace difícil alcanzar una confluencia duradera.

Si de algo nos han servido las luchas del pasado, es para saber que un Movimiento se coordina mejor cuando se posiciona ante un enemigo concreto. Desde La Canadiense hasta el Movimiento Insumiso, la alineación de fuerzas se hace más cómoda cuando el adversario tiene rostro (como primer paso, y hablando exclusivamente en clave de praxis, si lo que se pretende es acabar, por ejemplo, con la Religión, siempre será más fácil y aglutinante atacar a la Iglesia que al vago concepto «Dios»). Además, no ha de olvidarse que en la actual situación el sentido de cualquier coordinadora de corte libertario no puede ser aunar a los anarquistas para separarlos de las palpables «aspiraciones populares». La cuestión no es organizarse en clave endogámica, con aspiración sectaria; sino llegar a entendimientos operativos con los que poder participar conjuntamente en las luchas populares e intentar radicalizarlas. Ha de buscarse por tanto un enemigo con nombre propio y no genérico.

El problema de escoger dichos enemigos es que cuando se les tumba, o el sistema los reforma o quita de en medio, desaparece también el leitmotiv de la lucha. El objetivo elegido de-

be ser, por tanto, uno que sea representación, personificación y símbolo de algo más complejo; uno que, al tumbarlo, haya que ir a por otro de su misma condición, que haga a la gente preguntarse: «¿por qué nos limitamos a éste cuando los demás son iguales?»; uno que toque directamente la raíz del problema social. Cuando el objetivo es concreto, es la propia constitución del enemigo el que te indica dónde golpear, facilitando bastante la coordinación de los ataques y la visión del problema. Si este objetivo son los cuerpos represivos y una campaña en su contra; si es Bankia, el resto de entidades «sacacuartos» y el sistema financiero en su conjunto (objetivo que permite abrir la puerta del problema de la vivienda, de la okupación de inmuebles y de la colectivización de terrenos baldíos); si es explotar la situación originada con el «Rescate» y con los presumibles recortes que se producirán como contrapartida; si no es ninguno de los citados, o si lo son todos a la vez; es algo que tocará decidir a los coordinados o federados.

Con esto intento solamente aclarar que cuando el objetivo despierta el mismo sentimiento de rechazo para todos por igual, y cuando su constitución específica permite abordarlo sin que haya contraposiciones insalvables, focalizar y aglutinar los esfuerzos dedicados a dañarlo se hace menos dificultoso.

En definitiva, si de lo que se trata es de articular un Movimiento lo más amplio posible, en el que quepan los más radicales y los más temporizadores, los societarios y también los individualistas, los sindicalistas junto a los anti-trabajo, los partidarios de la ciencia además de los primitivistas, los *espiritualistas* y los ateos, los independentistas y los apátridas, los «formales» y los «informales», no se puede pretender compactar a rodillo tendencias y corrientes, y se ha de buscar un objetivo reconocible (también, obviamente, para el resto de la población).

Hemos de tener en cuenta que ésta es la forma más eficaz de espantar al fantasma de las luchas intestinas. Un Movimiento

se autodestruye cuando no consigue comprender la convivencia en su seno de distintas facciones. Un Movimiento expide su certificado de defunción cuando el mayor problema de dicho Movimiento es el propio Movimiento. Hay que huir de dinámicas ombliuistas.

Si se tienen en cuenta dichas apreciaciones, considero que es factible coordinarse, como mínimo, a nivel estatal. Ahora bien, ¿es deseable?

Creo que ante un ambiente de latente inquietud social la pregunta se contesta por sí sola. De hecho, hacerse tal pregunta es un indicio de que se desea. Aun los individualistas más recalcitrantes (entre los que se me puede incluir) comprenden la necesidad de concertar acciones y acuerdos asociativos cuya finalidad es la lucha. La pregunta de hecho puede desfragmentarse en la siguiente: si el descontento llega a su clímax y estallan los disturbios, ¿queremos estar preparados para ofrecer resistencia y levantar barricadas, o preferimos usar el tiempo que debería estar reservado para luchar en organizarnos? Si ahora los tiempos están complicados, si la represión afila los dientes, si estamos saturados de actualidad y no tenemos tiempo para cubrir tantos frentes, pensad que esto es un tiempo de «reposo» en comparación con lo que se nos viene encima. Aprovechemos este momento para preparar los golpes y construir el tejido social con el que responder cuando no toque encajarlos.

Coordinarnos es necesario porque estamos ante un momento histórico, tal vez irrepetible; porque, por esas cosas que tiene la biología, sólo hay una vida, y personalmente no quiero esperar treinta o cuarenta años para tener la ocasión de volver a echarle otro pulso al sistema, con la idea, por ingenua que resulte, de derrotarlo.

Coordinarse me parece factible y deseable. Y bien, si coincidís conmigo tal vez me pregustéis...

¿Cómo empezamos a coordinarnos?

Por mucho que hablemos de coordinación y organización, la propia sucesión de los hechos nos enseñan que no debe infravalorarse la espontaneidad y la capacidad de improvisar. De hecho, sin coordinación previa, los activistas libertarios han empezado a desarrollar proyectos, sin conexión aparente, que de forma independiente acaban por converger en un mismo punto. A lo largo del territorio estatal han surgido Coordinadoras y Federaciones, de norte a sur, que se han desarrollado sin seguir modelos previos y en muchos casos sin tener conocimiento del resto de iniciativas paralelas. Ha sido la necesidad la que les ha marcado la agenda.

La forma más lógica, natural y apropiada de dirigirnos hacia una coordinación estatal, es empezar por coordinarnos a nivel local. Cuando se haya conseguido aglutinar a los distintos colectivos e individualidades libertarios de la zona más próxima, es cuando se produce el salto de intentar coordinarnos a nivel regional. Una vez los anarquistas ubicados en unas mismas coordenadas espaciales tengan claro que hay un proyecto más amplio al que pueden unirse, una vez se conozcan, se vean, se encuentren, y descubran que pueden sumarse a un proyecto que les pondrá en contacto con otras iniciativas de un territorio concreto, es cuando se amplía el marco de acción. Será entonces cuando podamos empezar a barajar la posibilidad de un encuentro en el que articular y poner en marcha una Coordinadora a nivel estatal. Nuestro viejo amigo el Federalismo vuelve a ponernos las cosas fáciles.

Al excluir de la unión cuestiones ideológicas, al tratarse de una coordinación práctica, abocada al campo de la acción y el trabajo, creo que los problemas que surjan de tipo organizativo serán más fáciles de abordar, y en todo caso serán ya responsabilidad de los propios afectados. Creo que ya es tiempo de llegar a las recapitulaciones...

Conclusión

Si los hechos demuestran la tendencia natural popular —libre de supervisiones y tutelajes— de articular su descontento a través de mecanismos ácratas, hemos de estar a la altura y ser capaces también de articular una respuesta, variopinta, multicromática, pero unánime. Unir fuerzas es posible mientras no confundamos unión con uniformidad, cohesión con disciplina de partido, coordinación con «orden y mando». Mientras el objetivo escogido sea, por lo menos en un primer estadio, una meta ambiciosa pero alcanzable, y que abra la puerta a abordar otros asuntos de su misma condición y a profundizar en la problemática que el mismo objetivo, *per se*, plantea. La forma más fácil es empezar a coordinarnos —no digo nada nuevo con ello— desde lo simple a lo complejo, desde lo pequeño a lo grande. Creemos un tejido fuerte a nivel local, con el que poder responder en caso de tener que coordinar acciones a nivel estatal (continental, global, ¿por qué no? los límites no suelen formar parte de nuestro patrimonio). Y no nos obcequemos con el futuro, siempre incierto, cuando hoy estamos, todavía, en la génesis de la iniciativa.

Sé que ya existen federaciones y agrupaciones libertarias, incluso a nivel internacional, que tienen un trabajo previo, y bienvenida sea su experiencia, pero en esta nueva coyuntura hemos de empezar proyectos en los que las desconfianzas, las cuitas y resquemores del pasado no nos entorpezcan; en los que las siglas puedan coexistir, sin suponer una losa agobiante, porque no necesitan superponerse; en la que los pactos asociativos se reduzcan al mínimo denominador: La Anarquía y el objetivo de turno.

Recordemos las palabras de Pacheco: «La unión es fuerza... si lo que se une es fuerte. Que las ovejas también, cuando las

rondan los lobos, se unen, pero unen debilidades y sustos»⁵. Si nos unimos que sea para unir fuerzas, no guerras de capillas, rencores heredados y animadversiones de escuelas. Parafraseando a Santi Soler, no se puede confundir unidad con mando único, o en otras palabras: la unión sólo hace la fuerza cuando no es la fuerza la que hace la unión. Hagamos de los principios anarquistas carne, y que éstos sirvan como repelente de los enconamientos, los afanes de liderazgo, el verticalismo y el sabotaje orgánico.

Podemos aunar fuerzas porque, aun al mínimo de nuestras capacidades, la dirección de la oleada represiva (los infiltrados, las detenciones, los linchamientos, etc.) demuestra qué es lo que le duele al poder, qué es lo que teme y de dónde prevé que le vendrán los golpes. Como reza la canción de Ferré, todavía podemos volver a golpear. Nuestras ideas básicas (su esencia), nuestras ideas-fuerza, no han perdido verosimilitud a lo largo del tiempo, y hablar hoy en clave antiparlamentaria, contracapitalista y pro-libertaria es, más que un acierto, una necesidad que nos marca la realidad. Nuestras ideas se clavan en la estructura social, y también nuestras acciones, por limitadas y marginales que parezcan, son las únicas que el sistema no ha podido encauzar por la vía de las subvenciones, las únicas que si se generalizan pueden poner al *establishment* y al *statu quo* en un punto de no retorno.

Tenemos las convicciones, empezamos a ser conscientes de nuestra fuerza, las condiciones objetivas para que se produzca un conato revolucionario está sobre la mesa, ¿qué falta? Las condiciones subjetivas: ésas las pone la voluntad del pueblo y su determinación, y nadie suele mover un dedo si no cree que la cosa «va en serio». Como integrantes de ese mismo y difuso pueblo, organicemos de tal forma que consigamos transmitir la sensación real de que el momento es crucial, cismático, de que esto no es una pataleta más. El mundo frisa entre la Dictadura

⁵ Rodolfo González Pacheco, «Los Nuestros» (Carteles, tomo III), 1956.

y la Revolución, nos toca, como al resto, mover ficha, e intentar inclinar la balanza.

Coordinémonos porque el momento nos lo exige, porque al hierro hay que golpearlo cuando está caliente, porque no sólo tenemos las herramientas necesarias, la posibilidad real y la oportunidad ambiental, sino porque nuestra condición de Anarquistas nos pone en la tesitura de elegir si en esta guerra social declarada queremos ocupar el lugar de derrotados de antemano, de prisioneros voluntarios, de observadores de retaguardia o, por el contrario, de los que plantan cara. Siempre hemos sido de estos últimos, pero ahora se nos ofrece la oportunidad de no limitarnos a resistir. Tenemos la oportunidad histórica de pasar a la ofensiva, de coordinar nuestras fuerzas y organizar un ataque allí donde sabemos que vamos a hacer daño. Coordinémonos y hagamos daño, porque entre todos podremos pegar más fuerte y apuntar más arriba; porque entre todos nos será más fácil derrumbar el edificio social; porque entre todos nos costará menos recoger los escombros y dar los primeros pasos para iniciar algo *nuevo*.

«¿Entonces tú mismo no cuentas para nada? [...]. ¿Estás dispuesto a permitir que cualquiera te haga lo que quiera? ¡Defiéndete y nadie te tocará! [...]. Si hay millones de personas detrás de ti, entonces eres una potencia formidable y ganarás sin dificultad» (Max Stirner, *El Único y su Propiedad*, 1844).

Ruymán F. Rodríguez

A los que luchan

Carta abierta

(2012)

COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS, sé perfectamente que la situación actual no es la más idónea para vosotros. Sé que jóvenes o veteranos, recién llegados al mundo del conflicto social o con años de guerra a vuestras espaldas, sois personas, hombres y mujeres, que lo están dando todo y que estáis recibiendo muy poco. Sé que lleváis años esperando esto, un poco de movimiento, un poco de rabia; o que habéis nacido al mundo en un tiempo que vuestros mayores no recordaban.

Ahí afuera hay una guerra abierta, y silenciosa. La gente muere o se mata. Milicias del hambre saquean los contenedores amparados en la noche. La clase media ha perdido su seguridad y naufraga de lo que creía ser a lo que siempre fue. Las cosas están muy mal ahí a fuera. Vivís tiempos prebélicos, pos-trimerías de revueltas (con suerte) o de la mayor oleada de Reacción que haya recorrido Europa desde la Santa Alianza.

Es vuestro momento, sois hijos de la tormenta. Pero el Sistema, presintiendo la amenaza, se ha reforzado hasta los dientes, con un armazón de leyes, armas y agentes que os amenazan constantemente. Sin embargo, y por si esto fuera poco, no es lo único que os preocupa.

Cuando salís a la calle y le plantáis cara de forma activa a las fuerzas represivas; cuando tiráis por el suelo los símbolos del consumo y destruís la mercancía; cuando elegís una forma de lucha activa y sin contemplaciones; lo hacéis con la certeza de que aquellos que se suponen cercanos a vosotros tienen presta en la boca la maldición de vuestro propio nombre.

Oís el murmullo a vuestra espalda, el susurro aguzado como un puñal en vuestro oído, el insulto fácil apuntando contra vosotros, las acusaciones indignas de ser realizadas por un compañero. Sé que a algunos esto os afecta, os desmoraliza, os cansa o simplemente os asquea. Es duro, pero debéis resistir esas sensaciones porque es lo que buscan.

El que disiente con un tipo de lucha la combate con el ejemplo o con la discusión interna y, a ser posible, amigable. Los ataques *ad hominem*, lanzados desde altavoces públicos, intentando dar nombres y apellidos, no tienen más que dos funciones: la desmovilización o la delación. Quieren que os quedéis en casa o quieren señalaros.

Cuando a uno no lo quieren ni los «suyos», es que ese alguien es «peligroso». Cuando los supuestos afines escupen el suelo por donde uno pisa es que ese uno es vulnerable, y si cae nadie irá en su ayuda. Cuando tus «hermanos» reniegan de ti le están dando carta blanca al Sistema para que te purgue. Y si no pueden o quieren colocaros una diana, quieren que os deis voluntariamente de baja.

Hay gente que dice estar en desacuerdo con este mundo, pero que se llevaría un gran disgusto si desapareciera. Su «negocio» está en él. Viven de la contradicción; venden material subversivo gracias a que su némesis sigue viva e intacta; mantienen sus circuitos de confianza, de aliados y amigos, gracias a que el gigante enemigo es omnipresente pero se mantiene, para ellos, a una prudencial distancia; subsisten gracias a toda una red de elementos alternativos (de casas liberadas para una minoría, de cultura de consumo para iniciados, de ideologías de resistencia para entregados) que se alimenta del mismo Sistema al que dice repudiar. Sin trabajadores oprimidos no tendrían comités ni sindicatos; sin ciudadanos orgullosos de serlo no tendrían partidos de cabecera ni movimientos inmóviles. Si el mundo cambiara lo perderían todo. Por eso temen la Revolución más de lo que temen a cualquier otro elemento.

Hablan de ella tan positivamente como cuando se habla de un muerto, mientras permanece muerto.

Las críticas que os arrojan son acordes a este sentir: «aventureros, pueriles, vanguardistas, incontrolados, nihilistas, terroristas, peligrosos espantadores de masas». Según ellos estáis condenados a vivir en un círculo vicioso. No podéis iniciar vuestra revolución hasta que las condiciones estén maduras, y así se aseguran de que la revolución no se produzca nunca porque las condiciones no maduraran hasta que alguien haga algo, y quieren omitir que ese alguien os incluye también a vosotros. Son los intermediarios del pueblo en la tierra y repiten *ad nauseam* que el pueblo no está preparado para la revolución, y cuando algunos de ese mismo pueblo empiezan a desperezarse y a dar los primeros pasos (tal y como hacéis vosotros, porque ¿no sois acaso también una parte alícuota del pueblo?) se dirigen al propio pueblo para decirles que deben contener a sus elementos más «incontrolados» porque el pueblo que quiere hacer la revolución debe esperar a estar preparado para hacerla. ¿Y no es suficiente muestra de estar preparado para hacer la revolución empezar a desealarla? Para ellos el pueblo nunca estará preparado, porque llenándose la boca de soflamas demagógicas y populistas siguen viendo a los que sufren no con la frustración del que se piensa sólo, sino con la altanería del que se cree superior y puede permitirse la condescendencia y el paternalismo de indicarles: «luego, más tarde, para ser libres aún tenéis tiempo».

Gandhi decía: «Sé el cambio que quieras ver en el mundo», pero para ellos hacer algo por ti mismo, por no tener la paciencia o la suficiente capacidad de resignación de esperar a que lo hagan otros para sumarte, supone vanguardismo o un radicalismo destructivo. Y piensan esto mientras adornan sus locales con retratos de Durruti y llevan camisetas con el lema de algún expropiador de bancos.

Pero los inmovilistas de un lado no son muy distintos a los del otro. Surgirán quienes os acusen de cómplices, de traidores, de vendidos por sumaros a todas aquellas luchas que os veáis con la fuerza o la capacidad de voltear, cambiar y radicalizar. Les une con los anteriores el deseo de estar quietos, de que nada cambie, porque su resentimiento y rencor contra un mundo excesivamente impuro para su ideal, contra una gente que no son ellos mismos, es demasiado fuerte como para hacerles moverse por algo más que por teorías y consignas que, como para los otros, serán buenas mientras sigan muertas e impracticadas.

Para todos ellos el Anarquismo sólo es bueno si es contemplativo; el Anarquismo en acción les da miedo.

Pero no penséis que todos son perversos y criptointeresados. Muchos de ellos son víctimas de sus circunstancias. A lo largo de sus vidas, en situaciones como las desencadenadas por los últimos movimientos sociales, han tenido que ceder tanto, que tragar tanto, creyendo que lo mejor era adaptarse, que ahora no pueden soportar la visión de algo íntegro.

Sin embargo, nada de lo dicho puede desanimaros, y hacer que os rindáis, que caigáis en la misantropía y vegetéis en la cueva de la renuncia y el desencanto. Nadie combate aquello a lo que no le concede importancia. Os atacan porque socaváis el monopolio anquilosante e inmovilista que tienen sobre unas ideas. Porque os parecéis demasiado a lo que deberían ser si tuvieran el compromiso o el valor (no físico, sino espiritual) de serlo. Os temen porque saben que deberían hacer lo que vosotros hacéis y no se atreven. En vez de reconocerlo y abrazar otras vías, igual de válidas, igual de necesarias, cargan contra vosotros porque apartáis el ideal de lo que quieren que sea, y lo lleváis al incierto terreno de la práctica desregularizada, sin sanción ni coacción; a un terreno que se parece demasiado al terreno que exploró cuando llegó más lejos: el terreno de la

Revolución Social, sin cuartel, sin autorización y sin esperar más conformidad que la de los más desesperados.

No olvidéis que el discurso de esta gente se dirige a una clase media a la que creen que aún pueden recuperar y reconstituir; vuestras acciones a los que no tienen nada (nada tampoco que perder), a los que están siendo esquilados de hambre, a los que están siendo desahuciados, a los que se están suicidando. Vuestra actividad es un toque de rebato para aquellos que son los que más motivos tienen para salir a la calle, los que más motivos tienen para hacerlo con más rabia y más fuerza.

Que eso intranquilece a algunos es normal. Llevan tanto tiempo en el Sistema que el Sistema está en ellos.

Vosotros habéis roto ese cerco, ese límite entre lo tradicionalmente correcto y lo incorrecto, entre lo popular y lo impopular, y estáis abordando el campo de lo que es justo. No podéis hacerlo sin encontrar resistencia a vuestro paso. Sin embargo, no cejéis en la lucha, y sobre todo, a pesar de todo lo dicho, no os obcequéis en señalar a los aludidos como vuestros enemigos o vuestro principal problema. Puede que no podáis esperar de ellos ninguna ayuda ni ninguna palabra reconfortante, pero el enemigo es otro muy distinto, es el Capital, es el Estado, es el Principio de Autoridad institucionalizado, es el Poder constituido. Los que os critican no son más que una parte defectuosa de un mundo que se muere, y por el que sufren al creer que contribuís a matarlo. Matémoslo definitivamente, y después que sus viudos y plañideros tengan un verdadero motivo para odiarnos.

«Soy anarquista y, por lo tanto, desprecio las religiones todas, la propiedad individual, el capital y el Estado; desprecio “el qué dirán” de las gentes, la crítica de los imbéciles y la calumnia de los villanos» (Teresa Claramunt).

[Aparecido con la firma de «Un Incontrolado»]

El derecho al techo

(2013)

DESDE UNA ÓPTICA ANARQUISTA, pocos frentes de lucha abren actualmente más expectativas que el de la vivienda y los desahucios. Es un campo que, directa o indirectamente, atañe a todos; que se ceba con las clases más depauperadas y arroja al terreno de la realidad a los que se tenían como «clase media»; que rompe la barrera que existía entre la «clase obrera sedentaria» y los «sin clase», la población indigente (ahora carecer de techo no se concibe como una «anomalía», sino como una posibilidad peligrosamente cercana); es una de las contradicciones capitalistas que con mayor facilidad ha conseguido ponernos a todos de acuerdo en lo flagrante de su injusticia (pocos son los que pueden enfrentarle nada a cualquier iniciativa que se oponga a los desahucios); una problemática que desvela la incompetencia o iniquidad de la totalidad del Sistema, que salpica a todos sus mecanismos (a la Banca, al Estado, a la Ley, a la Propiedad Privada, a la Policía, etc.); que exige medidas de lo más sugestivas para la naturaleza libertaria (medidas, muchas de ellas, que vulneran el propio principio de legalidad): resistencia activa contra los desalojos, ocupación, boicot y sabotaje a los tentáculos del sistema capitalista, desenmascaramiento de la estructura jerárquica hasta sus últimas consecuencias, etc. Como vemos, sobran los motivos, teóricos y prácticos, para que el Movimiento Anarquista se vuelque completamente en esta problemática.

Y la cosa viene de lejos... Muchos de los que hoy contemplan los piquetes anti-desahucios, o las ocupaciones colectivas de inmuebles para alojar a familias desahuciadas, lo toman por un invento del siglo XXI, nacido al calor de los últimos movimientos sociales o de la inventiva del 15-M o la PAH. En verdad, ya en 1933 en Santa Cruz de Tenerife⁶, la ponencia sobre inquilinato presentada al Comité Regional de Canarias (CNT) y a su Federación Obrera dictaminaba en su punto 3º: «Resistencia colectiva a que sea lanzado a la calle ningún inquilino y caso de que esto no pudiera evitarse por aglomeración de fuerzas públicas, una vez retirada ésta volver a poner al inquilino en posesión de su vivienda». Sin embargo, no era esto lo único que proponía, y sus reclamaciones y actuaciones llegaban aún más lejos: dentro del Sindicato de Inquilinos, en el que convivían el sector moderado representado por la UGT y el sector radical compuesto por los anarquistas de la CNT, éste último impulsó una combativa Huelga de Inquilinos y una campaña de boicoteo contra propietarios, procuradores y agentes judiciales. Y nos consta que esto no sólo pasaba en el norte de África, sino que se reproducía en el resto del Estado español y en otras partes del mundo (ya en 1907 se había producido una sonora Huelga de Inquilinos en Argentina). Sin embargo, poco consuelo es que esto se haya dado en el pasado si no estamos dispuestos a hacer lo propio en el presente. Para muchos, dentro del propio Anarquismo, casos como los referidos son material de nostálgica satisfacción, letra muerta que se estudia y se admira, que se edita y se comenta, pero no un ejemplo a adaptar y reproducir.

El «pueblo», más allá de los patronazgos de tales o cuales siglas, está utilizando esas herramientas libertarias —por au-

⁶ Citamos aquí un caso paradigmático, pero en realidad estas reclamaciones se suceden a lo largo de toda la Historia. En 1871, por ejemplo, durante la Comuna de París, una de las exigencias que cobró más fuerza fue la de la abolición de los alquileres (Piotr Kropotkin, *La Conquista del Pan*, 1892).

tónomas e ilegalistas, por representativas de la acción directa y el apoyo mutuo— por sí mismo, como demostración de que se puede practicar anarquía, e incluso vivir en anarquía, sin los anarquistas. Sin embargo, ¿por qué, para evitar dicha contradicción, la gente que conscientemente aboga por dichas herramientas (es decir, los anarquistas) no se involucran más activamente en esta problemática? Seguramente muchas compañeras y compañeros ya participan en las plataformas que se dedican en exclusiva al tema de la vivienda, de lo cual nos congratulamos, así como otros son parte importante del Movimiento *Okupa*, sin embargo somos de la opinión de que, allá donde se pueda, es necesario implementar la actividad. El 15-M, nunca se ha dicho lo contrario, fue una buena oportunidad para reencontrarse, ocupar el espacio público y ejercitar el músculo asambleario; no obstante, también sirvió, en muchos casos y lugares, para que muchos libertarios se vieran obligados a adaptar su discurso, a disminuir su carga subversiva y revolucionaria, para acomodarlo a un ambiente pro-partidos y pro-sistema, que poco tenía que ver con la necesidad popular real de techo y pan. En muchos casos, el *ciudadano* sustituyó al *individuo*; actividades formalmente libertarias acababan ahogadas en estructuras legalistas e incluso protocapitalistas; las propuestas libertarias, y sus expositores, quedaban domesticados. Lo dicho viene a colación de algo que tenemos que tener presente en todo momento: que se usen formas revolucionarias o libertarias no es garantía de nada si el fondo queda intacto.

En el tema de la vivienda ocurre exactamente lo mismo, y hay muchos puntos que lo demuestran. Si como defendía el proudhoniano Arthur Mülberger⁷: «el inquilino es para el propietario lo que el asalariado es para el capitalista», hoy, la frontera que se ha fijado entre hipotecado y arrendatario coloca al primero en la categoría de proletario y al segundo, según la jerga del marxismo clásico, en la del lumpen proletariado. No

⁷ Mülberger, *El Problema de la Vivienda*, 1872.

es dable ni justo que las plataformas dedicadas al terreno de la vivienda se centren en los afectados por las hipotecas y no en los afectados por el alquiler. No es de recibo que la batería de medidas que contemplan sólo toque una de las aristas del asunto, mientras las demás se presentan como un problema menor. Si en la actual coyuntura el tema de las hipotecas es una cuestión de primer orden, y muestra las miserias sobre las que se asienta la banca y todo el sistema financiero, el tema del alquiler (y que nadie intente reducir el tema al absurdo, porque siempre que hablamos en clave de alquiler lo hacemos refiriéndonos al abuso cometido por un rentista multipropietario, una inmobiliaria, una entidad financiera, etc., y no a la situación del casero imposibilitado físicamente para producir y que en puridad es tan pobre como su propio inquilino) muestra la cara más cruda de la especulación, la impunidad de los grandes propietarios o el nivel de explotación al que está sometida, por ejemplo, la población migrante. Centrarse sólo en el terreno de las hipotecas y trazar una línea divisoria con respecto al alquiler, equivale a poseer una mentalidad de clase media sensible sólo a los que están dejando de serlo y anestesiada ante los que nunca ascendieron de «clase baja»⁸.

Por desgracia, medidas como las propuestas en la ILP (Iniciativa Legislativa Popular) vienen a demostrar la veracidad de lo expuesto. En primer lugar, hay que dejar claro que se da por sentada la buena voluntad de la mayoría de los que han participado en dicha iniciativa, gente sin lugar a dudas que aún confía en la capacidad del sistema para auto regularse y que, con la mejor de las intenciones y también la mayor de las ingenuidades, sigue creyendo que el Parlamento puede solucionar el

⁸ Algo similar a lo que intentaron algunos sectores durante la «crisis» Argentina del 2000, donde todo se focalizó en los problemas de los pequeños ahorradores a los que el «corralito» había confiscado sus cuentas, sin pararse a pensar en aquellas personas que, sin ingresos siquiera que retener, vivían en una situación de verdadera emergencia vital.

mismo problema del que es garante; así como otros creen que para obtener la paz hay que pedírsela a los militares y que para acabar con la brutalidad policial debe recurrirse a la propia policía. Pero dicho lo dicho toca ser claros: ¿en qué beneficia la Dación en Pago a los inquilinos? Bueno, ¿en qué beneficia a los propios hipotecados? Salvo en contadas excepciones, en la mayoría de los casos la dación en pago, que como el resto de medidas de la ILP se asienta en la expectativa de la «recuperación», sólo sirve para renunciar a la vivienda voluntariamente (eso sí, durmiendo con la conciencia tranquila del «buen pagador», aunque sea debajo de un puente) y para cambiar una deuda por otra: gracias al impuesto de plusvalía (no contemplado en la ILP y que hace alusión al incremento del valor de un inmueble a la hora de su venta, y que se aplica también a los supuestos de dación en pago [y es que en puridad eso es la dación: le vendes tu casa al banco por el precio de la deuda contraída con él]). Es decir, que una vez entregas tu vivienda al banco, a fin de cancelar tu deuda, comienza un nuevo problema, pues al considerar hacienda que con la dación en pago se ha efectuado el traspaso de un inmueble con fines lucrativos (los gastos notariales, más los intereses por demora, etc., harán que de por sí el valor de tu vivienda aumente, al «venderlo al banco», con respecto a cuando la compraste), cae sobre ti, «supuesto vendedor», y te reclama unos impuestos cuya cuantía suele ascender a miles de euros. En definitiva, dejas de deberle al banco para deberle a hacienda, y para colmo pierdes la vivienda. Sin embargo, y suponiendo que nos equivocáramos y que la dación en pago fuera la panacea que algunos se imaginan, la primera pregunta seguiría sin ser contestada: ¿de qué le sirve ésta a los inquilinos? Absolutamente de nada, porque la ILP no está pensada para ellos.

Lo mismo podríamos decir del resto de propuestas: ¿de qué le sirve un alquiler social de por ejemplo 300 euros a quien ya es incapaz de pagar esa cantidad en un alquiler convencional?,

¿de qué sirve que la renta mensual del arrendamiento no pueda pasar del 30% de los ingresos del arrendatario cuando los ingresos de éste son 0%?, ¿cuánto es el 30% de nada?, ¿son una solución resolutive los 5 años de alquiler social para quien no haya podido recuperarse en ese periodo?, ¿cómo le repercutirá dicha situación? Muy sencillo: perderá su casa, seguirá sin embargo pagando el alquiler de la misma y gozando de su usufructo durante un máximo de 5 años; por su parte el banco no sólo obtiene una propiedad libre de gastos, sino que se le reportará una cantidad mensual por la misma. En definitiva: a los 5 años (dando por sentado que el antiguo hipotecado pueda hacer frente al alquiler social), que es el tiempo con el que quizás especulen las entidades bancarias para «salir de la crisis» y darle una salida ultra rentable a todos los inmuebles que se están apropiando a precio de saldo, el banco exigirá que se abandone su propiedad y el inquilino, antiguo propietario de la vivienda, se verá en la calle, buscando un alquiler asequible o un portal donde cobijarse, y habrá perdido el derecho a la patata, pues no se ha hecho más que lo que él demandaba. Y ese es el gran temor que nos producen las expectativas generadas en torno a la ILP: que se considere a esta la valedora de todas las demandas sociales respecto a la vivienda y que se escenifique su aceptación a trámite como una gran victoria, sin percatarnos de que, de ser aprobada, toda la gente que perderá su casa o que se endeudará a causa de la dación en pago, todos los inquilinos a los que dichas medidas ni siquiera rozarán, habrán cifrado todas sus esperanzas en un placebo y habrán perdido su derecho a réplica.

Estamos convencidos de que pueden y deben hacerse otras cosas, de que hay otras vías, de que en el tema de la vivienda y los desahucios hay otros caminos que aún no se han recorrido con plena consciencia. Los anarquistas perseveramos en la idea de que para que un derecho sea tal no puede ser concedido por un tercero; ha de ser tomado, conquistado (Max Stirner,

El Único y su Propiedad, 1845). A esta conclusión no nos ha llevado la fiel observancia a textos decimonónicos o a consignas del pasado, sino la mera experiencia vivencial. El Sistema sólo *concede* (dar dadivosamente alguna cosa) cuando cree que algo puede ganar a cambio, cuando en realidad obtiene más de lo que da; sólo *cede* (perder alguna cosa a favor de un rival) cuando no le queda más remedio, cuando se le fuerza a ello.

En los años 30 del pasado siglo, uno de los grandes problemas que más acaparaban la atención pública era el tema agrario. Gentes sin tierras y gentes sin casas. La República, tan añorada hoy por algunos, se mostró del todo incapaz de dar solución al problema agrario, y todos los intentos de solventarlo por vías legales fracasaron. ¿Qué solución halló el pueblo? José Peirats nos lo explica: «A partir de la calda del “bienio negro” los campesinos acentuaron la llamada (por Aláiz) “expropiación invisible”: invasión de fincas de mano muerta pese al espantajo de la guardia civil [...] Quiere decirse que la revolución agraria empezó en el campo antes del 19 de julio de 1936»⁹. Esto quiere decir que antes de las grandes colectivizaciones agrícolas sucedidas después de la Revolución del 36, ya se producían ocupaciones masivas de tierras abandonadas. Pues bien, hoy es imprescindible que esa «expropiación invisible» se reproduzca, no sólo en el campo, sino también en relación a los inmuebles urbanos.

Hay actualmente muchos ejemplos, en Sevilla, en Cataluña, en Madrid, en Gran Canaria (modestamente), de que esto puede hacerse. Significa, de facto, una socialización del techo, una expropiación forzosa ejecutada sobre el Estado, los bancos, las empresas y los grandes propietarios que promueven que haya tantas casas vacías como gente sin casa. Supone un ataque frontal a la legalidad vigente, una violación consciente y sopepada del contra-derecho a la propiedad privada. La socializa-

⁹ Peirats, *Los Anarquistas en la crisis política española [1869-1939]*, 1964.

ción es una vía a la que nos empujan las circunstancias, una vía en la que los anarquistas tienen que involucrarse de forma integral, y no necesariamente para crear espacio de «consumo propio» (ya hemos dicho reiteradamente que expropiar, para no poner a disposición pública, es privatizar), sino para poner en práctica la aspiración básica de que el uso y disfrute de algo pertenece siempre al que más lo necesita, para ofrecer una alternativa de fondo a problemas de los que por ahora sólo se abordan sus efectos y se ignoran sus causas, para plasmar soluciones que afecten a la raíz y no a la superficie, para evitar que la lucha por la vivienda sea una lucha parcial por intereses parciales. Es la vieja ambición ácrata que tan bien supo plasmar Kropotkin en *La Conquista del Pan* (1892):

«Con revolución y sin ella, el trabajador necesita un refugio: el alojamiento. Pero por malo y por antihigiénico que sea, hay siempre un propietario que le puede expulsar de él. Verdad es que con la revolución, el casero ya no encontrará curiales ni alguaciles para poner los trastos en la calle. Pero ¡quién sabe si mañana el nuevo gobierno, por revolucionario que pretenda ser, no reconstituirá la fuerza y lanzará contra los pobres la jauría policiaca! [...] ¿Vamos a esperar que esta medida, que tan perfectamente responde al sentimiento de justicia de todo hombre honrado, la tomen los socialistas que se mezclan con los burgueses en un gobierno provisional? ¡Podríamos esperar sentados, hasta la vuelta de la reacción! Los revolucionarios sinceros trabajarán con el pueblo para que sea un hecho la expropiación de las casas. Trabajarán para crear una corriente de ideas en esta dirección; trabajarán para ponerlas en práctica; y cuando estén maduras, el pueblo procederá a la expropiación de las casas, sin prestar oídos a las teorías, que no dejarán de predicarle acerca de indemnización a los propietarios y otros despropósitos».

A tal fin, hemos de crear, hasta que se reproduzcan como una pandemia, Asambleas de Inquilinos, Hipotecados, Desahuciados, Sin Techo, etc., donde organizarnos, intercambiar in-

formación, escoger objetivos, o ponernos manos a la obra¹⁰. Sin embargo, no hay que conformarse con esto. Expropiar inmuebles abandonados, para familias desahuciadas o sin hogar, es un fin en sí mismo, pero no es el único. La cuestión debe ser intentar profundizar en la iniquidad e inutilidad de la propia estructura del Sistema, debe ser plantear la expropiación como una «solución ofensiva», como un ataque contra el Capitalismo y las leyes del Estado, como una forma de hacerle daño al Poder, y no como una simple evasión del Sistema. Lo contraproducente que es lo contrario nos lo muestra el ejemplo histórico de las cooperativas. Establecidas con toda la buena voluntad de los cooperativistas, creadas como una forma de liberarse del yugo del patrón, como una medida de resistencia contra el capital (tenemos muchos ejemplos, como La Redentora [1902-1940¿?] o la Vidriera de Mataró [1920-1942], pasando por los

¹⁰ Algo así como lo que también explica Kropotkin (*op. cit.*): «Es de suponer que desde los primeros actos de expropiación surgirán en el barrio, en la calle, en la manzana de casas, grupos de ciudadanos de buena voluntad que ofrezcan sus servicios para informarse del número de cuartos desalquilados, de aquellos en que se amontonan familias numerosas, de las habitaciones malsanas y de las casas que, siendo harto espaciosas para sus ocupantes, podrían ser ocupadas por aquellos a quienes les falta aire en sus cuchitriles. En pocos días, esos voluntarios formarán en cada calle y en cada barrio listas completas de todos los cuartos saludables y malsanos, estrechos y espaciosos, de las habitaciones infectas y de las moradas suntuosas. Se comunicarán libremente sus listas, y en pocos días se dispondrá de estadísticas completas. La estadística embustera puede fabricarse en las oficinas; la estadística verdadera y exacta no puede provenir más que del individuo, remontándose de lo simple a lo compuesto. Después de esto, sin esperar nada de nadie, esos ciudadanos irán en busca de sus camaradas que habitan en tugurios, y les dirán sencillamente: “Esta vez, compañeros, la revolución va de veras. Venid esta tarde a tal sitio; todo el barrio estará allí para el reparto de las habitaciones. Si no os convienen vuestros cuchitriles, elegiréis una de las habitaciones de cinco piezas que hay disponibles. Y en cuanto coloquéis allí los muebles, negocio concluido. ¡El pueblo armado se las entenderá con quien quiera ir a echaros de casa!”».

intentos actuales), al final acabaron siendo patrocinadas por el propio Estado que veía en ellas una forma de librarse de los gastos de seguridad social y pensiones. De igual modo, hemos de intentar que aunque la ocupación de casas o terrenos abandonados sea, como ya hemos dicho, un fin en sí mismo para los propios beneficiados, esto no suponga que sea «el fin de todo». Debe buscarse generar el conflicto social que haga entender por qué la gente se ve obligada a liberar inmuebles en oposición a la propiedad privada. Debe ser, cada ocupación, la generadora de nuevas ocupaciones cada vez más masivas, más públicas y más reivindicativas. De lo contrario, el propio Estado acabará aplaudiendo subrepticamente que se ocupen determinados inmuebles (los que nadie reclame), si eso consigue mitigar los ataques y las iras de los desahuciados. Debe ocuparse toda vivienda vacía, hasta que no quede nadie a la intemperie, pero sin que esto signifique rebajar los niveles de descontento e indignación; todo lo contrario: debe ser un aliante, un acicate, para evidenciar lo inoperante del Sistema y obligarnos a rebasarlo y aplastarlo.

En estas condiciones no puede verse al Sistema más que como un enemigo, y es en calidad de eso como hay que tratarlo. Más que daciones en pago, y compensaciones a las entidades financieras, exijamos y practiquemos la socialización del techo, la abolición de los alquileres y de las deudas bancarias, una Amnistía hipotecaria y arrendataria auto-otorgada (¿no se otorgan «los de arriba» una amnistía fiscal a sí mismos? Entonces, ¿por qué íbamos a ser menos?, ¿por qué no íbamos a concedernos nosotros, «los de abajo», una Amnistía sobre un endeudamiento que no hemos provocado y del que somos las únicas víctimas?). No hagamos esto como quien pide una dádiva, sino como quien, en una situación bélica, expone sus exigencias y condiciones para aceptar la derrota del adversario. Sabemos, mejor que nadie, que el Sistema no claudicará en ese punto, pero lo que nos interesa es desgastarlo en la batalla y

crear un nuevo punto de referencia, un nuevo tope de exigencia para el imaginario colectivo. Cuando en los tiempos de la «II Restauración Borbónica» (llamada por los crédulos «Transición») se pedía la Amnistía para los presos políticos, el Movimiento Anarquista realizó una encomiable labor de oposición al reclamar también la Amnistía para los presos comunes. Reclamar la Amnistía de los presos comunes es tanto como declarar la inutilidad de la cárcel, tanto como abolirla; reclamar una Amnistía hipotecaria y arrendataria es tanto como renegar de la propiedad privada, del poder del sistema financiero, de la validez de las leyes que éste último le ordena decretar al Parlamento. De igual modo que en 1886 en Chicago, durante la batalla por la jornada de 8 horas laborales, los anarquistas comprendieron que no podían reivindicar las 8 horas como una adormidera que sirviera para relajar las tensiones sociales, y que si debían de sumarse a dicha lucha tenían que hacerlo con la finalidad de abrir un marco más amplio que fuera arrebatándole yardas al Poder hasta arrinconarlo y obligarle a replegarse, hoy el tema de la vivienda debe abordarse de igual forma. Hemos de establecer, a través de una política de hechos consumados, que las casas son de quien las habita; que en un sistema en el que se decreta una Amnistía fiscal para los grandes defraudadores de cuello blanco, en el que se rescata a los bancos que desahucian con el mismo dinero público aportado por los desahuciados, en el que a los bancos se les condonan sus deudas sin sufrir embargo alguno, nosotros, todas y todos, tenemos mucho más que una autorización moral para poder proclamar y hacer efectiva una Amnistía hipotecaria y arrendataria y lanzar un contundente: ¡Nosotros no pagamos!

Esto equivale a Huelga de Alquileres, pero va aún mucho más lejos: equivale a Huelga económica. Dentro de un sistema corrupto, con una crisis generada ex profeso, para reestructurar el modelo económico y garantizar el poder adquisitivo de las élites, para poder imponernos sin obstrucciones su modelo

de sociedad, no queda salida más legítima que proclamar una Huelga de débito y negarse, pública y colectivamente, a pagar las deudas con las que el Sistema pretende seguir atándonos a su estructura capitalista jerárquica.

A razón de lo expuesto, el objetivo de los anarquistas debería ser entregarse a esta causa —a la del pan y la sal, el techo y el abrigo— y ser conscientes de su responsabilidad histórica. Los grupos y organizaciones específicas no pueden perder un segundo más en elucubrar sobre revoluciones pasadas cuando ha llegado el momento de vivir las que pueden avecinarse; no puede hablarse de los «pobres» como un sujeto de laboratorio, cuando legiones de desheredados nos tienden la mano y están en disposición de romper el tabú legalista y lanzarse a la ocupación del suelo y el techo sin más autorización que la que da la necesidad; no podemos encerrarnos en «claustros libertarios» a regodearnos en la pureza de unas ideas que se prefieren herméticas y muertas como una flor plastificada; no podemos refugiarnos cómodamente en unos sindicatos que no estén decididos a desarrollar una labor social feroz, y que no entiendan que su labor va más allá del ámbito laboral y de la recogida de cuotas; no podemos perder el tiempo en debatir sobre tales teorías, tales autores o tales libros, cuando en la calle se está librando una guerra que exige de nuestro concurso.

La batalla por la vivienda es un hecho; y seguirá adelante con nosotros o sin nosotros. Pero a nosotros corresponde que un pueblo, que ya está usando instintivamente métodos de liberación anarquista, cuente con la contribución de quienes están familiarizados con dichas reivindicaciones. Los mismos que deberían tratar de tensionar las circunstancias antes de que los partidarios de las medidas parlamentarias nos vendan como victoria lo que en realidad es un armisticio.

Ruymán F. Rodríguez

Patriotas del Hambre

(2013)

«No tenéis patria, sencillamente porque no tenéis
ni en qué caeris muertos».

Ricardo Flores Magón, «A los Patriotas»
(en *Regeneración*), 17 de junio de 1911.

¿CÓMO SE PUEDE HABLAR desde Canarias y no hacerlo de independencia? La independencia, la autonomía (literalmente: regirse por las propias normas), no es sólo lo más deseable, sino la única forma de subsistencia digna de un grupo o individuo.

No poca gente vive geográficamente enajenada. No hay nada más absurdo que escuchar algo que se repite en muchos rincones de las Islas, que chirría hasta en boca de un turista, y que proclama que: «estamos en España». No existe realidad más palmaria que la que afirma que las Islas Canarias son unas islas norteafricanas. No se puede luchar contra la geografía. Mucha gente desconoce completamente todo lo que ocurre en un continente que tiene a pocos kilómetros, pero se siente parte de otro que está casi a la misma distancia que las Azores. Quizás muchos no lo crean, pero la abstracción «España», liberticida como pocas, está condenada a desaparecer. Sólo esperemos que en su larga agonía desista de morir matando. Pero esto es altamente improbable.

Sin embargo, quienes no entienden en qué coordenadas del Atlántico se encuentran las Islas Canarias no tienen las cosas más claras que los que creen que han levantado la mascarada.

El nacionalismo canario hizo una fuerte labor propagandística en los 70 y 80. Caló en el imaginario colectivo, y eso hay que reconocérselo. Curiosamente, contaba con una peculiaridad con la que no contaban ni el nacionalismo vasco (Arana), ni el catalán (de la Riba), ni el gallego (Risco)¹¹: el principal defensor del independentismo canario, Secundino Delgado, no era conservador, como el resto, sino auto declaradamente libertario. Esto podía facilitar que un pueblo que, en los estertores del franquismo declarado (ahora tenemos el franquismo «diferido y simulado», como los finiquitos), empezaba a reivindicar la figura de Delgado, fuera permeable a un mensaje y una praxis de corte anarquista.

Algunos proyectos contraculturales de la época demostraron que cierta parte de la juventud lo entendió así, pero los grandes popes del nacionalismo y el patriotismo canario se encargaron de que el socialismo libertario quedara camuflado. A un pueblo que tenía reivindicaciones reales y concretas, de pan y sal, de libertad integral y soberanía económica, le ofrecían superchería folclórica y lugares comunes. El nacionalismo y el patriotismo siempre se han caracterizado por su miopía, su estrechez de miras e intereses mezquinos. Siguen a rajatabla la máxima que Lampedusa hizo famosa en *El Gatopardo* (1958) e intentan que «todo cambie para que todo siga igual». Que el mismo perro, cambiando el color y las franjas del collar, siga mordiendo al mismo pueblo. Acabaron, en definitiva, representando lo que su mistificado Secundino Delgado ya advertía en su póstumo *¡Vacaguaré! (Vía Crucis...)* (1905) cuando decía: «he observado que la fe, en ideales, sólo la poseen [...] los anarquistas. Los demás obran como comediantes».

Vistas así las cosas, la mayoría de la gente, a día de hoy, entiende cosas bastante distintas, y contrapuestas entre sí, cuan-

¹¹ Quizás haya que incluir la salvedad de Blas Infante (con tics libertarios) en el nacionalismo andaluz, y también el relevo progresista de Castelao en el gallego, cuando se alejó de sus inicios maurinistas.

do habla de *independencia*. La mayoría quieren sólo una independencia parcial. Y la libertad a medias no es más que esclavitud velada.

Muchos entienden la independencia exclusivamente como la soberanía de una comunidad humana con respecto a otra, pero muy pocas veces como la soberanía de los miembros de esa comunidad humana con respecto al Estado o a quienes quieren dirigirlos; casi nunca como soberanía económica integral, como autogestión; jamás como la soberanía personal del individuo con respecto a la comunidad que le ha tocado en suerte.

Nos hablan de independencia política y cultural, pero de qué nos sirven éstas si económicamente seguimos siendo súbditos de una potencia invasora: el capitalismo, el trabajo asalariado, el empresariado, el caciquismo rural. Y esta «invasión» no viene más de fuera que de dentro.

Con el término *godo* se califica zahirientemente al obrero de la construcción gallego que viajó a Gran Canaria con la promesa de descuernarse en una obra y que ahora, descubierto el engaño, duerme entre las barcas de La Puntilla esperando a que su familia le mande un dinero que no tiene; mientras, José Cristóbal García (Secretario General de la Confederación Canaria de Empresarios), Gustavo Santana (Secretario General de CCOO en Canarias) o Juan José Cardona (Alcalde de Las Palmas de G.C.) son *paisanos, compatriotas*. Yo no sé ustedes, pero si las razas existieran la mía sería la del gallego (o la del senegalés que carga bloques, o la de la ecuatoriana que cuida ancianas, o la del chino que malvive vendiendo rosas y sombreros), y no la de tan *ilustres* canarios. Aunque para algunos la escoria tenga pedigrí, la realidad es que no tiene certificado de origen y a veces la mayor basura está acumulada en el portal de la propia casa.

Con el pretexto de la *endofobia* hemos abierto las compuertas del chovinismo y la más vergonzante autocomplacencia. «Todo es bueno si es del país, si es de la tierra»; aunque quienes

esto afirmen lo hagan sin que les pertenezca un centímetro de ese suelo del que están tan orgullosos. Como decía Magón: «se enseña al niño a venerar un trapo de determinado color al que hay que defender, aunque no se tenga un palmo de tierra de la patria»¹².

He visto a una niña vomitando, después de innumerables arcadas, de puro asco, mientras ella y sus padres revolvían en la basura de unos de esos supermercados que por cierto fundaron en su día los esclavistas hermanos Domínguez (parece que si el colono proviene del «interior» explota menos). He visto familias de cuatro, cinco, seis miembros, acomodándose en una casa abandonada, semiderruida (no se les pudo encontrar otra cosa), antes de elegir el banco de un parque. ¿Qué patria tiene esta gente? ¿Con qué bandera se consuelan? Hoy por hoy el «hecho diferencial canario» no es la insularidad, sino el paro y el hambre.

Podemos argüir que eso es fruto de la colonización exterior, pero muchos de los imperialistas que empobrecieron a esas familias nacieron (como sus abuelos, bisabuelos, etc.) en Guía, Las Palmas, Telde, Agaete, Arinaga o Teror. A mí, y a esa gente, nos han explotado desde dentro y desde fuera, y no nos duele más una bofetada porque nos la dé un extraño que un vecino. El imperialismo y el colonialismo son fenómenos capitalistas, y los capitalistas, como los carrancios, se reproducen y extienden por todos lados. Ellos sí que no entienden de fronteras.

Podemos hablar de colaboracionistas, de *cipayos*, de traidores, pero nadie es más colaboracionista que el que ofrece folclore y «orgullo nacional» a quienes necesitan pan y techo. Hay gente, al borde de la desnutrición y el desahucio, a los que no les importa que les digan *nosotros o vosotros*; sino que les digan *nosotros comemos, ustedes ayunan; nosotros mandamos, ustedes obedecen*.

¹² Magón, «A los Trabajadores Mexicanos» [en *Regeneración*], 1 de julio de 1911.

Muchos se olvidan de que, parafraseando a González Prada, amar incondicionalmente a la patria no es sólo inocuamente encariñarse de las playas y las montañas, y de la buena gente que las habita; significa también ignorar al chivato que te vende, al policía que te agrede, al juez que te condena, o al empresario que te explota tan sólo porque sean hijos de tu misma tierra.

No existe independencia real si no hay una verdadera emancipación económica. Crea todas las instituciones políticas de tu propio país que quieras, desarrolla toda la cultura autóctona que desees, y mientras la gente siga siendo económicamente dependiente, individualmente sometida, no habrás conseguido nada. Instituciones libres y un pueblo esclavo.

Personalmente, concibo la Isla de Gran Canaria, si un futuro revolucionario fuera factible, como una comuna independiente y autónoma, con respecto al resto de comunas (sean otras islas, penínsulas o continentes), repleta a su vez de otras comunas municipales y locales. Todas ellas soberanas de federarse o desfederarse cuando gusten, entre ellas o entre otras. Y ambiciono la misma independencia para el individuo, a fin de que pudiera —parafraseando a Han Ryner— maldecir los crímenes e injusticias que llegaran a cometerse en esa misma porción de tierra, sin que su criterio quedara limitado por ningún supersticioso amor a la patria ni por ninguna obediencia ciega. Esto es también lo que deseo para el resto del mundo, no sólo para una fracción del planeta. Pero para todo eso antes hace falta que el pueblo reconquiste y tome la misma tierra que trabaja o que contempla a lo lejos, abandonada.

Puede que los «europeos civilizados» puedan hablar de tener patria; aquí, en el Norte de África, no tiene sentido hablar de patria cuando lo que necesitamos es tierra.

Ruymán F. Rodríguez

Un día en «La Esperanza»

(2015)

SON LAS 7 DE LA MAÑANA, me desperezo y me dispongo a lavarme la cara. Abro el grifo y hay agua. Hoy la cuba tuvo que llegar puntual y Blas, miembro de la Comisión de Mantenimiento, pudo abrir el abastecimiento a las 7 según nuestro horario de racionamiento de agua. El bueno de Blas, y quienes le ayudan en Mantenimiento, se encargan del agua y de detectar y arreglar desperfectos para que la Comunidad funcione. No cobran nada por ello. ¿Por qué lo hacen? Por solidaridad y compromiso con «el proyecto», no hay más.

Me visto y bajo al patio. Ahí están Judith y Azu barriéndolo y baldeándolo. Hoy no es lunes (nuestro día de limpieza general), pero quieren mantener las zonas comunes limpias, saben que a nosotros por ser «okupas» se nos mira con lupa. Cuando hay zafarrancho de limpieza se suman algunos hombres, pero desgraciadamente las mujeres siguen siendo mayoría en esta labor. Sin embargo, no se respira un aire machista; las mujeres son mayoría en casi todo. Las que vienen a solicitar vivienda son casi siempre mujeres; son mayoría en la asamblea y son las más participativas; las comisiones están llevadas casi todas por mujeres; cuando hay algún conflicto son las primeras en mediar e intervenir. El concepto de fuerza ha perdido en la Comunidad su estereotípico cariz masculino.

Un grupo de vecinos debate en los bancos del patio. Me sumo a la charla. Les preocupa el aumento del gasto de agua debido a los calores del verano. «A ver si los del ayuntamiento se

deciden de una vez y nos ponen el agua, que no somos animales, joder». Hablan de convocar una asamblea cuanto antes. «Hay que seguir presionando, seguir insistiendo con los medios, y si no manifestaciones o lo que haga falta», repiten. Alguno es miembro de la Comisión Anti-desahucio, que se encarga de hablar con los medios y tratar de iniciar las negociaciones con la administración. Idahira, la tesorera (este mes le toca a ella), ataja enérgica: «mientras eso pasa lo que hay que hacer es ahorrar». A ella se le entrega la «contribución comunitaria voluntaria» de 25 euros mensuales. Gracias a esos 25 euros podemos pagar las cubas de 10.000 litros diarios con los que nos abastecemos.

Les dejo con su conversación y me acerco al Asambleatorio (así llamamos al lugar dónde se celebran las asambleas y los talleres y eventos) porque veo algo que me gusta. Los niños están ensayando una obrita de teatro que hizo un vecino. Están entusiasmados, gritando y reproduciendo ruidos de animales. Algunas madres de la Comisión de Talleres les ayudan a ensayar. Miro a los niños y pienso que son lo mejor de la Comunidad. A pesar de la situación económica en la que se encontraban sus padres antes de venir aquí, a su manera estos niños son afortunados. No sólo por la oferta de ocio que hay en la Comunidad con los talleres y demás; estos niños están viviendo una experiencia que les dará una gran ventaja sobre el resto de miembros de su generación. Están aprendiendo y viviendo desde chiquititos lo que es el apoyo mutuo, la empatía, la diversidad, la tolerancia. Pienso en cuando sean grandes y recuerden este periodo de sus vidas. Estos niños serán hombres y mujeres el día de mañana que serán sensibles al dolor ajeno y sabrán que la colaboración es la única forma de resistir y que la justicia no es un ente abstracto.

Me avisan de Mantenimiento: se ha roto una tubería en el garaje. Bajo corriendo a ayudar. Nos pasamos horas arreglándola. Unos van a comprar el repuesto mientras otros serruchan

el tramo para ponerle un acople. Aquí, ante mí, tenemos obreros cualificados (como Moisés, Carmelo, Iche y un largo etcétera) que cuando pasa algo de esto saben en cada momento qué hacer. Admiro sus conocimientos y pericia. No pierden nunca la calma en estas circunstancias. La arreglamos al fin.

Con la avería se nos ha hecho tarde, algunos no hemos tenido tiempo de prepararnos la comida. Rocío invita a comer a parte de la cuadrilla de Mantenimiento en su casa y Francisco a otra parte en la suya. Los que van a casa de Francisco disfrutaran de un menú de comida típica colombiana, y los que van a casa de Rocío aprovecharán para llevarse la ropa que amablemente les lavó el otro día. Esas redes espontáneas de apoyo mutuo se tejen día a día en «La Esperanza». Olla común improvisada, unos vecinos le lavan la ropa a los que no tienen lavadora, otros ayudan a fabricar mobiliario para las casas con maderas recicladas, y así sucesivamente.

Entre los comensales distingo dos caras desconocidas con un niño al que tampoco identifiqué. Le pregunto a Rocío y me aclara que son «nuevos realojados». Entraron porque otro vecino encontró trabajo y decidió entregar la llave a la Comisión de Realojo y darle a otra familia la misma oportunidad que le dieron a él. Los nuevos llevan en lista de espera algunos meses, han entregado toda la documentación necesaria para demostrar su situación de necesidad, ya han pasado varias entrevistas con los de Realojo y finalmente se les ha explicado bien «el proyecto» y han aceptado sus condiciones. Hablo con ellos. Que les llamaran de Realojo ha sido lo mejor que les podría pasar: 3 meses de impago de alquiler, agotada la paciencia del casero, les daba una semana para irse o iniciaba los trámites de desahucio. Sus ingresos de 300 euros les impedían pagar el alquiler y comer. Están emocionados y aún no han asimilado su nueva situación. Los vecinos recién llegados suelen venir sin nada. Directamente de la calle, de centros o de traumáticos desalojos. Como en este caso, es difícil que los primeros días

los vecinos más cercanos no le pongan un plato sobre la mesa y les ayuden a instalarse. La solidaridad en «La Esperanza» no es sólo cuestión de sensibilidad, sino de supervivencia.

Después de comer me doy un salto al huerto de la Comunidad. Allí están Javi y Julio, trabajando como siempre. El invierno se ha portado bien con el huerto, pero ahora empiezan los rigores del verano y les urge terminar de colocar las mangueras para el riego por goteo. La idea de Javi, el más implicado en la Comisión del Huerto, es que este se abastezca con cubas independientes. Teniendo en cuenta los problemas acuíferos de la Comunidad, es la única opción. Cerca del huerto corretean gallinas y cabritas. Todos son animales que ya no era «útiles» para la explotación ganadera y que han sido salvados de ser sacrificados. Para algunos niños de la Comunidad este es el primer contacto que tienen con este tipo de animales. Enseñarles las sinergias que se dan entre los seres vivos y a empatizar con ellos es una experiencia bonita. Javi y Julio se despiden de mí, van a irse a buscar unas plantas forrajeras especiales para las cabras. Ya me contarán a la vuelta.

Cae la tarde, ahora mismo tengo que coger la guagua para irme a trabajar (soy de los pocos en la Comunidad que tiene un trabajo remunerado, aunque la gente se mata a hacer chapuzas, sacar chatarra, limpiar escaleras, para poner un plato en la mesa). Justo cuando estoy saliendo me vuelvo a encontrar con Azu y Rocío. Alguien ha visto nuestra petición de ayuda en la red y viene a traernos ropas, muebles y algunas garrafas de aceite. Rocío y Azu, junto con Ylenia y Lola, forman parte de la recién creada Comisión de Solidaridad (desde que salimos en los medios de comunicación decidimos crearla para gestionar la ayuda que pudiéramos recibir), se han puesto en contacto con ellas y están esperando para recibir tan generosa aportación. Salgo del portón con una sonrisa que crece aún más cuando me cruzo con un vecinito de apenas 8 años que me recuerda: «compa, no te olvides de que esta noche hay cine en

el Asambleatorio». Asiento con la cabeza y pienso que hoy tengo que intentar salir pronto del trabajo.

Mientras camino hacia la parada me vuelvo una última vez y miro hacia la entrada: «Comunidad Esperanza, lo último que se pierde». Y pienso que aunque parezca increíble esto está ocurriendo en un pequeño y recóndito punto del Atlántico: la gente se ha organizado, ha cogido las riendas de su vida en sus manos y, pase lo que pase, no está dispuesta a renunciar a la esperanza.

[Sin firma]

El Liderazgo en los colectivos anarquistas

(2016)

«Estimo a aquellos que están con la conspiración y no conspiran ellos mismos; pero no siento más que desprecio por aquellos que no quieren hacer nada pero se complacen en blasfemar y maldecir a aquellos que actúan».

(Carlo Pisacane)

CARECER DE UNA BASE bien pegada al terreno, a la realidad, nos ha hecho complicar la cuestión del liderazgo de una forma completamente innecesaria. Si al asunto le añadimos además una buena dosis de bajas pasiones, ya no hay quien extirpe el quiste.

Tenemos por un lado gente que quiere sofisticar tanto el tema que acaba cayendo en los galimatías marxistas, intoxicándolo todo con unos argumentos que la propia realidad, desde la crisis de la Primera Internacional a 1917, se ha encargado de desmontar, dejándonos bien claro a dónde nos lleva el concepto de «autoridad roja». Por otro tenemos la voz de los desencantados y desesperados, gente que ante el cacao imperante une su voz a la de Ortega y Gasset a la búsqueda de «un hombre fuerte», como si alguien pudiera hacer por nosotros lo que somos incapaces de hacer por nosotros mismos.

Estas incongruencias han sido cíclicamente rebatidas por un acervo bien razonado y articulado que data desde antes de Godwin; este acervo, sin embargo, no encuentra tristemente continuidad cuando confronta con gran parte de la militancia libertaria y los colectivos que lo componen.

La enajenación de la realidad, sumado a las filias y fobias propias de nuestra *humanidad*, nos ha hecho detectar autori-

dad donde no suele haberla, dejando intacto no obstante el verdadero edificio de la jerarquía.

Es cierto que en nuestros colectivos hay actitudes autoritarias y de liderazgo, personas que, al llevar la voz cantante, pueden absorber y engullir a una organización. No entraré ahora a valorar la responsabilidad de los engullidos, pues sólo quería constatar un hecho y no hablar de la «servidumbre voluntaria» que es algo que trasciende de los límites de este artículo. Esto, sin embargo, es lo que ocurre en la mayoría de colectivos humanos, una tendencia propia de una formación verticalista cimentada en lo que Nietzsche defendía como «voluntad de poder». La mayoría de errores que se producen en grupos y comunidades libertarias no son más que la mayoría de errores que surgen en el resto de grupos y comunidades no libertarias; así de simple. Evidentemente lo que llama la atención es que en ambientes que se dicen anarquistas, con gente que se dice anarquista, surjan roles de dominación y obediencia, y esto es algo que deberíamos corregir con un trabajo constante que parta de uno mismo sobre sí mismo; sin embargo, siendo falibles y vulnerables, como somos, no podemos esperar que denominarse anarquista suponga ser metahumano. Mientras nuestros propios mimbres no se rebelen contra lo que impera y sigamos nutriéndonos de identidades pre construidas, nuestros errores no diferirán de los de nuestro entorno.

Reconocido lo dicho, entro en el *quid* de este texto: ¿sabemos identificar bien los anarquistas el liderazgo en nuestros colectivos?

Dada la situación de nuestro movimiento, en los grupos anarquistas solemos ser pocos. Cuando un grupo se decide a dejar de teorizar y a llevar lo que predica a la práctica, esto significa que hay poca gente para realizar mucho trabajo. Tenemos otro problema además, y es que no hemos dado con lo que llamo el «militante integral». Tendemos, como nos marca la educación y el mercado laboral, a la especialización. Nos

enseñan que hay unos que trabajan con la mente y otros con las manos, que unos saben hablar y otros escuchar. Como ya dije, de estos males no quedan excluidos los colectivos libertarios sólo porque se den ese nombre. Nuestra tendencia debería ser la de generar una actividad integral, formándonos de esa misma manera: potenciar una militancia en la que, entendiendo las circunstancias y preferencias personales, no haya unos que se dedican a labores auxiliares, otros a hablar en público, otros al trabajo de trastienda, otros a escribir, etc.; sino en la que cada uno se sintiera capacitado de realizar cualquier labor, manual o intelectual. Sin embargo, la realidad es otra. En un grupo activista comprometido hay muchas funciones a desempeñar y, lastrados por un modo de actuar adquirido, solemos repartir las tareas en función de la especialidad de cada uno: el que tenga más dotes artísticas se encargará de la cartelería; el que tenga más formación, de redactar los documentos; el que tenga más habilidades sociales, de hablar con la gente, etc. ¿Y si surge el «militante integral»? Estamos tan poco acostumbrados a que el mismo que escribe los artículos sea el que trabaja en la huerta, el que sabotea una máquina en una huelga o el que abre una casa, que visto desde fuera solo podemos adecuar la fórmula capitalista a la militancia social y pensar: trabajo intelectual: líder; trabajo manual: subalterno. Sin pararnos a pensar que el que desarrolla ambas labores sea la misma persona, y sin plantearnos la influencia del medio en esa ecuación que separa el cerebro del brazo.

Si el grupo trabaja bien y hace cosas grandes que tengan repercusión mediática, se plantea entonces el problema crucial de hablar en público. Puede que esto ya se haya planteado en otras actividades, como charlas, talleres o mítines, pero la cosa se endurece cuando lo que se plantea es exponerse. Si el grupo desestima esta vía el problema parece subsanado, pero cuando la naturaleza de la lucha requiere necesariamente la concurrencia mediática (como por ejemplo en el caso de los desahu-

cios) el debate en torno a quién hablará se torna muy revelador. Más allá de cuestiones banales, sobre vergüenza y complejos, está el tema de la exposición pública, de dar la cara, de perder un refuerzo a nuestra seguridad como es el anonimato. Visto desde fuera, diseccionamos al «portavoz» como el líder, el cabecilla, el cerebro, el ideólogo, y no somos conscientes de si ese puesto le tocó sacando la pajita más corta o si se vio obligado ante el miedo y la negativa del resto; menos conscientes somos todavía de que lo mismo que pensamos nosotros lo estará pensando la brigada de información respectiva, que podrá añadir un nombre a su lista para cuando llegue el momento de «descabezar».

A veces llamamos líder al que simplemente se sacrifica por una causa concreta, y da la cara cuando a todos los demás les conviene tapparla. Por otro lado, hay que cuidarse mucho de no confundir al *líder* del grupo con el *esclavo* del grupo, porque a veces la línea se difumina bastante. Hay gente más comprometida que el resto, que no sólo está dispuesta a jugársela sino también a realizar todos los trabajos desagradables que nadie quiere. Hay personas que siempre se ofrecen, que avanzan cuando otros se detienen, que alientan la actividad y se arriesgan a enredarse en problemas que la mayoría de la gente rehuiría. Hay que ser honestos: cuando en la FAGC se nos planteó la posibilidad de la Comunidad «La Esperanza» la magnitud del trabajo apabulló a muchos. El nivel de implicación de todos los miembros no fue la misma. Algunos se sintieron superados, otros prestaron valiosas labores de soporte y los menos se la jugaron a tiempo completo por el proyecto. El que comparece ante los medios, juzgado desde el exterior por gente que no conoce los pormenores del asunto, puede parecer un aspirante a jefe, pero por dentro nadie sabe la loza que le está presionando el pecho.

Estas personas comprometidas, que como mucho son organizadores, dinamizadores, cuando no pobres mulas que cargan

con el trabajo colectivo, son confundidas como líderes por el desconocimiento general de lo que suponen las atribuciones del mando, por los prejuicios sociales que ya mencioné, pero también por la mala baba imperante.

Esa persona que desarrolla un discurso, que lo manifiesta públicamente en base a hechos reales, que no puede ser acusado de vender humo, supone una amenaza para nuestro estatus de «sosiego revolucionario». Su actividad amenaza nuestro quietismo y los objetivos que alcanza nuestra mediocridad. Una persona que demuestra que se pueden hacer cosas más allá de hablar del pasado o de celebrar actos endogámicos, de retro alimentación y auto complacencia, está indicándonos simultáneamente que no hacemos nada más práctico porque no queremos, y no porque no se pueda. Tildamos de líder, ya que no conocemos otro insulto peor, no al comisario, al jefe de partido o de secta, sino a aquel que hace destacar su voz y nos recuerda que el anarquismo no es un acto de contemplación monacal. Si alguien nos escupe en la cara que el asamblearismo, el apoyo mutuo y la acción directa, no son mantras que repetir machaconamente, ni productos de consumo interno, ni lemas desgastados que añadir a cada cartel y a cada comunicado, sino que son respectivamente un órgano para que la gente de a pie gestione sus recursos y sus propios barrios; un instrumento para tejer redes de soporte y servicios mutuos; una forma de actuar que pasa por expropiar sin intermediarios bienes y recursos y no por hablar; esa persona es un enemigo, y al enemigo se le insulta y caricaturiza. Si alguien con sus hechos, y con el discurso que sirve de soporte teórico a los mismos, entra en tu zona de confort, dismantela tu verborrea cristiana de predicador, da un manotazo al santuario repleto de velas a Bakunin y Durruti, y te fuerza a la acción, no es raro que lo identifiques con un líder, porque siempre es más fácil reducir al absurdo que encajar un golpe.

Es por eso que todo el que en nuestros medios y ambientes hace algo, mueve algo o hace que algo destaque, pasa a ser instantáneamente, para una capillita muy bien acomodada en la estabilidad de la disidencia verbal, un aspirante a caudillo, un tipo con ínfulas de grandeza, un líder. Se logra así que la quietud genere quietud.

Esto no es nuevo, hoy las figuras de un Bakunin, Malatesta, Seguí o Durruti nos llegan casi regulares, sin aristas alarman-tes, sin mácula de duda. En su época fueros acusados de papas, de dictadores del movimiento, de personajes sospechosos con deseos de fagocitar al anarquismo. Hoy los valoramos y respetamos porque ya no existen, porque están muertos; si existieran y nos obligaran a cuestionarnos nuestra inactividad, ya los estaríamos despellejando. Hubo personajes como Tomás González Morago, de cuya gran labor como organizador nos da constancia Anselmo Lorenzo en *El Proletariado Militante* (1901, 1923), que corrieron peor suerte y murieron solos en prisión orillados por sus propios compañeros. Hoy, como buen difunto, se le recuerda como uno de los fundadores de la AIT española, pero no como el ilegalista que murió marginado por los suyos. Parece ser entonces que lo único que hace falta para ahorrarse dichos ataques es llegar a la venerable vejez o morir-se: pero lo primero para algunos aún está lejos, y lo segundo lo considero un precio excesivo para tan poco premio.

Ante el papanatismo imperante no podemos recular. Sólo nos queda seguir trabajando, cada vez más fuerte y con más ganas; saber discriminar las críticas razonadas de los ataques nacidos de las heridas al amor propio; y esperar que el Movimiento Libertario aprenda a distinguir entre los líderes que intentan controlar nuestras vidas y los revolucionarios que sólo tratan de organizar la resistencia.

Ruymán Rodríguez

De la necesidad de que el anarquismo toque el suelo

(2016)

DECÍA MALATESTA (Congreso de Ámsterdam, 1907), que la revolución anarquista «sobrepasa con mucho los intereses de sólo una clase» y que pretende la liberación de la humanidad entera. Coincido, pero no podemos negar que habrá unos que serán los interesados en conseguir esa liberación integral y otros los que se opondrán. Dable es también pensar que los más partidarios deberían ser, además de los concienciados, los que más tienen que ganar si las cosas cambian, y que los que más se oponen son los privilegiados, junto a todas esas innumerables víctimas del Síndrome de Estocolmo que desgraciadamente han fabricado con sus escuelas y televisores.

Si pretendemos subvertir las cosas no se hace difícil suponer dónde está nuestro lugar de trabajo. Sin embargo, y es triste decirlo, la mayoría de actividad que generamos ni siquiera gira en torno a ese objetivo.

El anarquismo siempre ha tenido una sensibilidad múltiple, interesada por todas las formas de belleza y sufrimiento. De ahí surge su riqueza. Esto se plasmaba en la filosofía, en libros de vivisección social (como los de Godwin, Proudhon o Stirner, con mayor o menor aspiración práctica), en todas las ramas del arte y en círculos de afines. Bakunin fue de los primeros en darse cuenta de que la única forma de que trascendiera dicha corriente de pensamiento era convertirla en una corriente de acción, relacionada con las aspiraciones de los más pobres. Lo

que los nihilistas rusos llamaban «volver al pueblo». El sindicalismo que surgió después participó de la misma aspiración: sacar el anarquismo de los salones, los cafés, las máquinas de escribir, las tertulias nocturnas, los clubes de disidentes, y meterlo en el tajo, en la fábrica, en el campo.

¿Sigue el anarquismo presente en esos lugares? Después de muchas derrotas, muchas más que éxitos, el anarquismo sólo ha vuelto a la calle de forma espontánea, desnuda, atórica, y cogiendo a la mayoría de anarquistas por sorpresa. Nos interesan las relaciones de poder, cuestionarlas, entre géneros, entre especies, entre comunidades humanas, pero ¿quién es el receptor de esos cuestionamientos?

Desarrollamos grandes teorías, tenemos prolíficos teóricos, contamos con agudos analistas, pero escribimos, pensamos y hablamos para nosotros (yo mismo lo hago ahora). ¿Cuál es nuestro interlocutor si no? Casi toda nuestra dialéctica se genera para circular entre convencidos, y gran parte de los temas que nos interesan son expuestos para gravitar en torno a gente de intereses afines, gente del «palo», del «rollo». Así haremos gran literatura, pero no obtendremos ni un cambio.

Los temas que nos conmueven y sobre los que indagamos demuestran nuestra sensibilidad y son importantes. Es un proceso propio de la construcción personal. Después puede ser importante contrastarlo con personas con las que compartamos simpatías, obtener un reflejo de cordura. Pero pasada esta etapa inicial es necesario saber si queremos resolver esas inquietudes, hallar respuesta real en el mundo a esas preocupaciones, o si nos basta con haber llegado a ese «grado supremo» de consciencia. Si es así y no necesitamos incidir en nuestro entorno, lo acepto. Esa es la vida del asceta extremo al que le basta con sentirse sabio ante sí mismo. Pero si esa persona escribe, edita, hace actos públicos, para tratar de cuestionar la actitud general, habrá que evaluar (después de haberlo experimentado uno mismo) si su estrategia llega a alguien o si se

reduce a él y a sus allegados; más aún: si alguna vez tuvo intención de llegar a alguien fuera de su círculo próximo; y aún más: si su mensaje tiene posibilidad real de alterar la vida de la gente de a pie.

Cuando hablamos el interlocutor ideal al que nos dirigimos cobra importancia, y cuando defendemos una causa también la cobra la forma en que la defendemos y las personas a quienes desearíamos tener al lado, aquellas a quienes tratamos de llegar con nuestras palabras. Si esta elección es importante lo es más darse cuenta, en el terreno social, de un punto clave: si son los oprimidos las personas a quienes escogemos, estos hace ya tiempo que no necesitan discursos, que ni los leen ni los quieren, porque lo que les urgen son actos.

Nuestras preferencias nos definen. Todos los frentes de lucha son importantes, válidos, honrosos, pero dependiendo cómo se aborden y a quién se dirijan, unos dejarán el mundo intacto y otros al menos le harán mella.

Cuando somos incapaces de establecer prioridades, de superar la actividad netamente formativa y especulativa; cuando nuestras soluciones colectivas no pasan por trabajar desde lo que está más abajo, desde el fondo; cuando tenemos alergia al trabajo de campo en los barrios, o cuando nos llenamos la boca con sus clichés para reducir a sus habitantes a caricaturas; cuando elaboramos nuestro discurso dando por sentado en nuestros receptores un estatus mínimo o unas necesidades mínimas satisfechas («todo el mundo tiene coche, todo el mundo tiene Internet, todo el mundo ve la tele, todo el mundo consume, nadie se muere de hambre, etc.»), cuando creemos en definitiva que existe un estándar económico, social y cultural; cuando elegimos para interactuar los problemas de forma y no de fondo, los problemas que afectan a la estabilidad y no a la supervivencia; estamos estableciendo (con independencia de si nosotros somos más pobres o más ricos) un anarquismo de clase media para gente de clase media. Ese anarquismo debe morir.

No hablo de «clase media» como clase real, no me interesa ese debate; sino como concepto psicológico. Es la mentalidad, irreal, de pertenecer al estrato estable de los ciudadanos modelo, ni muy pobres ni muy ricos, la buena burguesía. Esa mentalidad nos viene inculcada desde niños, comamos pan duro o pasteles. La he vivido de cerca: el obrero desempleado cree que sólo pasa por una mala racha y que en breve volverá a donde le corresponde, porque «él no es un pobre»; si necesita realojo, no quiere convivir cerca de indigentes; a su vez el indigente nativo no quiere vivir cerca de indigentes foráneos; y así sucesivamente. El anarquista no tiene ningún prejuicio superior o distinto a los que le rodean en su entorno.

De esta forma nos vemos apoyando lógicamente a los afectados por la hipoteca, pero incapaces de articular nada sobre inquilinos o indigentes; involucrados en defender la sanidad pública y a sus profesionales, pero muy distantes de los migrantes sin cobertura; implicados de forma muy positiva y loable en criticar los atentados al planeta y la necesidad de desmantelar la tecnificación, pero incapaces de meter en la ecuación a los que no causan más impacto en el medio que el de sus huellas descalzas sobre el asfalto.

Ya he dicho alguna vez que creo que la simple lucha por las necesidades materiales está lejos de ser la panacea de nada, y también está fuera de mi intención, aunque no se crea, criticar las múltiples variedades de reivindicación y lucha; sólo creo que la única forma de llegar a la gente es implicarse en sus carencias básicas, y que de toda la gente son evidentemente los más pobres y más numerosos los que con más urgencia requieren nuestra colaboración, y que esto es aplicable a todos los frentes de lucha, porque todos deberían adaptarse a su participación. Pienso sinceramente que esta es la única manera de que el anarquismo vuelva a la calle, vuelva a ser algo popular, y no un objeto para uso y disfrute exclusivo de una minoría.

Ciertamente llegar a la gente de a pie no es fácil, ni es garantía de ninguna transformación inflexiva. La gente a veces no cambia ni a golpes de realidad. Ser «los más pobres» es sólo un superlativo de escasez material, no de excelencia personal. Bien pueden servir nuestras herramientas de hoy para armar a las nuevas jerarquías de mañana. Por eso repito que no basta con acercarse al pueblo, que hay que implementar el trabajo creativo con el conflicto. Pero para eso antes hay que entablar contacto, romper la barrera entre el mundo militante y el popular, lograr que converjan, y esto sólo se consigue metiendo la cabeza en la realidad social de las personas reales. Partiendo de esto, no se trata de transmitir nuestras preferencias a la población, de «salvarles» obligándoles a compartir nuestras neuras o monomanías. No sirven los mesianismos, las evangelizaciones, la inoculación doctrinaria de idearios exógenos. Se trata de ver cuáles de nuestras ideas pueden incidir en sus vidas para mejorarlas, a fin de construir juntos un enclave donde también nosotros podamos desarrollarnos libremente. Se trata gráficamente de elegir entre afilar nuestras ideas para que se claven en la realidad o permitir que la realidad quiebre estas ideas embotadas por el desuso.

No escribo ni milito para hacer amigos, prefiero hacerlo para conseguir compañeros, pero si pierdo a algunos de los dos no hay drama; habrá merecido la pena.

Necesitamos un sindicalismo que no tenga como prioridad disputar las pagas anuales de los funcionarios, u otras cosas que se les escapan a los que sobreviven con 400 euros mensuales, y que se centre en movilizar a los parados y en aceptar a los trabajadores «en negro».

Necesitamos un movimiento por la vivienda que no se cierre en el tema de la hipoteca o en apilar casas para no darles utilidad pública, sino que comparta herramientas con los inquilinos y empiece a contar con los sin techo como protagonistas y máximos damnificados.

Necesitamos un activismo social que no hable «de pobreza sobrevenida» o de gente «normal golpeada por la crisis», sino que no sume a sus estrategias a aquellos cuya pobreza les viene de cuna y que posiblemente también la leguen como herencia.

Necesitamos un feminismo que no sea un objeto de debate intelectual o de simple denuncia teórica, sino que trabaje con las personas forzadas a prostituirse, las chicas de los barrios marginados embarazadas desde la adolescencia, las que se ven en situación de indigencia cuando salen de las casas de acogida y todas aquellas mujeres ignoradas por desposeídas que son las más plurigolpeadas por el heteropatriarcado.

Necesitamos un anti especismo que no se conforme con dar charlas para afines en circuitos cerrados o con formar a través de la web, sino que pueda ofrecer una verdadera alternativa alimenticia a los hambrientos, expropiando tierras abandonadas y ofreciendo herramientas que demuestren que subsistir sin matar es posible y asequible.

Sean cuales sean nuestros intereses, no tendrán repercusión real hasta que se dirijan a cambiar la vida de los que hasta ahora no cuentan para casi nadie. Sí, me complace que mucho de lo que reivindico se esté haciendo a pequeña escala, como las asambleas de parados, los sindicatos de manteros, la colaboración con inquilinos, el trabajo con personas víctimas de la prostitución, okupar tierras y repartir hortalizas, etc., pero si destaco la necesidad de incidir en esa vía es porque considero que aún es testimonial en nuestro movimiento.

Hablo además desde la experiencia personal. Nuestros libros y discursos no llegan a la gente que más podrían necesitarlos, porque es posible y lógico que además ni les interesen. No nos siguen por las redes sociales, ni acuden a nuestras charlas y jornadas. La única forma de implicarse es participar de sus necesidades reales y adaptar lo que queremos compartir con ellos a dichas necesidades. Ofrecerles soluciones tangibles

e inmediatas a problemas que no son teóricos, ni éticos ni morales, sino de pura supervivencia.

Algunos grupos de la FAGC al principio de nuestra andadura hicieron campañas de apostasía o contra Monsanto. Nadie dice que no sean temas importantes, pero cuando entramos en contacto directo con gente con problemas de emergencia vital nos planteamos: ¿es útil para estas personas que les demos un folleto sobre transgénicos cuando están comiendo pan mohoso que mojan en una fuente?, ¿es necesario que les digamos que apostaten cuando buscan cartones reciclados porque esta noche viene lluvia? Nos dimos cuenta de que les estábamos hablando a estas personas en un lenguaje totalmente alienígena para ellos, de que la división que se establecía entre nuestras aspiraciones y sus necesidades era insalvable, de que el anarquismo secular estaba a miles de kilómetros de la calle, como lo está el Everest de la costa. Se hizo imperativo cambiar de estrategia.

Cuando la FAGC estaba en su segunda etapa de expropiación de tierras (Proyecto «Tierra y Libertad») conseguimos que se sumara gente sin ideología definida. Estaban ahí por necesidad material, no por afinidad a nuestras ideas. Conseguimos enrostrarlos en las dinámicas de nuestras asambleas y que tomaran parte de las decisiones colectivas. Cuando los conejos y los lagartos empezaron a atacar las cosechas muchos de nosotros, veganos y anti especistas convencidos, nos vimos incapaces de hacerles entender que dichos animales no eran ninguna plaga, que estaban ahí antes que nosotros. Cuando una persona te dice que no tiene nada en la nevera y que esos animales no se van a comer el pan de sus hijos, aquello por lo que lleva meses luchando, te quedas desarticulado y te sientes ridículo al intentar discutir. La única opción era ofrecer una alternativa viable, algo que permitiera sacar la producción adelante sin tener que generar sufrimiento. Fue así como descubrimos a Fukuoka, los métodos no invasivos que aconseja para evitar los ataques de animales (pimienta de cayena), etc. Cuando la gente obtuvo una

solución real y eficiente al problema, ya no necesitaron contemplar otras medidas. Podíamos habernos enrocado, llamar *privilegiados y esclavistas* a gente que carecía de recursos y que obtenían gran parte de su alimento de nuestro proyecto, o podíamos trabajar para ofrecer alternativas prácticas y caminos secundarios transitables.

En la Comunidad «La Esperanza» debemos reconocer que todos nuestros esfuerzos para desmontar de forma teórica el machismo imperante fueron un fracaso. Los talleres y charlas no eran funcionales, la contribución de una compañera psicóloga que quería dar herramientas de refuerzo no tuvo continuidad por falta de asistencia. Si algunos pidieron libros sobre anarquismo, jamás mostraron interés por libros específicamente feministas. Más allá de frases compartidas y manifestaciones que hicimos en asamblea, el feminismo verbal moría en nuestra boca. El vivencial sí tuvo más recorrido. No era sólo dar ejemplo con nuestras actitudes, sino implicar a las mujeres en labores atribuidas culturalmente a los hombres. Esta medida funcionó y las mujeres se convirtieron en interlocutores de referencia a la hora de abordar casi todos los problemas comunitarios, perdiendo su papel subalterno.

En definitiva, hablo de lo vivido. Desmantelar la jerarquía, desmontar las relaciones de supeditación, deconstruir las formas de dominio genérico, étnico, especista, laboral, cultural, económico, parte necesariamente por socializar herramientas de emancipación, evitar que sigan orbitando por los mismos limitados ambientes, adaptarlas a las necesidades diferenciadas de los de abajo y dejar que sean ellos los que las hagan propias y usen a su antojo.

No basta con trasladar nuestro discurso a otro ambiente; hay que disolverlo como teoría muerta y reconstruirlo como medida práctica y útil. Hay que hacer que el anarquismo deje de ser un artículo de lujo para iluminados, un fetiche de consumo académico, un artefacto especulativo para aburridos con

remordimientos de consciencia. Hay que llevarlo a la calle y ponerlo sobre los adoquines. Puede que esto duela, que haya quien se sienta incómodo trasladando su mesa de trabajo de su cabeza, su local y su ambiente al parque público de un barrio, pero que eso escueza es sintomático. Si decimos que los hombres deben renunciar a sus privilegios de machos y los humanos a sus privilegios de especie, algunos anarquistas deben renunciar a sus privilegios de clase.

Todo consiste, en definitiva, en que el anarquismo vuelva a tocar el suelo.

Ruymán Rodríguez

Títeres desde arriba

(2016)

«He descubierto que la base de nuestra vida moral está completamente podrida, que la base de nuestra sociedad está corrompida por la mentira»

(El Dr. Stockman en la obra de Henrik Ibsen
Un Enemigo del Pueblo, 1882)

LA DETENCIÓN de los dos compañeros titiriteros, y el posterior escándalo suscitado, tienen una dimensión etológica, social, que por ahora se prefiere omitir para centrarse en su aspecto mediático. Sin embargo, muchas cosas se han destapado con ese simple espectáculo de guiñoles, cosas que solo las buenas democracias saben mantener solapadas, latentes, pero ocultas.

La acusación de terrorismo hecha contra los titiriteros, la histeria despertada por su obra, muchas de las reacciones que han provocado estos hechos, son síntomas de una grave enfermedad social, de los demonios y tabúes que las «sociedades modernas» guardan engrilletadas en sus sótanos. «Títeres desde abajo» ha removido un limo que estaba empozado en la mentalidad ciudadana y burguesa con las que todos, hasta los más desposeídos, somos equipados al nacer. Lástima que hayan pagado un precio tan alto por darnos una lección tan valiosa.

La censura a rimadores de Hip hop, la cárcel para quienes queman banderas, el secuestro de publicaciones que se burlan de la realeza, son periódicamente muestras de los colmillos de

la bestia; pero ha hecho falta que una compañía libertaria sacara su títeres a la calle para que el monstruo mostrara todo su crispado pelaje. Es hora de que lo aprendamos: dentro del traje bien cortado de todas las democracias se encuentra, encorbataada y con puños almidonados, la fiera babeante del fascismo. No hacen falta uniformes militares y campos de concentración al uso: tienen sus televisiones y periódicos uniformadores del discurso, los usos y las vestimentas; tienen sus cárceles y CIE's, ¿para qué más?

Los titiriteros nos han enseñado que en esta sociedad todavía hay cosas que no se pueden decir, que hay palabras, se pronuncien directa o indirectamente, a modo de sátira o no, que te pueden llevar a prisión. Nos han mostrado que en vuestra democrática y avanzada España no hay libertad ni de opinión ni de pensamiento, que nadie es libre por mucho que crea serlo. Han puesto el dedo sobre una llaga abierta y supurante: señalar el tabú provoca castigos colectivos y feroces, hace que la turba pierda la razón y sea capaz de despedazar a dos jóvenes. Os sentís Europeos, portadores de la democracia y del progreso, afortunados del primer mundo; sois en realidad lacayos vitales e ideológicos anclados en el abismo más hondo de la abyección, sujetos que se revuelcan por las cenizas cuando se rompe el fetiche, moradores del terror más profundo: el terror y el vértigo ante lo diferente y lo libre. No sois hijos de la democracia; sois hijos del miedo.

No sois libres, y para serlo necesitáis mucho más que ese pequeño esfuerzo del que nos hablaba Sade. Os gusta señalar el fanatismo del integrista islámico ante las viñetas de Mahoma, mientras vuestro abierto y cosmopolita occidente encierra a artistas callejeros. Vuestra sociedad, tan positivista, en realidad ha involucionado. Vuestros teatros representan a Alfred Jarry o Valle-Inclán, toda la buena burguesía se engalana para verlos; pero si hoy vivieran se encontrarían linchados o en prisión por atentar contra la moral. Tristán Tzara, Hugo Ball o

Man Ray son debatidos en cafés y museos, pero serían hoy fruto de escarnio, objetos de alguna denuncia municipal contra el mal gusto, si hicieran alguna exposición callejera o *performance* para escandalizar a los burgueses. Vuestras industrias cinematográficas homenajean a un Buñuel que si hoy mostrara sus ojos cortados, sus curas defenestrados o ahorcados, sería forzado a sentarse en el banquillo de la Audiencia Nacional. Tenéis miedo a las personas que son libres y creativas y sólo las aceptáis a condición de que estén muertas y asimiladas por la cultura pop. Sabed bien que el arte, para serlo, debe ser libre, anti autoritario y transgresor; el arte políticamente correcto, asimilable, oficial, de academia, es arte muerto; o mejor dicho, no es arte. Da asco comprobar que lo que podía hacerse en la anquilosada sociedad de 1930 es en nuestro siglo XXI motivo suficiente para encontrarse esposado ante el tribunal de la Inquisición. Si hoy alguna de las vanguardias de principios de siglo XX hubieran sobrevivido seguro que firmaban un comunicado a favor de los titiriteros, y lo titularían obviamente «Gorra Alka-ETA».

¿Duele darse cuenta de que no se es libre? Supongo que tanto como comprobar que quienes os reprimen son aquellos en los que delegasteis toda vuestra capacidad de cambio. Hoy reculan, se escandalizan por la detención y por la acusación de terrorismo, pero los primeros que corrieron a salvaguardar las esencias morales, los valores de occidente y el buen gusto, fue el Ayuntamiento de Podemos en Madrid. Imagino que choca comprobar que esos concejales, colegas de asamblea en el Patio Maravillas, son los mismos que después rubrican comunicados hablando de «espectáculos deleznable» y asegurando que tomarán «medidas legales contra los titiriteros». Choca porque nunca vemos al colega de barra, de CSO, de mani, como un aspirante a censor, pero eso ya lo advirtió el viejo Bakunin: sentad al obrero más humilde en una poltrona y tendréis a un tirano corrompido. Es triste comprobar cómo los progres que

defendían *La Torna* de Els Joglars hoy apoyan a un Ayuntamiento que, acusando a los demás de dejarse instrumentalizar por la derecha, hace lo más de derechas que se recuerda: denunciar a unos artistas por escandalizar con sus obras.

A todos aquellos amigos posibilistas que nos decían que votar era tan inocuo como abstenerse, o que incluso nos recomendaban votar a Podemos, a las llamadas «candidaturas ciudadanas», «del cambio», porque era el mal menor, hoy les podemos espetar que se traguen sus estúpidas palabras, que votar nunca es inocuo, nunca es inocente, porque la complicidad nunca lo es. El llamado cambio sólo ha representado por ahora un cambio de celda. La represión sigue desnuda y se pasea por las calles de todo el Estado.

Muchas de las víctimas son anarquistas y son detenidos, se quiera o no, en calidad de ello: los titiriteros por su arte, una compañera por negarse a colaborar con el sistema electoral, otros muchos por tener un libro o acudir a asambleas, uno más por tener el mismo libro y defender el veganismo, otros dos por haber esquivado en Chile lo mismo que ahora quieren endosarles en España y otros, como un servidor, por dar casa a gente sin recursos.

En definitiva, en vuestra reluciente España se detiene a la gente por escribir, por hablar, por opinar, por crear, por hacer música, por pronunciar palabras prohibidas, por usar el humor contra figuras sagradas, por tener un libro, por acudir a eventos, por ser anarquista, por parar desahucios y realojar a familias necesitadas.

Pensad en ello y seguid sintiándoos libres después de eso. Mientras os escandalizáis por los titiriteros, permitid silenciosos que nuestra generación, criada con cuentos que hablan sobre infanticidio, violaciones, maltrato animal, decapitaciones y canibalismo, deje el desarrollo de sus hijos en manos de Disney, ellos sabrán cómo vestir a vuestras hijas de rosa y hacerlas sumisas y dóciles princesas, y cómo vestir a nuestros

hijos de azul, ponerles un arma en las manos e investirlos de una brutalidad testosterónica. Pero por favor, apartar a vuestros hijos del pensamiento crítico. No vayan a salir tan libres que os hagan cagaros de miedo.

Ruymán Rodríguez

Reflexión sobre 45 días de lucha

(2016)

ESTE ÚLTIMO MES Y MEDIO ha sido un duro tiempo de lucha. Desde que los vecinos de la Comunidad «La Esperanza» recibieron la notificación administrativa el pasado 14 de marzo de que debían abandonar sus casas, pasando por el 14 de abril donde afrontábamos el vencimiento del plazo desayunando todos juntos, hasta estos días de reuniones y negociaciones en despachos con grandes mesas.

Ha sido un período duro tanto a nivel colectivo como individual. Sin mucho tiempo para los análisis ni las retrospectivas de sucesos además tan recientes, se puede concluir que hemos desarrollado una buena estrategia. El desalojo de estas 205 personas (hemos vuelto a actualizar el censo) podía haber ocurrido sin pena ni gloria, en un silencio total, cual era el objetivo del alcalde. La FAGC hace el comunicado de desvinculación de la Comunidad a pocos días de que empiece diciembre, y es el 22 de ese mes cuando se firma el decreto (2015). Subestimando a los vecinos, respondiendo a ese clasismo del que ha hecho gala en sus declaraciones, el alcalde debió pensar que sin la FAGC en escena era el momento de asestar el golpe. Esperaba a un grupo de vecinos aturridos y desorientados, presas del pánico, recogiendo sus enseres a toda prisa sin saber bien a dónde ir. Pero se ha encontrado con un grupo humano que ha sabido recomponerse y explotar su deseo de luchar.

En este lapso hemos hecho asambleas de emergencia para tratar de informar y calmar los ánimos después de la bomba emocional que lanzó el ayuntamiento sobre la Comunidad a modo de decreto. Hemos sabido contrarrestar dicho documento,

redactado por los caros equipos jurídicos de los que disponen las administraciones públicas, buscando asesoría, dejándonos la retina entre los pliegos de la reglamentación administrativa, molestando a abogados voluntariosos, pagando lo que podemos a alguno, pero sobre todo montando una oficina improvisada en una vivienda de la propia Comunidad dónde los vecinos hacían labores de secretariado mientras mis compañeros y yo redactábamos a pulso los 47 recursos que por ahora tenemos. Hemos convocado a los medios, aprovechando los contactos que la FAGC ha establecido en otras ocasiones, para tener una cobertura mediática que no es muy habitual en las luchas sociales de la isla, a pesar de que es cierto que el acontecimiento por su envergadura es por sí mismo el mejor reclamo para los medios. Hemos hecho un derroche en cuanto a difusión se refiere y, a pesar de nuestros modestos recursos, hemos aprovechado días y madrugadas para empapelar los barrios populares de la capital, y de otros municipios, para dar a conocer nuestra lucha. Hemos desarrollado una estrategia de movilizaciones con la *Semana Solidaria con «La Esperanza»* que vista ahora ha resultado muy efectiva, arrojando unos resultados inmejorables. Teniendo en cuenta que eran convocatorias por la mañana y entre semana, hemos conseguido una asistencia que no esperábamos, hemos sabido golpear en puntos claves y hemos hecho una pequeña demostración de fuerza y combatividad tanto en Guía como en Las Palmas. Nuestro trabajo ha dado sus frutos.

Sin embargo, no puedo evitar reflexionar sobre cómo el Sistema condiciona la lucha social y cómo genera contradicciones. Es triste, pero la naturaleza de este tipo de luchas hacen que nuestro gran objetivo como Comunidad, nuestra gran meta, sea conseguir trincar a consejeros, presidentes y demás «responsables» para intentar que estén dispuestos a parar el desalojo o asegurarle una vivienda a los vecinos. Al final una comunidad se pone en pie para tratar de presionar a una única

persona de cuya decisión depende. ¿Cómo la vida de 200 va a estar en manos de un único individuo? Sí, ciertamente es parte de cualquier lucha: nada se consigue sin presión; el poder no entrega nada si no se le fuerza a ello; habrá que centrarse en ejercer la presión a los líderes pues ellos controlan figuradamente la estructura. Pero con eso y todo, las luchas en las que un grupo humano tiene que tratar de convencer, persuadir o comprometer a un empresario, a un alcalde, a un banquero o cualquier otro mandamás, son una evidencia directa de la férrea estructura social y de cómo unos pocos hombres han acabado controlando el destino del resto.

Las luchas de resistencia, las defensivas o de contraofensiva, no tienen tiempo de atacar las raíces de los problemas; su finalidad es sobrevivir, garantizar la supervivencia de todos los afectados, y para eso deben atacar directamente a quienes pueden apretar el botón que pare un desalojo o un ERE; no está entre sus objetivos inmediatos alterar la estructura social. Si debilita a ésta es con su ejemplo, pero no tiene tiempo de fijar este cambio de paradigma como finalidad. Entendiendo esto, triste y real, ¿cuál debe ser el papel de los anarquistas? ¿Inhibirnos, no participar, cruzarnos de brazos y sólo participar en luchas que planteen un marco revolucionario de hoy para mañana? ¿Acabar adoptando esa forma de lucha como única finalidad, entendiendo que la estructura es inmutable y sólo se puede obtener de ella pequeñas conquistas? Creo que nuestra misión es siempre intervenir en las luchas, tensionarlas, radicalizarlas, llevarlas más lejos. Creo, por tanto, que no podemos asumir como finalidad adaptarse a los ritmos del Sistema y ver qué podemos sacarle aprendiendo a interpretar su eventual plasticidad. Pero ciertamente, tampoco creo que fuera «muy anarquista», cuando el techo, la seguridad y la vida misma de 100 menores están en riesgo, preocuparse en «hacer política» en espalda ajena, interesarse exclusivamente por las propias aspiraciones y no entender que lo más importante ahora es el

bienestar de unas personas con las que la administración está en realidad jugando una partida electoral de ajedrez. Mi prioridad en estos momentos, no puedo rehuir reconocerlo, es asegurar el futuro de esas 77 familias, garantizarles un techo, principalmente a los menores que son los afectados más inermes y con menos margen de maniobra; que en este enclave mi prioridad fuera «mi revolución» me parecería muy poco revolucionario, me parecería acabar pareciéndome demasiado a esos políticos que anteponen sus intereses personales a la necesidad inmediata de la gente.

El trato con los profesionales de la política es otro tema a tratar. Existe hacia ellos, popular e instintivamente, una aversión ciega. Pero en las distancias cortas, los mismos que le gritarían desde el tumulto, se derriten ante su presencia. El que era abucheado hace unos minutos puede salir entre vítores sólo con un par de palabras compresivas y unos gramos de condescendencia. Son especialistas en eso. Los más airados entran en sus despachos y cuando el político les mira a la cara, usa un lenguaje emotivo y pone sus manos entre las suyas, ha apagado toda su animadversión. Este fenómeno psicológico que es como una suerte de *enamoramiento* puede no comprenderse desde la distancia, pero siempre pongo un ejemplo, el de la reunión de la CNT-FAI con Companys: después de las jornadas revolucionarias del 19 de julio de 1936 en Barcelona, militantes como Durruti y Oliver se entrevistaron con Companys; estamos hablando de personas de 40 años, con atracos a sus espaldas, intentos de regicidios, mil huelgas, gente bregada; y cuando Companys les dijo que ellos eran los dueños de la ciudad y que se ponía a sus órdenes, se quedaron encandilados. La extraña relación de la CNT con el poder durante la Guerra Civil no se debió sólo a las exigencias de la guerra y demás factores externos; sino a las consecuencias directas de pasar de un enfrentamiento directo con las instituciones a un contacto también directo con las mismas. El poder desmonta y conta-

mina, y lo hace no sólo a través de la corrupción, sino presionando puntos débiles como el ego, la simpatía, o los códigos culturales que premian la obediencia o la celebridad, la obnubilación ante la persona ilustre.

Desde el punto de vista anarquista, aun teniendo una desconfianza acusada y entrenada contra las instituciones, se puede ser más vulnerable de lo que se cree a este proceso. Somos por lo general demonizados, perseguidos y estigmatizados, ¿cómo afrontar cuando nos convertimos en interlocutores válidos para partidos y representantes y hacen guiños a nuestra labor? Es posible que el mismo sujeto o colectivo que hace años era considerado por los periódicos una terrible amenaza social ahora se haya convertido en un «benefactor» al que los políticos y medios quieran pasarle la mano por la espalda. Es difícil mantenerse impermeable a las críticas, pero mucho más a los halagos. Cuando se emerge de la ignominia, la luz, resplandeciente y cálida, debe interpretarse como una trampa para polillas.

Y no sólo eso. Con el tiempo la cosificación como «extremistas», «irresponsables», «locos», «incapaces de generar nada constructivo», ha desarrollado cierto complejo entre algunos militantes: la necesidad de mostrarse prácticos, sensatos, transigentes, de romper con ese mito aunque haya que escoger el momento menos propicio para ello. Gran parte de la contemporización de la CNT-FAI durante el 36, de su malentendido *seny*, viene también de la necesidad de no ponerse en el disparadero yendo contracorriente, mostrándose inflexibles, en tiempos de guerra y «unidad». Ser discordante como minoría, en la derrota, es fácil; con todos los focos apuntando, con cierta repercusión social, con cierta perspectiva de éxito, es lo complicado. El miedo a que todo eche a rodar por «la mala cabeza de los anarquistas».

Más allá de factores psicológicos, está el aspecto de la pura y dura manipulación política, la aritmética electoral, el arte de gobernar. Tienes que ser consciente de que el político que se

acerca a tu causa y dice querer «ayudarte», no está mirando cómo beneficiarte, sino cómo perjudicar a su rival político. Así puedes descubrir a partidos conservadores asegurándote que no va a haber desalojo, y a los supuestos «partidos anti desahucio» intentando echarte de tu casa. ¿Manipularlos a ellos? ¿Intentar ganarles en su terreno? ¿Ver quién mueve mejor las fichas por el tablero? La política es un juego sucio y, no ya para ganarlo, sino simplemente para jugarlo, hay que ensuciarse. Ni conviene ni compensa ahogarse en ese cenagal. Se pueden hacer todas las reuniones que se quieran, tratar de arrancar compromisos, pero siempre hay que imponer las propias condiciones, nunca se puede rebajar el nivel de desconfianza, nunca se puede dejar de blandir la movilización en la calle como medida de presión, hay que estar alerta contra cualquier intento de dejar a los afectados al margen, no se deben regalar fotos, se debe ser claro con los medios y las declaraciones y no dejar que limpien su imagen con tu desgracia, y sobre todo: no hay que permitir que te conviertan en un instrumento de sus maniobras partidistas. Que los vecinos obtengan el acuerdo más beneficioso, por supuesto que sí; servir para que unos y otros amplíen su ganado electoral, jamás.

En esas circunstancias, por momentos tan complejas y desagradables, sólo se puede clarificar objetivos, saber por qué se está haciendo lo que se está haciendo, ceñirse a la estrategia trazada previamente siempre que las circunstancias no inviten a la reconsideración, perder el miedo a la responsabilidad y sus consecuencias y, finalmente, caer en una suerte de ataraxia: permanecer inmutable a los estímulos exteriores, sean positivos o negativos, y fijarte en tu meta. El vendaval mediático pasará, el interés partidista también, y si no tienes cuidado te tragarán y defecarán en un pestañeo. Si tienes constancia y tenacidad, sólo tu trabajo, la culminación de tus objetivos, quedará, en forma de transformación real en la vida de la gente. Simple, pero efectivo.

Sin embargo, los conflictos de este tipo de luchas son cuantiosos. Estos días, por ejemplo, han subido muchos colectivos a la Comunidad, algunos a ofrecer ayuda desinteresada y a ponerse a disposición de los vecinos, a informarse sobre su situación y necesidades; otros, los de corte legalista e institucional (los mismos que no se han interesado por ella en años), a decirles curiosamente que en su opinión la vía legal está agotada y que no tienen nada que hacer más allá de enfrentarse violentamente al desalojo. ¿Por qué colectivos perfectamente integrados en el Sistema, cómodos con las instituciones, subvencionados, imbricados con partidos políticos, les dicen a los vecinos que no presenten recursos? A su vez, ¿por qué nosotros, los anarquistas, opuestos a las leyes y al Sistema, no usamos nuestro ascendente para arrebatarle a los afectados la oportunidad de usar los artificios legales que puedan hacerles ganar tiempo? Desde fuera podría parecer contradictorio, pero en realidad tiene que ver con la línea de trabajo de cada uno: cuando se tienen intereses políticos, electoralistas, personales, siempre se es partidario del «cuanto peor, mejor» si quien gobierna es el adversario; cuando haces la función de «oposición política» (de forma directa o diferida) siempre te interesa que se produzca el desalojo, para después poder echar los cuerpos de los desahuciados contra la fachada del ayuntamiento; cuando un desalojo masivo puede permitirte ganar relevancia y con ello la subvención, el voto, el sillón y la concejalía, o simplemente que ganen los tuyos, la respuesta está clara. Por nuestra parte, que no tenemos ninguno de esos intereses, somos incapaces de esconderle a los vecinos una medida dilatoria como es la de la presentación de recursos y cualquier otra estratagema para tratar de aumentar el enredo legal cuando haya que presentar batalla en el contencioso. Por eso nos tapamos la nariz y nos dejamos las pestañas redactando absurdos documentos legales donde el «ruego» y «suplico», sustituyen al «exijo» y «reivindico». Si picarse en el proceso legal garantiza asegu-

rar 6 meses, 1 año o 2 años de permanencia para estas familias, ganar tiempo para seguir presionando y poder negociar, no podemos decirle a los vecinos que desestimen la guerra de papel; y que los mencionados colectivos la desaconsejen es un indicativo suficiente para no abandonarla. En otros puntos de las islas, otras comunidades de vecinos con similares conflictos de vivienda siguieron este tipo de consejos inmoladores, no supieron manejar los tiempos legales por culpa de la mala asesoría, y actualmente se encuentran al borde del desahucio o del corte de suministros sin haber hecho entre tanto el ruido suficiente para evitarlo. La conclusión es sencilla: estas aparentes contradicciones se dan cuando para unos priman los intereses particulares y para otros las necesidades de los afectados; cuando unos juegan a ser pirómanos a conveniencia y otros se niegan a jugar con la vida de nadie; cuando unos aplican sus mutables ideas en función del rédito y otros las mantienen firmes, pero sin imponérselas a nadie.

Los medios de comunicación son otra arista de los problemas que se presentan. En el gremio de periodistas, como en cualquiera, los individuos se definen por sus actos y la individualidad juega también su papel, a pesar de que la estructura lo absorba casi todo. La mayoría están marcados por las directrices de arriba y sólo unos pocos son capaces de dejar su impronta personal en lo que hacen. Después de muchos contactos empiezan a establecerse relaciones personales con algunos, y se descubren personas comprometidas y desinteresadas, pero también otras que explotan el sufrimiento y la ingenuidad de la gente en pos de sus intereses corporativos. Si dices que no te fías de tal político, y la línea editorial de su agencia, periódico o cadena es defender a ese tipo, pues lo que dirán los medios es que tienes confianza ciega en él. Al final hay que saber cuándo contar con ellos, usarlos como a los venenos, contando las gotas, pues son un arma de doble filo. Mejor todavía es generar la propia información y que sea esta dinámica la que obligue a los

medios a beber de tus noticias y comunicados y no a la inversa. Cuesta, pero si se recurre a los medios generalistas, el poder articular, gestionar y difundir contra información solvente es imprescindible para poder complementar o contrarrestar lo que estos publiquen.

Hay muchos elementos más, pero no se hace necesario sacar más conclusiones de una batalla que aún está inconclusa.

Si se quiere recapitular, al final la gran conclusión positiva de todo esto es la capacidad de la gente de a pie, de los más excluidos y pisoteados, de plantar batalla con muy pocos recursos, de ponérselo difícil a los poderes públicos, tan sólo con diseñar una buena estrategia y tener la voluntad necesaria para llevarla a cabo. También, en el otro extremo, se puede concluir que si la pasividad crea monstruos, también, como decía Nietzsche, puede crearlos pelear mucho tiempo con ellos. Por eso es necesario tratar de no parecerse a aquellos a quienes se desprecia, mantener claros los objetivos y finalidades, conocer y evaluar previamente todos los posibles giros de la lucha y, especialmente, conocerse bien a uno mismo como individuo, saber hasta dónde se está dispuesto a llegar y hasta dónde no, y poder mantenerte en pie tanto en una chabola como en un palacio sabiendo cuál quieres organizar y cuál destruir.

A todo esto, la lucha no ha hecho más que comenzar...

Ruymán Rodríguez

Mitos anarquistas

(2016)

«Había un hombre que tenía una doctrina.
Una doctrina que guardaba en el pecho [...].
Y la doctrina creció [...] y tuvo que llevarla a
una casa muy grande. Entonces nació el templo.
Y el templo creció y se comió al hombre [...]».

León Felipe.

EN EL ANARQUISMO perviven algunos mitos a los que los propios anarquistas prefieren no enfrentarse. Ideas estanco, herméticas, en las que no se quiere profundizar.

Una de ellas es reducir la finalidad del anarquismo meramente al antiestatismo y al anticapitalismo. Yo creo que nuestros objetivos deben ser mucho más amplios.

Sí, ciertamente son las dos formas represivas de control social, político y económico más sofisticadas. Redundaría inútilmente si me pusiera a enumerar ahora todas las atrocidades que se desprenden de uno y otro elemento. Sin embargo, hemos de entender que no son creaciones divinas, ni artefactos ideados por una raza de gigantes malvados anteriores a nosotros. Son inventos cruda y terriblemente humanos, creados por humanos para controlar humanos.

Desmontarlos supone entender su naturaleza y ver qué los mantiene, y qué sobreviviría de ellos en nosotros si desaparecieran. Por eso, en una época en la que varias tendencias anarquistas afirman oponerse al Estado o al gobierno pero no a la

autoridad o al liderazgo de unos sobre otros y en la que se reclama el concepto «poder» como algo positivo, yo necesito afirmar mi concepción de la anarquía, que más allá de limitarse a querer sólo derribar Estado y Capital pone en la picota el propio principio de autoridad.

No es mi costumbre hacer textos teóricos salvo a la fuerza, pero creo que este asunto tiene una dimensión inminentemente práctica, pues marca nuestros objetivos y nuestra relación con el entorno. Como anarquistas hemos de asumir que mañana podrían desaparecer Estado y Capital y aun así seguir viviendo en un mundo de sojuzgamiento y miseria. ¿Cuántas veces uno u otro elemento han caído, se han demostrado incapaces de imponerse o han permanecido en un estado vegetativo? Muchas, y no siempre les ha sucedido algo mejor que ellos.

Hemos de entender, sin traumas ni dramatismos, que el capitalismo puede desaparecer dejando intacto un sistema de explotación y renuncia. ¿Cuántas veces el capitalismo ha fracasado quedando localmente en suspenso? ¿En cuántas ocasiones ha sido más útil para calentarse quemar dinero que leña o carbón? Por otra parte, ¿qué ha pasado en las dictaduras auto-denominadas comunistas en las que supuestamente se ha abolido la propiedad privada? Sin un capitalismo al uso, ¿han mejorado en algo la vida o las condiciones de libertad de la gente? Y no necesitamos ir a los ejemplos obvios sucedidos después de la irrupción de los Estados de inspiración marxista. En el siglo XVII los misioneros jesuitas que evangelizaban Paraguay impusieron en varias poblaciones un régimen comunista estricto, sin propiedad privada y con aparente repartición de la riqueza. ¿Balance del experimento? Eran los únicos pueblos cuyas empalizadas estaban puestas hacia adentro y no hacia afuera, para impedir que los guaraníes huyeran. Esto nos demuestra que puede establecerse dentro de un minuto la igualdad económica absoluta y seguir viviendo como en una colonia de insectos, uniformados, reglados y esclavizados. Esto es así

porque el fundamento de la cuestión es mucho más profundo. Capitalismo y propiedad privada son hijas de la jerarquía, no sus madres. Yo mismo he participado en muchos proyectos comunitarios (han habido muchos otros, aparte de «La Esperanza», que se ha considerado más conveniente no popularizar) donde la igualdad económica y la satisfacción de las necesidades básicas ha sido un hecho, y la jerarquía, la violencia y el abuso, tristemente, se han seguido produciendo.

¿El problema es el Estado entonces? No son pocos los lugares ni momentos históricos en los que el Estado ha desaparecido o se ha demostrado impotente y no lo ha sustituido necesariamente una estructura mejor. En Somalia el Estado ha llegado a desaparecer de facto y la situación de sus habitantes no ha sido una idílica acracia. Los señores de la guerra han controlado el país a sangre y machete. Sin Estado el edificio de la autoridad ha quedado intacto. En varios sitios los sueños de los capitalistas feroces se han cumplido y han conseguido adelgazar al Estado hasta convertirlo en un espantajo. Casi todas las funciones del Estado han sido privatizadas, no solo educación o sanidad sino incluso las represivas como policía o cárceles. ¿Han conseguido los partidarios de los «mini Estados» que la libertad o el bienestar de sus habitantes mejore, aunque sea una micra, cuando todo su sistema se reduce a ser esclavo del Mercado y el salario y a vivir bajo el punto de mira de la policía privada de tu vecino? Evidentemente no. Actualmente tenemos también una ciudad grande como Detroit. Primero cayó el capitalismo industrial, cerrando fábricas y provocando una migración que vaciaría la ciudad. Después el gobierno local se declaró incompetente, sin dotación de ningún tipo, ni siquiera policial, para controlar la ciudad. Han surgido algunos proyectos interesantes de autogestión, pero ni mucho menos una racional urbe asamblearia y libertaria. Las bandas controlan barrios enteros y saquean casas y recursos. Sin Estado el poder no desaparece.

En todas estas situaciones el principio de autoridad, la ley del más fuerte, las relaciones de superioridad e inferioridad, se han mantenido; simplificadas y desnudas, pero igual de rigurosas. Sin una alternativa libertaria viable que pudiera dar un paso hacia delante y aprovechar su oportunidad histórica, sin capacidad por parte de los anarquistas de ofrecer otras estructuras horizontales y autónomas que desatascaran la situación, las crisis y colapsos sistémicos han perpetuado lo existente rebajando simplemente la complejidad del discurso del poder.

Los anarquistas llevamos demasiado tiempo ciñéndonos a la versión de enciclopedias y libros de texto, encerrados en el antiestatismo y anticapitalismo ascéticos como un fin en sí mismos. El no ver que el problema de ambas instituciones es que refinan las relaciones de dominio subordinando a unos individuos con respecto otros y que por tanto es la propia autoridad la que debemos de cuestionar, nos han traído y traerá muchos problemas.

De esta miopía viene la infiltración de capitalistas dentro del anarquismo sin que se les consiga contraargumentar por qué su antiestatismo neutro (manteniendo todas las estructuras represivas sólo que en manos privadas) no cabe en una propuesta social libertaria. De ahí también que muchos machistas y racistas declarados, sujetos reaccionarios que por lógica deberían situarse en las fronteras del fascismo, crean que pueden denominarse en justicia «anarquistas» con solo oponerse al binomio Estado/Capital. De ahí también el falso «humanismo» que pretende sacrificar en el altar de su antropatría cualquier otra forma de vida y que sólo entiende la relación con la naturaleza en clave de destrucción y conquista.

Pero el problema no viene de fuera. De ahí viene también que nuestro discurso sea tan estrecho, y que sea cual sea la tendencia, ya hablemos de antidesarrollismo o de sindicalismo, creamos que sólo con trabajar para desmantelar Estado y Capital se instaurará en breve un improbable paraíso en la

tierra. Puede ser duro de aceptar, pero si alguna vez tuviéramos la capacidad de hacer que ambas estructuras se tambalearan, no nos encontraríamos al final del trayecto, en la meta, sino justamente al inicio. Lo verdaderamente difícil, el trabajo realmente complicado, no habría hecho más que comenzar.

Hemos de interiorizar, por tanto, que el problema se encuentra en las relaciones de poder, en la dinámica de superiores e inferiores, de oprimidos y opresores, de dominantes y dominados. Y tender en nuestros propios proyectos a eliminar las relaciones de subordinación, el principio mismo de autoridad. Y no hablo del llamado «anarquismo de estilo de vida», sino de comprender en nuestros proyectos populares, en nuestros grupos antidesahucio, en nuestros huertos expropiados, que nuestra aspiración cuando hacemos asambleas de vecinos o hablamos de la gestión directa de los barrios no es sólo sustituir al Capital y al Estado, sino tomar el control de nuestras vidas en nuestras propias manos.

Ruymán Rodríguez

Los límites de la comunidad

(2016)

LA MAYORÍA DE MOVIMIENTOS SOCIALES tienden a reproducir en su discurso la idea de «crear comunidad»¹³. Cuando los sueños revolucionarios chocan con la realidad, también es hacia la creación de comunidades alternativas hacia dónde se dirigen las expectativas. A su vez en los ambientes revolucionarios hablamos insistentemente, pero de forma vaga, de levantar «comunidades de resistencia» (haciendo más hincapié, en la práctica, en el primer término que en el segundo). Lo hacemos sin concebir casi nunca que este mito de nuestro imaginario común también tiene sus límites. Esto no significa que lo considere algo negativo ni un elemento a desterrar, pero sí a cuestionar, a replantearnos sus aparentes certezas.

Durante el siglo XIX muchos de los primeros socialistas desarrollaron, tanto en el plano práctico como teórico, modelos

¹³ A lo largo de este texto cuando aludo al término *comunidad* lo hago principalmente para referirme, más allá de su sentido general, a las comunas alternativas creadas en los márgenes de la sociedad capitalista (desde las utópicas del s. XIX hasta las hippies de la segunda mitad del s. XX), que aspiran a la demostración práctica de un modelo social teórico. Tienden por tanto a la estabilidad. No confundir con las comunidades creadas en situación, buscada o no, de conflicto, desde la de los *diggers* ingleses del s. XVI pasado por la Revolución española de 1936 hasta experiencias más actuales como la zapatista. Estas comunidades tienden a ser de otra naturaleza, no aspiran al aislamiento y su aspecto experimental necesita más la irradiación y el contagio, el movimiento, que la conservación estática.

comunitarios idílicos de implantación inmediata; todos fracasaron. Tanto los inspirados en Owen como en Saint Simon, Cabet o incluso el modelo más libertario de Fourier, corrieron la misma suerte. Josiah Warren, considerado el primer anarquista consciente de Norteamérica, participó en una de esas primeras comunas owenistas estadounidenses, y el resultado fue el desencanto total por su parte y abrazar un concepto individualista sobre la interacción social que él llamaba la «desconexión». Según su opinión, la gente era más feliz cuanto más independiente era y más libre se sentía en sus hábitos, cuanto más desconectada estaba de estructuras generales. Esto no quiere decir que Warren rechazara los lazos sociales; sólo consideraba que reglar todos los aspectos de la vida de los miembros de una comunidad conducía a la muerte de la misma¹⁴.

Muchas décadas antes que él, e incluso antes de que se dieran las primeras experiencias comunitarias utópicas decimonónicas, William Godwin ya había alertado de estos excesos. Godwin, que en su *Investigación sobre la justicia política* (1793) defiende precisamente un modelo de vida basado en la propiedad colectiva, considera que esta forma de propiedad no puede suponer comunalizar también usos y costumbres. Para él la propiedad común no debe significar obligatoriamente comedores, horarios, trabajos y pensamientos también comunes¹⁵. La

¹⁴ «[El *gobierno de la combinación*] tiende a postrar al individuo y reducirlo a mera pieza de una máquina; involucrando a otros en la responsabilidad de sus actos y responsabilizándolo a él, a su vez, por los actos y sentimientos de sus asociados; que, de esta manera, vive y actúa sin control sobre sus propios asuntos, sin poseer ninguna certeza sobre el resultado de sus acciones y casi sin un cerebro que se atreva a usar por su propia cuenta; y que, en consecuencia, nunca llega a conocer los grandes propósitos para los que la sociedad ha sido expresamente formada» (Warren, *Manifiesto*, 1841).

¹⁵ «[...] Nuestro sistema de propiedad igualitaria no requiere ninguna especie de superintendencia ni de coerción. No hay necesidad del trabajo en común, ni de comidas en común, ni de almacenes comunes. Estos son métodos erróneos, destinados a constreñir la conducta

propiedad colectiva debe inspirar, sin renunciar a los vínculos sociales, a la independencia de espíritu. Algo muy parecido defendería casi un siglo después Oscar Wilde en su ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo* (1890)¹⁶.

Los experimentos comunitarios que se dieron a finales de ese siglo XIX y principios del XX también fracasaron. Estos fueron en su mayoría de corte libertario y se extendieron por Italia, España, sobre todo Francia y también los países sudamericanos más afectados por la migración europea (como Argentina o Brasil). Desde los primeros ejemplos de mano de personajes como Fortuné Henry hasta la popularización de los llamados «medios libres» que se extenderían hasta finales de la *Belle Époque*, los anarquistas pusieron mucho de su esfuerzo en estas experiencias. Muy pocas consiguieron asentarse en el tiempo y la mayoría se fueron destruyendo más por la acción disolvente interna que por la represión del Estado.

Uno de los ejemplos mejor documentados fue el de «La Cecilia» (1890-1894), un experimento sui generis pero muy paradigmático hecho en su mayoría por migrantes italianos en un paraje aislado de Brasil. Explicar los pormenores de la vida comunitaria de esta comuna daría para varios artículos y no es mi intención. Baste con explicar que a nivel personal se produ-

humana, sin atraer los espíritus. Si no podemos ganar el corazón de las gentes en favor de nuestra causa, no esperemos nada de las leyes compulsivas. Si podemos ganarlo, las leyes están de más. Ese método compulsivo armonizaba con la constitución militar de Esparta, pero es absolutamente indigno de personas que sólo se guían por los principios de la razón y de la justicia. Guardaos de reducir a los hombres a la condición de máquinas. Haced que sólo se gobiernen por su voluntad y sus convicciones. ¿Para qué han de instituirse comidas en común? ¿Acaso he de sentir hambre al mismo tiempo que mi vecino? ¿He de abandonar el museo donde trabajo, el retiro donde medito, el observatorio donde estudio, para presentarme en un edificio destinado a refectorio en lugar de comer dónde y cuándo lo exige mi deseo?» (Godwin, *op. cit.*).

¹⁶ «Con la abolición de la propiedad privada tendremos, entonces, un verdadero, hermoso, sano Individualismo» (Wilde, *op. cit.*).

jeron muchas de las contradicciones de nuestros ambientes actuales, no sólo a nivel de celos y mezquindades, si no a la hora de forzar a la gente a experimentar situaciones amorosas o emocionales para las que no estaban preparadas (como si eso significara obtener algún tipo de pedigrí evolutivo revolucionario). A nivel social y económico, el egoísmo, la vagancia, la insolidaridad, el autoritarismo, también hallaron brecha. ¿Nos extraña? Una comunidad humana se compone de vicios y virtudes humanas. Ponerle el adjetivo anarquista a algo no sirve como si fuera un fetiche animista que sacudir delante de la cara para espantar a los malos espíritus.

Estamos educados como estamos y aunque hayamos querido eliminar muchas de las influencias del medio eso no quiere decir que lleguen a desaparecer del todo. Un ambiente creado con fines libertarios no puede blindarse ante la autoridad que le rodea ni depurar a golpe de decreto el autoritarismo que sus miembros llevan insertos. Y aunque se pudiera, ¿qué saldría de este espacio hermético?

Ya Élisée Reclus en su breve pero genial texto «Las colonias anarquistas» (1900) nos advertía de todas estas circunstancias. Apuntaba:

«[...] ¿Crearán los anarquistas Icarías para su uso particular del mundo burgués? Ni lo creo ni lo deseo. [...] Sostenidas por el entusiasmo de algunos, por la belleza misma de la idea dominante, pudieron durar algún tiempo esas empresas, a pesar del veneno que las consumía lentamente; pero a la larga hicieron su obra los elementos disgregantes, y todo se hundió por su propio peso, sin necesidad de violencia exterior. [...] El aislamiento no queda impune: el árbol que se trasplanta y que se pone bajo cristal, corre peligro de perder su savia, y el ser humano es mucho más sensible aún que la planta. La cerca puesta alrededor de sí por los límites de la colonia, es letal; se acostumbra a su estrecho medio, y de ciudadano del mundo que era, se empequeñece gradualmente a las mínimas dimensiones de un propietario; las preocupaciones del negocio colectivo que lleva entre manos, es-

trechan su horizonte; a la larga se convierte en un despreciable gana-dinero»¹⁷.

Estas cosas que señala Reclus ¿se diferencian en algo de lo que hemos visto en todas las comunas modernas desde las hippies en los años 60 y 70 del s. XX hasta las contemporáneas? Es imposible que algo se reproduzca siempre, de forma impecable, porque sí.

Podríamos pensar que el problema es la gente ideologizada, que con personas libres de taras políticas sería distinto; pero no. Los problemas son exactamente los mismos; menos sofisticados a nivel retórico, pero idénticos.

La cuestión es que aun cuando consiguiéramos crear una sociedad perfecta, ¿qué ocurre con el resto de la sociedad? Aún no se ha resuelto el problema planteado por Bakunin cuando exponía que no se puede ser libre rodeados de esclavos¹⁸. Una microsociedad aislada, con un funcionamiento libertario perfecto, sería a niveles generales muy poco libertaria. Un grupo de estrechos «gana-dineros» como decía Reclus, obsesionados por sacar a flote el pequeño negocio familiar y que convertirían la comunidad en una empresa con formato de sociedad limitada. Quizás 15 personas vivan un espejismo de libertad, pero 7000 millones seguirán reptando exactamente igual que siempre.

¿Hay que eliminar toda intención de crear comunidades entonces? No va mi discurso por el lado de las aseveraciones. Recuerdo cuando Kropotkin definía la propuesta libertaria en la Enciclopedia Británica (1905) y hablaba de comunas autónomas de distintos tamaños y si se deseaba temporales. Recuerdo también la idea de las «asociaciones de egoístas»¹⁹ de Stirner. E incluso los ejemplos de vida de personajes como Thoreau que huían de las ciudades y que colocaban en sus casas solo

¹⁷ Reclus, *op. cit.*

¹⁸ Mijaíl Bakunin, *El Principio del Estado*, 1871.

¹⁹ Max Stirner, *El Único y su propiedad*, 1845.

tres sillas: «una para la soledad, la segunda para los amigos y la tercera para la sociedad»²⁰. Ninguno sabía que depararía el futuro como no lo sabemos ninguno de nosotros. Discutir el mejor modelo basándonos en la teoría es estúpido y estéril. Sólo la práctica lo zanjará. Este texto habla por tanto de lo que la experiencia, histórica y personal, me ha demostrado.

Una comunidad, si quiere subsistir, debe evitar enredarse en lo que yo llamo «la política de lo imposible». Hay cosas que una comunidad puede votar en asamblea por mayoría, incluso consensuar, pero si lo aprobado escapa de lo posible no se cumplirá. Votar por mayoría absoluta que mañana vamos a levitar no nos levantará un centímetro del suelo. La comunidad no puede abordar asuntos que se escapen a su control. Si acuerda, por ejemplo, un horario de ruidos tendrá que ver la predisposición real de los comuneros hacia dicho acuerdo, la capacidad comunitaria de hacerlo cumplir y las consecuencias de un posible incumplimiento. Si el análisis nos indica que no hay posibilidad real de hacer cumplir lo que se ha acordado, más vale ni proponerlo. Y esto entronca con tomar decisiones sobre ética y moral y la esfera privada del domicilio y las costumbres. Por mucho que determinados hábitos molesten y desagraden, hay cosas cuyo cumplimiento no puede constatar-se. Y aunque se pudiera, ¿es deseable? Para conseguirlo habría que poner en marcha una repugnante y pesada maquinaria represiva semejante a la del Estado, o una labor de pedagogía y autoformación que con suerte, de funcionar, nos llevaría décadas. Hay elementos en los que la comunidad debe reconocerse, aunque sea temporalmente, incompetente.

Con respecto a los individuos que la componen o rodean la comunidad sólo puede abordar aquellos asuntos que afectan al común, que implican a la mayoría o que directamente la amenaza o pone en peligro. Mientras eso no ocurra debe inhibirse.

²⁰ Henry David Thoreau, *Walden o La vida en los bosques*, 1854

Sobre esto recuerdo un ejemplo ocurrido en la acampada del 15-M de Las Palmas. Se hizo una asamblea promovida por la «Comisión de respeto» para ver la forma de evitar que una persona con actitudes «inconvenientes» (motivadas por abuso de drogas y problemas mentales serios) accediera a la plaza. Todas las voces hablaban de expulsión y «patrullas de control». Cuando me tocó tomar la palabra planteé dos objeciones: primero, el dilema moral de la exclusión, de barrer bajo la alfombra aquellos problemas que nos incomodan tal y como hace esa sociedad capitalista que tanto nos desagradaba; segundo, aunque se aprobara por mayoría impedirle participar, ¿cómo llevar dicha resolución a la práctica? Una plaza es un espacio público al que no se puede impedir el acceso. ¿Crear una policía del 15-M que vigilara constantemente el perímetro? Y de poner en marcha esa aberración, ¿recurrir a la violencia si el individuo cruzaba el cordón? Llamé la atención sobre el hecho de que los mismos pacifistas que censuraban la autodefensa ante las agresiones policiales aprobaran la violencia a la hora de «protegerse» de una persona acuciada por múltiples enfermedades mentales y sociales. Propuse entender la situación del aludido y proponerle, ya que le interesaba el Movimiento, alguna ocupación y forma de implicarse. Como le gustaba pintar, le propuse encargarse de diseñar la cartelería y estuvo dedicado a eso durante varias semanas, hasta poco antes del desalojo. No fue una panacea, pero los problemas de convivencia se redujeron.

Siempre habrá individuos disruptivos, elementos que sabotean desde dentro. La comunidad debe plantearse qué herramientas tiene para enfrentarse a estas situaciones y si puede aplicarlas sin convertirse en el mismo modelo autoritario que condena. Debe estudiar si el individuo es permeable a la persuasión o a la pedagogía, si se requieren medidas sancionadoras (una vía peligrosa que no conoce techo y que no se aplica

con palabras²¹) o si hay que recurrir a la expulsión. Y, sobre todo, si tiene posibilidad de aplicar alguna de esas medidas. Debe plantearse también cuál es la proporción real de los elementos disruptivos. Una comunidad donde la mayoría sabotea ya no es una comunidad y lo mejor es abandonarla.

La comunidad²² debe dejar de verse como un ente con vida propia, suprahumano. Es sólo una estructura inánime que existe gracias a quienes la componen. Su naturaleza, si es negativa o positiva, está determinada por la calidad humana de sus componentes. Hay que contemplarla como un cuerpo que nunca es el núcleo de sí mismo; ese cuerpo se compone de células y para bien o para mal son ellas las que determinan el estado de salud o enfermedad de dicho cuerpo. El cuerpo puede eliminar una célula maligna, extirpar un cáncer, pero no puede hacerlo sin automutilarse.

La vida en comunidad es un fenómeno social que parece incuestionable; cuestionarlo sería tanto como enredarse en cuestionar si el ser humano es sociable o no por naturaleza. No me interesa ese debate desde que era adolescente. Me interesa cuestionar sólo los límites del modelo, las fronteras que no puede cruzar sin arriesgarse a morir (a morir, desgraciadamente, matando).

Después de todo lo dicho no creo conveniente, en relación a los proyectos sociales, contemplar la constitución de comunidades como un fin en sí mismo. La comunidad es un medio, para contrastar las propias teorías, para ponerlas a prueba, para hacerse fuertes, para ejercitar la convivencia, para crear estructura y tejido, para sacar músculo en la práctica cotidiana y común del día a día; todo muy importante, pero sigue siendo un medio y no una meta. Ver la creación de comunidades como

²¹ Esta vía abre la puerta al aforismo de Friedrich Nietzsche: «quien pelea con monstruos corre el riesgo de convertirse en uno» (*Más allá del bien y del mal*, 1886).

²² Sus miembros más bien, pues la comunidad ni piensa ni siente ni hace nada por sí misma, es solo un agregado de individuos.

nuestro fin último es como invertir todas nuestras fuerzas en arreglar un vehículo, en engrasarlo y prepararlo, en hacer de él un objeto digno de exposición, pero sin ser capaces nunca de arrancarlo, bien porque se ha convertido en un artículo decorativo inutilizado para la automoción, bien porque tenemos miedo a que se deteriore durante el viaje. Me viene a la mente el llamado «Proyecto A» promocionado por Horst Stowasser en Neustadt (Alemania) a finales del s. XX. Es un ejemplo, una demostración de capacidad, una experiencia con muchas lecciones válidas, pero verla como el objetivo sería, en mi opinión, errar el disparo. Es un proyecto que justamente representa lo que acabo de comentar: la necesidad de fortalecer la herramienta, de crear una estructura poderosa, sin darse cuenta de que se puede perder la perspectiva al transformar una parte en el todo. Es el ejemplo de lo que pasa cuando se subvierten los términos, cuando los métodos pasan a ser las finalidades y los recursos sustituyen a los objetivos. Se daba ingenuamente por sentado que el proceso revolucionario se produciría *per se* con sólo reforzar la red autogestionaria, que el conflicto con la autoridad vendría dado, de forma inevitable, con el propio crecimiento del proyecto. La verdad es que el poder suele tolerar cualquier proyecto paralelo mientras ocupe todo el tiempo de los implicados y no tenga la intención de interferir en el funcionamiento del *statu quo* de forma directa. A veces hasta lo alienta, dejando que nos agotemos, que nos demos solos el batacazo o que hagamos de nuestro proyecto el objetivo de nuestra vida en vez de un simple elemento para ayudarnos a cambiarla. Al final, los participantes acaban obsesionados por el buen funcionamiento del proyecto, por mantener su estabilidad, por perfeccionarlo y mantenerlo libre de alteraciones. Ya sólo interesa el proyecto en sí y para perpetuarlo se sacrifica todo, hasta la finalidad inicial que le dio vida. Los anhelos emancipadores del comienzo han desaparecido, eclipsados, y ya solo queda el propio objeto que hemos creado: el huerto, la

fábrica, la comunidad, como receptáculo de todas nuestras expectativas. El medio para mejorar la vida se ha convertido en la vida misma. Debía ser un simple escalón más hacia la liberación, pero en vez de eso se convirtió en una escalera sin principio ni fin: una escalera de caracol que gira sobre sí y que acaba justo donde empieza, incapaz ya de llevarnos a ninguna parte fuera de sí misma. Un sucedáneo aceptable de la emancipación.

En consecuencia, si queremos crear comunidades, a un nivel reducido (anarquistas) o grandes comunidades de resistencia, amplias (ahora y de cara al futuro), con proyección en nuestros barrios, tenemos que quitarnos de encima la mitificación comunitaria. En común solo se pueden dirimir los asuntos que afecten al conjunto, pero tratar de regular aspectos de la esfera puramente personal o imponer patrones conductuales o prácticas colectivas que la propia comunidad no demanda, es la mejor forma de crear crispación y desafección en la comunidad. Es un fenómeno que no catalogo de positivo o negativo pero del que me he dado cuenta: cuando hemos okupado una o dos casas dentro de un edificio no okupado y los realojados han sabido adaptarse han habido pocos problemas de convivencia. Cada vecino ha sido autónomo, ha regulado su propia vida y la interacción se ha limitado a asuntos comunes. Nadie ha interferido en la vida de nadie. Cuando hemos okupado manzanas y edificios enteros y las asambleas no han sabido limitarse a tomar decisiones sobre lo que afecta al conjunto y han tratado de cuestionar lo que cada uno hace en su casa sólo ha habido fracasos y conflictos. Podríamos pensar que es una cuestión proporcional: a menor contacto menos desencuentros. Y, sin dejar de ser cierto, tiene también mucho que ver con las atribuciones de la comunidad y su tendencia a extralimitarse en pos de una perfección imposible e inalcanzable.

El anterior ejemplo es extrapolable a casi cualquier situación. En nuestros medios hablamos de comunidad como en las series y películas norteamericanas: un conjunto amorfo y supe-

rrior a los individuos que lo componen. Ser un «miembro respetable de la comunidad» equivale a respetar normas cuya naturaleza y funcionalidad desconocemos, y esto no suele ser ni deseable ni bueno. Una comunidad no puede entrometerse en la dimensión puramente individual —mientras no afecte al conjunto— por mucho que le agrade o disguste lo que se mueva dentro de dicha esfera. El esfuerzo de los participantes no debe ser tanto «crear comunidad», «sentimiento colectivo», «pertenencia al grupo», como reforzar el criterio propio, la capacidad de criticar y disentir. Ya he dicho en alguna ocasión que si hoy en día somos insolidarios no es por individualismo, sino por gregarismo; por adaptarnos a la insolidaridad imperante, por ser como todo el mundo. Ser solidario, sin competir ni sacar tajada, es minoritario y está mal visto. A niveles de moral superficial puede que no («no matarás»), pero sí a nivel de moral profunda («sé político, policía o militar y sé respetado por matar»).

En una comunidad hay que tratar de fortalecer la independencia de criterio, el querer colaborar por convicción y no por inercia, el saber llevar la contraria cuando la comunidad se equivoca. Ninguna de nuestras comunidades, ni siquiera las libertarias, han sabido hacer esto. Han tratado de forzar la uniformidad de hábitos y una armonía ficticia dada por la semejanza y no por la diferencia. Incluso hace falta individualidad para detectar pronto la muerte del proyecto, para saber cuándo se vive en una comunidad y cuándo en otra cosa impulsada por las ganas de unos pocos y lastrada por la desidia y vagancia de una mayoría. También es necesaria para detectar cuándo la comunidad se resigna con su condición de medio (para facilitar la vida de sus participantes, para armarnos de cara al acontecimiento revolucionario) y cuándo no, y se revuelve hasta convertirse en el fin de todo esfuerzo (cuando exige que se trabaje sólo por y para la comunidad y no asume ser el trampolín que nos permita transitar a otros estadios revolucionarios).

Pensar por uno mismo, saber oponerse al número, generar disenso, sentirse dueño de la propia vida, es el precio que toda comunidad humana debe estar dispuesta a pagarles a sus miembros si quiere permanecer sana, construirse con personas reales y no ser una simple abstracción ajena a los seres concretos que deberían darle vida.

La comunidad que no entienda esto corre el peligro de crear a sus propios refractarios y que se cumpla lo que anunciaba Renzo Novatore cuando avisaba de que «cualquier sociedad que construyas debe tener sus límites»²³.

Ruymán Rodríguez

²³ Renzo Novatore, «Il mio Individualismo Iconoclasta» (en *Iconoclasta!*), Enero de 1920.

¿Y si el sindicalismo que conocemos ya no basta? (2016)

HE VISTO QUE en determinados medios contrainformativos y portales libertarios se ha originado un interesante debate sobre la viabilidad y necesidad del «sindicalismo revolucionario»²⁴, y como precisamente llevo mucho tiempo dándole vueltas a este tema me he decidido, humildemente, a participar. Vaya por delante que mis limitados recursos no me permiten consultar Internet a voluntad, por lo que me disculpo si he omitido alguna de las intervenciones que me preceden.

Además de lo dicho, advierto que no está en el espíritu de este artículo decirle a persona u organización alguna cómo debe organizarse. Es una propuesta basada en mi realidad cotidiana, una realidad (en Canarias) con un 30% de paro y aún más (37%) de exclusión social, con decenas de desahucios diarios, con 140.000 viviendas abandonadas, con una enorme

²⁴ Que yo sepa por ahora han intervenido José Luis Carretero, Pepe Gutiérrez-Álvarez, Lluís Rodríguez Algans, Octavio Alberola y Martín Paradelo. Pongo este enlace del foro de Alasbarricadas.org porque creo que en él se recogen a su vez los enlaces de todas las intervenciones que han ido surgiendo:

<http://www.alasbarricadas.org/forums/viewtopic.php?f=20&t=61290>
Aclaro, por cierto, que al menos cuando yo hablo de «sindicalismo revolucionario» no me refiero concretamente a la teoría de Georges Sorel o Pierre Monatte (que veían en el sindicalismo también la estructura que organizaría la sociedad posrevolucionaria). Lo hago de una forma mucho más general para referirme a aquel sindicalismo que no sólo busca objetivos a corto plazo, sino que tiene como finalidad subvertir revolucionariamente el estado de cosas existente.

pobreza infantil y con la economía en B como el principal modo de supervivencia de muchas de las familias que ponen cara a estas cifras²⁵. Como doy por sentado que está realidad transcurre de las islas, este texto no debe interpretarse como un ataque al sindicalismo revolucionario, sino como un llamamiento, allí donde no crece, se estanca o se ve superado por otras *ofertas*, a ampliar su campo de acción y abrir el abanico de la intervención sindical, económica y social.

1. Oliver y el pasado

La revolución de 1936 en el Estado español fue la hostia, lo sabemos todos. Sin embargo, no solamente fue el resultado de un trabajo de hormigas desde 1868: fue el resultado de un contexto y fue, sobre todo, algo que ya pasó. Puede parecer redundante si miramos el calendario y vemos que estamos en 2016, pero merece la pena recordarlo.

Creo honestamente que cierto anarcosindicalismo está afectado de nostalgia y que debe buscar la cura²⁶. La historia me fascina, pero sirve para sacar conclusiones no para revivirla. Esa revolución, con esos actores y circunstancias exactas, no volverá, y hemos de asumirlo, porque como decía Émilienne Morin «no se hace la misma revolución dos veces»²⁷. En el mejor de los casos, si surgen las condiciones propicias y tenemos la capacidad de estar a la altura, nos tocará hacer la nuestra. Debemos por tanto esforzarnos en entender esto: la mentalidad del heredero condiciona; la del generador, aunque dé vértigo, libera.

²⁵ Son datos extraídos de la EPA, el BOC y otros medios oficiales y también de los informes de ONG's como *Cáritas* o *Save The Children*.

²⁶ Me ha parecido interesante que Octavio Alberola, siendo el interviniente de más edad, sea también el que parece tener menos morriña cuando hay que evocar las glorias del pasado.

²⁷ En *El corto verano de la anarquía* (1972) de Hans Magnus Enzensberger.

Sin embargo, hay otras lecciones que sacar de esa época. En las primeras intervenciones (de José Luis Carretero y Pepe Gutiérrez-Álvarez) se habla de ese momento en el que el sindicalismo revolucionario tenía tanta fuerza que podía plantearse si «ir al por el todo» o si colaborar con las instituciones republicanas y fuerzas antifascistas. Para mí la lectura no es cómo volver a tener la fuerza que nos permitió estar ahí, sino cómo evitar interpretar el fenómeno revolucionario en esos términos supuestamente dicotómicos.

Cuando se dice comúnmente en nuestra historiografía que en el famoso Pleno de Locales y Comarcales posterior a las jornadas del 19 de julio se dirimía si «dictadura anarquista» o «contemporizar», si «hegemonía cenetista/faísta» o «colaboración», no se está diciendo que se discutía si «revolución» o «guerra»; se está afirmando en realidad, aunque no se quiera reconocer, que se estaba debatiendo si aceptar el poder republicano constituido o crear uno nuevo controlado por las organizaciones que vertieron más sangre en parar los pies a los militares: la CNT y la FAI. Aún en la distancia seguimos siendo bastante miopes al abordar el asunto y no admitimos un hecho consumado: en cuanto más se introducía la cuestión en el terreno del poder más se alejaba del espacio libertario.

Los que proponían colaborar (casi todos salvo Oliver y la Comarcal del Bajo Llobregat) hablaban de la situación internacional, de la poca fuerza del anarcosindicalismo en el resto del Estado y además de no romper la unidad antifascista, de ser «generosos» con los minoritarios. Soterradamente, hablaban también del miedo a una dictadura encarnada por García Oliver. Este último, con todas sus virtudes organizativas y defectos personales, planteaba hacer oficial la superioridad de la CNT/FAI en la calle e «ir a por el todo». No se sabe si tenía realmente esa aspiración dictatorial o no; si estaba convencido de lo que proponía o si su intención era precisamente atemorizar a sus compañeros y forzarles a votar por la colaboración que a

la postre lo haría ministro; si proponía un modelo similar a lo que después sería el Consejo de Defensa de Aragón; o si con su propuesta «radical» pretendía la absolción histórica de la que no dejaría de presumir en *El Eco de los Pasos* (1978) al ser el único que propuso la «vía revolucionaria». Desconozco la respuesta. Lo que sé es que el debate se distorsionó y creyendo que se debatía de revolución se estaba haciendo, en puridad, sobre poder.

Esta idea, que siempre me planteé, me alegró verla también ratificada en un artículo escrito por Abel Paz²⁸. En él se nos aclara que el debate se dio efectivamente en términos de poder, y que en su opinión (para mí muy lúcida) el debate de fondo era más complejo y ya se había dado tiempo antes entre quienes defendían el sindicato como germen de la sociedad revolucionaria futura y como estructura gestora de dicho proceso (Isaac Puente y su tesis prevalente en el Congreso de Zaragoza de 1936) o si el sindicato debía disolverse ante el acontecimiento revolucionario y sus militantes dedicarse a organizar las asambleas de barrio, municipio y empresas que gestionarían la sociedad tanto económica como políticamente (Federico Urales). Oficialmente ganó la tesis de Puente. En el Pleno, la de los colaboradores. Pero los militantes, la gente del pueblo, los vecinos y vecinas de Barcelona, tomaron mientras pudieron su propia decisión en las calles y optaron por ocupar las fábricas y socializar los medios de producción sin autorización oficial alguna. En un primer momento organizando asambleas barriales espontáneas que superaban los cálculos de los propios sindicatos, y cuando se encauzó la euforia inicial, usando a estos mismos sindicatos como elementos de vertebración en los que precisamente se ponía en práctica lo aprendido en ellos durante décadas.

²⁸ Paz, «Contra la democracia y el “liderismo natural”» (en *Historia Libertaria*), marzo-abril de 1979.

Lo que me parece interesante de este proceso histórico, en relación al debate sobre sindicalismo revolucionario, es el análisis sobre la importancia que le damos a las estructuras fijas, con andamiaje y nomenclatura definidas en letras de molde, y lo poco que nos interesa flexibilizar, adaptarnos al momento, escuchar las exigencias populares, reciclar lo que no funciona como debería y crear herramientas nuevas. Según Paz, se prefirió salvaguardar la organización sindical y específica a cualquier precio, defender ante todo la pervivencia de las siglas, y no se quiso seguir la propuesta de Urales: hacer que la revolución no fuera ni política ni sindical, sino social. Esta cuestión me permite por fin entrar en lo importante.

2. La crisis de la conciencia de clase

En muchos de los textos que han intervenido en este debate se ha mencionado, con mayor o menor prolijidad, las modificaciones que ha sufrido la clase obrera y la conciencia que esta tiene sobre sí misma. Se ha hecho este esfuerzo, pero sin calcular completamente sus consecuencias y lo que esto implica (en relación, principalmente, a nuestras propias herramientas). Quizás molesten esas voces cargadas de realismo que nos muestran lo desalentadora que es la situación obrera no sólo a niveles laborales sino de autorrepresentación. Hacer de «pájaro de mal agüero» y decir cosas como las dichas por Alberola en su última intervención quizás no guste y genere aversión, pero es necesario. Es el momento de beberse el cáliz hasta las heces, asumir lo que nos rodea y ver si después de aceptada la realidad tenemos la capacidad de enfrentarla y cambiarla.

La clase obrera no se encuentra en un proceso de reconversión, sino de desintegración. Seguirán siempre habiendo trabajadores y productores, pero ya no con una concepción de estar oprimidos por las clases propietarias ni de ser los legítimos de-

tentadores de los medios de producción. El capitalismo ha aprendido más sobre dominio en los últimos años de lo que hemos aprendido nosotros sobre revolución.

Antes la clase obrera era domada con la ignorancia y no era raro que la alfabetización o al menos la satisfacción de las primeras inquietudes culturales se produjeran en ateneos y sociedades obreras. Hoy la clase obrera es domada de una forma distinta: con sobreinformación manipulada, con un constante bombardeo comercial y mediático del que no escapa nadie, con la escolarización nacional forzosa a edades cada vez más tempranas. La hegemonía educacional capitalista no se siente amenazada y ha llegado hasta la última chabola.

Psicológicamente se pretende que el obrero se sienta más como un consumidor que como un productor, y hasta el asalariado más precario se siente clase media mientras no paren las nóminas. E incluso cuando paran, no hay más intención que reengancharse a la que se presenta como única alternativa posible: la explotación acrítica de su fuerza de trabajo. Lo que ha conseguido la democracia representativa en política es lo que ha conseguido el capitalismo a nivel económico y social: la identificación del oprimido con el sistema que lo oprime. Culturalmente la conciencia de clase ha sido no sólo fragmentada o desfigurada, sino que está directamente en proceso de descomposición.

Y sería un error pensar que esto sólo ha pasado a nivel social y cultural. El propio mundo del trabajo ha cambiado. Si la fábrica y la producción en cadena acabaron con gran parte del orgullo artesano y con la conciencia del trabajador de ser artífice de su propia elaboración, no consiguió sin embargo romper el tejido asociativo. Los gremios cambiaron de formato pero la necesidad de unión siguió existiendo. Actualmente el alto nivel de desempleo (ser trabajador ya no es una identidad, es una etapa que con suerte se repite varias veces al año), la precariedad, la proliferación de las ETT's, las subcontratas, han

logrado que gran parte de la población no sienta ninguna identificación con la persona que suda y trabaja a su lado. En las empresas estables donde esto es distinto, ya los sindicatos amarillos han fagocitado a las plantillas. Se les puede y debe plantar cara, pero es harto complicado romper esta dinámica allá donde los sindicatos estatales han reducido la intervención sindical a la actividad de una gestora o de una organización meramente asistencial. Creemos por lo general que es por eso, por las deficiencias de estas organizaciones, por su corrupción y desprestigio social, por lo que hay un campo perfectamente abonado para el sindicalismo revolucionario; la realidad es que estas organizaciones ofertan lo que demandan quienes han conseguido cierta estabilidad laboral y económica: conservar dicha estabilidad; evitar cualquier alteración. No se mantienen porque la gente sea tonta o por extraños manejos de una conspiración internacional; lo hacen porque dan lo que piden muchos de esos obreros que han olvidado que lo son, que han sido fabricados a conciencia por el Sistema: conservar su pequeña ración de pienso, lo cual es triste pero muy natural y muy humano.

La situación polarizada entre oprimidos y opresores se mantiene inalterable desde las cavernas. Lo que ha ido cambiando es la percepción que los oprimidos tienen de esta situación y los métodos que los opresores tienen de perpetuarla. A nosotros los revolucionarios, partiendo de que estamos del lado de los oprimidos o que somos oprimidos mismos, nos toca cambiar los métodos de subvertir esta situación si los utilizados hasta ahora no funcionan.

Los métodos del sindicalismo revolucionario al uso pueden estar funcionando en muchos sitios, y en ese caso lo mejor es no tocar nada y seguir esa línea. Pero mentiríamos si creyéramos que esta situación es general. En muchas ocasiones este sindicalismo revolucionario lo es sólo en ideología, deseo y aspiración, pero no en práctica y resultados. En estos casos en

los que la metodología clásica ha fracasado, es necesario implementar lo que se hace, modificarlo si fuera menester, o resignarse y hundirse aferrados al lastre de la tradición.

Con una situación laboral, económica y social totalmente degradada, con una clase obrera atomizada y desmantelada, con un paro acuciante y una crisis de subsistencia permanente en determinados barrios y ambientes, nos toca a todos replantearnos nuestro trabajo. Tanto a las organizaciones específicas como a las centrales anarcosindicalistas que aspiran a desarrollar un sindicalismo revolucionario. Tenemos que plantearnos si el sindicalismo que ofertamos está llegando a los actores sociales que deben ser los protagonistas del cambio. Si no llegamos, plantearnos si debemos cambiar la oferta. Y si aun así no llegamos, plantearnos si estamos transmitiendo nuestro discurso al público adecuado.

En barrios con un paro del 70%, ¿llega un discurso exclusivamente obrerista? Allí donde gran parte de la población sobrevive a través de trabajos ilegales o legales, percibiendo ingresos en B, ¿llega un sindicalismo que no la incluye en sus cálculos ni estrategias? Por otro lado, la aspiración de controlar los medios de producción, ¿debe ser incompatible con trabajar por controlar los bienes de consumo? ¿Por qué esta aspiración de tomar los medios de producción deja en manos de otro tipo de sindicalismo la ocupación de tierras? ¿Qué pasa con bienes como la vivienda y el alimento? ¿Estamos convencidos de que no es ese el terreno del sindicalismo? Creo que hay que dar obligada respuesta a estas cuestiones.

3. El sindicalismo social

Antes de abordar este asunto, que puede ser malinterpretado, me gustaría aclarar algunas cosas. En primer lugar he leído que en algunas de las intervenciones del resto de compañeros

se habla del sindicalismo social, considerándolo limitado y alejado de ofrecer una solución, como sinónimo de un sindicalismo imbricado con los movimientos sociales. Vaya por delante que no es esa mi concepción del sindicalismo social.

Por otra parte, el término puede levantar una lógica y natural animadversión si entendemos que hace referencia a lo que han sido algunos sindicatos durante años: grupos de lectura, cenáculos cerrados para debatir de ideología, clubes de amigos, peñas de convencidos. Este «sindicalismo», ajeno totalmente a la realidad circundante, al barrio, a la calle, es precisamente lo contrario a lo que yo defiendo. Un sindicalismo que solo tiene nombre, siglas y banderas pero que vive de espaldas al sufrimiento de los obreros y de los que han sido excluidos de esta denominación porque ni siquiera tienen acceso a un trabajo regular, no me interesa.

Señalo además que cuando hablo de sindicalismo revolucionario, no le estoy diciendo a ningún sindicato concreto lo que debe hacer. Es una iniciativa que creo debe y puede darse desde el sindicalismo y con ese formato, pero no sé si usando las estructuras existentes (que me parece lo más lógico) o creando otras nuevas. No es tampoco una férula teórica lanzada contra la actividad de los otros, pues en la propia FAGC ha surgido el debate sobre si debemos o no reconvertirnos en un Sindicato de Inquilinos.

Aclaro también que mi propuesta no es incompatible con el sindicalismo revolucionario plasmado en algunas de las intervenciones de este debate. Lo defendido por ejemplo por Lluís Rodríguez Algans creo que no es excluyente de lo expresado en este humilde texto. Entiéndase más como una ampliación de la práctica que como una refutación. No pretendo por tanto, pues sería ridículo y un oxímoron, que el sindicalismo no intervenga en el mundo laboral, que no trate de arrinconar a los sindicatos amarillos, que abandone las empresas, que no sea una herramienta inminentemente laboral; lo que digo es que con eso

no basta. Pretendo que se entienda el carácter diferenciado del sindicalismo que se formula como revolucionario; que se comprenda que este ha crecido cuando ha interpretado que su dimensión era mucho más integral que la de un sindicalismo netamente empresarial y que se ha enraizado en los barrios y entre las clases populares cuando ha creado tejido social y redes solidarias; que se asuma que el crecimiento de determinados colectivos se debe a que existe una demanda en este campo que antes suplía el sindicalismo revolucionario, y que si este no ha manifestado ese considerable crecimiento es porque ya no ofrece nada en ese aspecto

La primera objeción a este planteamiento se suele emitir con una sonrisa socarrona de superioridad mientras se afirma con rotunda seguridad que el terreno del sindicalismo ha sido, es y será siempre, sin salvedades, el terreno del trabajo. Tanta nostalgia del 36 y se desconocen los pormenores de cómo se fueron colocando los cimientos de esa revolución. Ante la estrechez y la cerrazón uso la historia para lo único que sirve: sacar lecciones y de paso plantársela en la cara a los que la sacralizan. En los textos libertarios se repiten mucho los logros de las grandes huelgas revolucionarias, pero parece ignorarse cómo se pudo crear el apoyo social que las sostenía.

En una época en la que la educación se limitaba entre la clase trabajadora a los primeros lustros de vida y en la que dicha educación estaba controlada por la Iglesia, los anarcosindicatos de la CNT ofrecían, con sus escuelas libres, clases nocturnas, bibliotecas y ateneos, otra forma muy distinta de acceder al conocimiento. La gente sin recursos enviaba a sus hijos a los sindicatos a formarse. El ocio y la cultura también se vehiculaban a través del sindicato. Las representaciones teatrales, el senderismo, las comidas comunes, etc., iban dirigidas a ofrecer esparcimiento y crear vínculos entre la militancia joven.

Hoy, aunque se hacen algunas cosas notables en estos campos, sería irreal no reconocer que el Estado se ha adueñado de

la educación tal y como el capitalismo lo ha hecho del ocio. Sin embargo, la gente no sólo se acercaba al sindicato para estas cuestiones extralaborales concretas, lo hacía también para un tema tan apremiante como el de la vivienda. Los primeros Sindicatos de Inquilinos en el Estado español fueron promocionados, a veces en solitario y otras junto a la UGT, por la CNT e incluso hasta por la FAI. En los años 30, de Barcelona a Tenerife, hubo sindicatos de vivienda, huelgas de alquileres, piquetes antidesahucio, realojos, ocupaciones, boicots (hoy los llamaríamos «escraches») y reclamaciones que iban desde la bajada de los alquileres hasta la completa eliminación de los mismos²⁹. La lucha por la vivienda no es un invento de la PAH ni del Movimiento Okupa, tanto en el Estado español, como en el argentino o el chileno, está íntimamente ligada desde su nacimiento con el anarcosindicalismo y las organizaciones obreras.

De la misma manera, era la CNT la que en plena II República promocionaba lo que Felipe Aláiz llamaba «la expropiación invisible», que definía José Peirats como «invasión de fincas de mano muerta a pesar del espantajo de la Guardia Civil»³⁰ y también la que impulsaba «revueltas del hambre» como la de la ciudad de Inca (Mallorca) de 1918-1919. La ocupación de tierras incultas y la toma de suministros básicos de forma directa no es tampoco un invento del SAT, era algo común entre la filiación y militancia del anarcosindicalismo de la primera mitad del siglo.

²⁹ Precisamente es García Oliver el que en una carta a Abel Paz (22 de noviembre de 1972) le dice que el gran mitin organizado por la CNT ante el Palacio de Bellas Artes con motivo del 1º de Mayo de 1931 «no era de afirmación anarquista ni sindicalista, ni de protesta por los mártires de Chicago. Simplemente se trataba de un acto de afirmación, reclamando la anulación de los alquileres de los domicilios. En cuyo asunto trabajaban Arturo Parera, “Barberillo” y Castillo desde antes de proclamarse la República».

³⁰ Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, 1962.

Visto esto, ¿seguimos pensando que el sindicalismo revolucionario nunca actuó fuera de los márgenes estrictamente laborales? Lo expuesto nos demuestra que el crecimiento y la implantación de un sindicato como la CNT no sólo se debía a su potencia laboral, sino también a su amplitud de miras en lo social. Porque a su capacidad de presentar conflictos laborales y ganarlos, se sumaba su disposición a articular luchas relacionadas con otras necesidades obreras que no se encontraban necesariamente en la fábrica o el taller. Implicarse en luchas como la de la vivienda no es algo novedoso o que se me esté ocurriendo a mí ahora; es parte de la esencia misma del sindicalismo revolucionario desde sus orígenes. Realmente no importaría mucho que no fuera así, pero es importante destacarlo para informar a los que creen que el sindicalismo revolucionario nunca tocó más palos que los del trabajo convencional.

Por otra parte, el sindicalismo revolucionario hoy debe aceptar implicarse en luchas y reivindicaciones que vinculadas con lo laboral tienen un aspecto mucho más amplio en terrenos como el social y el cultural, como por ejemplo el feminismo. ¿Puede rehuir el sindicalismo revolucionario tomar partido en este campo simplemente porque la lucha contra el patriarcado no se dirime exclusivamente en el terreno laboral? Siguiendo con otro ejemplo, ¿puede hoy cualquier sindicato, amarillo o revolucionario, abstenerse de organizar sus propios sindicatos de estudiantes a pesar de que estos, por ahora, no sean estrictamente trabajadores? Si el sindicalismo no tiene más campo que el empresarial, ¿qué hace llamando a los estudiantes a unirse a sus filas antes de que se hayan convertido en asalariados? La CNT también promovió en el pasado la creación de cooperativas de trabajadores que, vinculadas fuertemente con el mundo del trabajo, no tenían como intención plantear y ganar conflictos, sino crear estructuras solidarias fuertes y mejorar la vida de los trabajadores. Hoy se entiende esta idea cuando se propone desde dentro de los propios sindicatos la

creación de cooperativas de consumo, ¿por qué no se ha podido hacer lo mismo con los Sindicatos de Inquilinos?

Plataformas como la PAH o sindicatos relacionados con partidos políticos como el SAT han adelantado al anarcosindicalismo por la izquierda, y lo han hecho en un terreno que era el suyo y usando sus mismas armas. Entiendo que no se quiera tocar un tema como el de la vivienda allí donde funcionan bien las plataformas locales. Pero donde no es así o no se tocan determinados temas como el del alquiler, ¿dónde está el problema? Si hay un prurito por no rivalizar con lo existente, la propia CNT nunca se hubiera fundado, pues en 1910 podía estar «invadiendo» el terreno de la UGT fundada en 1888. Lo importante en la lucha es la estrategia que se lleva a cabo y las repercusiones que esta tiene en la vida de la gente; no es una cuestión de primogenituras.

Lo que necesitamos, por tanto, es que el sindicalismo revolucionario entienda que su naturaleza es bastante más amplia que la de cualquier sindicato al uso, que la gente se puede acercar a él si ve que es mucho más que un sindicato. Y el terreno es fértil para ello. Muchas personas en el espectro de la vivienda no encuentran una herramienta a su alcance si su caso es de alquiler (hablamos siempre de alquileres de multi-tenantistas, inmobiliarias, etc., y no del cansino mito del pequeño rentista de 99 años, con una cadera mal, que da mucha pena). Cuando se enfrentan a desalojos masivos por parte del Estado, fondos buitres, gestoras privadas de vivienda pública o incluso bancos, su arsenal es muy limitado, pues debemos tener en cuenta que por ahora nadie (salvo aquí en Canarias) ha planteado una huelga de alquileres. El asunto llama la atención si tenemos en cuenta que estas huelgas nos han resultado bastante fáciles de ganar y que tienen un coste cero, a diferencia de las laborales. La gente tiene planteado el conflicto habitacional porque dentro de poco no podrá pagar, porque ya adeuda varias mensualidades o porque directamente va a ser desahu-

ciada por impago. En este caso el hecho del impago es algo consumado o a punto de consumarse, sólo falta darle a ese acto involuntario y fatalista un recubrimiento de acción consciente y de reivindicación política. En una huelga laboral el trabajador se expone a perder dinero por cada día de huelga. Si esto se suple con cajas de resistencia, lo más común es que la huelga se prolongue tanto como dure el dinero de la caja. Pierden dinero obrero y empresario, pero a veces se impone la proporcionalidad y es el primero el que más se resiente. En una huelga de alquileres sólo pierde dinero el casero. Si se consiguen demorar los plazos de una posible orden de lanzamiento, que la cuestión no vaya por la vía del desahucio exprés al tener que dirimirse irregularidades contractuales; si se consigue afinar una buena batería legal que torpedee el proceso, hay muchas posibilidades de victoria. Por no hablar de las medidas de presión directa, muy fáciles de aplicar porque se ataca al enemigo desde dentro. Por otra parte, no es lo mismo un desahucio aislado que vaciar uno o varios bloques, sea vivienda por vivienda (lo estipulado salvo en casos de ocupación) o de forma masiva, pues cada desahucio será un pulso contra la resolución judicial y el rentista. Es un campo donde se puede crear mucho tejido social y que hay que seguir explorando.

La mayoría de anarcosindicatos tienen una secretaría de Acción Social, pero en la práctica se entiende que la función principal de esta es denunciar los abusos cometidos en campos como el del medio ambiente, la migración o los derechos de la mujer. ¿Por qué no puede ser su labor, aparte de esa, crear desde ahí los Sindicatos de Inquilinos? Lo población migrante y las mujeres en riesgo de sufrir feminicidio a lo mejor no se acercan al sindicato por una elaborada campaña con charlas y cartelera contra la violencia machista o la xenofobia, pero sí lo hacen cuando se toca el tema de garantizar su techo y su pan, su refugio y su supervivencia. Si desde ese lugar se pueden

plantear cooperativas, ¿porque no secciones sindicales de vivienda o sindicatos propiamente dichos?

Se ha planteado también en un texto como el de Martín Paradelo la paulatina toma de los medios de producción. ¿Por qué no contemplar entonces la toma directa, sin plazos, de los bienes de consumo? De hecho bien podría ser lo segundo la antesala de lo primero. Autogestionar medios de producción o empresas delicadas como hospitales y demás, puede parecer en un primer momento, a pesar de ejemplos tan actuales como el de Grecia, una tarea compleja y ardua, pero hacerlo con el techo, tal y como se produce a diario a través de la ocupación, está al alcance de la mano. Desgraciadamente, lo que suele motivar esta expropiación es la pura desesperación, y aún en aquellos casos en los que está motivada por fines reivindicativos no consigue articularse con un discurso político revolucionario que no tienda tanto (o al menos solamente) a la regularización de la ocupación del inmueble como a la ocupación sistemática como forma de socialización masiva. Es ahí donde hay que incidir y dotarlo de una narrativa revolucionaria propia. Por otra parte hay medios de producción cuya ocupación es directa y no requiere de etapas intermedias de duración indefinida. Gran parte del suelo agrícola, al menos en Canarias, está abandonado. Ocuparlo, exigir el derecho a hacerlo productivo, alimentarse de él, crear cooperativas que distribuyan el alimento (incluido el excedente si lo hubiera), enrolar en la actividad a todos los trabajadores agrícolas y desempleados dispuestos que se hayan acercado al sindicato, y prepararse para resistir, supone una política revolucionaria sindical de hechos consumados. Cuando en el anarcosindicalismo se habla de cooperativas³¹ en realidad puede entenderse por algo así, la idea ya está en el aire, pero falta que las ponencias trasciendan, que sean una práctica cotidiana al alcance de los afectados

³¹ Como en este caso: <http://www.cnt.es/xcongreso/accion-sindical-vias-para-la-accion-social>

y que se entienda que estos van más allá de los arquetipos de-cimonónicos.

Y es que hay otro cariz en lo del sindicalismo social. Ya en tiempos de la Transición, Luis Andrés Edo hablaba de la necesidad de crear un «sindicalismo integral» que incluyera a los excluidos³². Visto cómo está el panorama económico-laboral, muchos trabajadores han perdido la condición de tales, pero no sólo a niveles de conciencia por la búsqueda compulsiva del estándar capitalista, sino a unos niveles mucho más prosaicos por encontrarse en una situación de constante precariedad. Hablamos de obreros que lo son, pero a los que nadie les da esta categoría y a los que casi ningún sindicato abre los brazos u ofrece una herramienta. Me refiero a los desempleados de larga duración, a los vendedores ambulantes, a los cuidadores, a los limpiadores por cuenta propia, a los chatarreros, a los amos de casa, a los obreros que viven de hacer chapuzas, a los presos y un largo etcétera. Me refiero a toda esa gente que en algunos barrios son mayoría, que no han cotizado en su vida, como no lo hicieron sus padres ni lo harán sus hijos; que no saben lo que es una nómina pero que sí saben lo que es trabajar, lo que es ser perseguidos, lo que es no obtener una justa retribución por su trabajo y a los que no llega una propaganda de obrerismo fabril. En muchos casos puede ser complicado plantear ciertos conflictos sin perjudicar al afectado y también hay que tener en cuenta el enfrentamiento con la negativa legal a que algunos de ellos se sindiquen, pero como ya han demostrado los pocos pero representativos sindicatos de esta naturaleza (sean autónomos como el Sindicato de Manteros³³ en Catalunya o como el IWOC³⁴ en EE.UU., que es una sección sindical de presos de la IWW que ha protagonizado las últimas huelgas

³² Edo, «Syndicalisme Révolutionnaire» (en *Anarcho Syndicalisme et Lutttes Ouvrières*), 1985.

³³ Menos conocido como Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes de Barcelona.

³⁴ Aquí su web: <https://iwoc.noblogs.org/>

carcelarias) puede ser una buena vía para visibilizar su situación precaria, denunciar a la administración pública e iniciar una hoja de ruta que puede buscar, dependiendo del caso y de la actividad profesional, desde la mejora de las condiciones laborales, la regularización o si se prefiere: reivindicar el derecho a vivir al margen de la legalidad sin ser perseguidos. Mucha de esa población activa que engrosa las listas del paro y que ya no recibe subsidio alguno sigue viva y comiendo (cuando puede), y sería ingenuo pensar que no es la economía sumergida la que garantiza su supervivencia. La legalidad siempre será un problema, pero precisamente por eso es necesario el sindicato, para dotar de cobertura a quienes entre la clase trabajadora se encuentran en la situación de mayor vulnerabilidad. Hay barriadas enteras que sobreviven con la economía en B, lugares donde ningún sindicato amarillo está interesado en hacer una campaña de captación. En esos sitios hay que arremangarse y ser conscientes de que la actual coyuntura nos aboca cada vez más a esta situación; o nos adaptamos, junto a nuestras herramientas, y empezamos a trabajar en ese campo, o acabaremos buscando defender los derechos de una clase obrera idealizada que ya no existe. Sí, debemos luchar por preservar los derechos laborales de los que aún los conservan, pero no nos olvidemos de los que ya los perdieron y especialmente de los que nunca llegaron a tenerlos.

Puede que después de lo leído alguien acabe coincidiendo, pero objete la falta de medios y conocimientos para dedicarse a eso y se agarre a ese refrán según el cual «quien mucho abarca poco aprieta». Me parecería una pobre excusa. Eso es algo que de forma más bien intuitiva e improvisando, sin un chavo y siendo literalmente cuatro *mataos*, hemos podido hacer en Gran Canaria, sin casi estructura. Es la experiencia la que me ha enseñado que eso está al alcance de cualquiera. La formación en vivienda no es en absoluto más compleja que la laboral, y la necesidad de recursos es bastante menor. La negativa vuel-

ve a demostrar que se ve el terreno de las necesidades básicas, el techo, la ocupación de tierras, la exclusión, como una dimensión distinta a la del trabajo, cuando en realidad la conexión no puede ser más estrecha.

Repito para finalizar que no se pretende con este texto plantear un sindicalismo sin trabajadores, pues la urgencia social no deja mucho tiempo para plantear estupideces. Interpretar este texto así equivale a tratar de reducirlo al absurdo para evitar tener que digerirlo. Lo que se pretende es que se entienda que las necesidades económicas de los trabajadores son múltiples y que cabe la posibilidad de incidir en las más urgentes como son techo, abrigo y comida ampliando el marco de actuación del sindicalismo revolucionario allí donde su actividad rigurosamente laboral no baste, no le permita crecer ni llegar a la gente o allí donde no exista nada funcional en ese aspecto. Si el sindicalismo se pretende revolucionario debe serlo más que por el nombre, sin aferrarse a la creencia de que la mera actividad sindical al uso le permitirá llegar a controlar los medios de producción. Las victorias parciales dan experiencia y ejercitan el músculo subversivo preparándonos para el futuro, pero no suponen la revolución misma ni tampoco necesariamente su antesala. La propia Comunidad «La Esperanza» no es la revolución, es por ahora una victoria parcial (seguimos evitando que sea, si finalmente se produjera el desalojo, una derrota parcial), donde aprendemos mucho y nos ejercitamos, pero el acontecimiento prerrevolucionario es otra cosa. El sindicalismo si quiere ser revolucionario debe diferenciarse, aspirar a la integralidad de acción y abordar aquellos campos de transformación revolucionaria que estén a su alcance. Crear sindicatos de trabajadores en B y de inquilinos es parte de esta capacitación revolucionaria, pues son estas demandas, de vivienda, de comida, de autodefensa de los excluidos, las que llegan a una importante parte de la población a la que hoy se ignora; las que de resolverse con un trabajo certero

pueden sentar las bases de un salto cuantitativo y cualitativo; y las que permiten acceder a un territorio actualmente muy poco explorado, por lo menos desde la práctica revolucionaria y sindicalista. Toca abrirse paso entre la maleza y avanzar fuera de la zona de confort.

Ruymán Rodríguez

Cruzar el Rubicón

(2016)

Nota preliminar: reconozco que he dudado si publicar este artículo. Los ambientes estentóreos, masculinistas, militaristas, han marcado demasiadas veces la militancia del resto. «Al activismo se viene llorado de casa», he oído alguna vez. Es el discurso propio de círculos donde se rinde culto a la fuerza bruta desde la débil postura del espectador. Expresar los propios fracasos, límites, vulnerabilidades, contradicciones, es algo que incomoda a un sector del movimiento libertario que afincado voluntariamente en la derrota tiene la necesidad de vender propaganda triunfalista. Después de consultar a varias compañeras ajenas a mi círculo más cercano, me he decido finalmente a publicarlo. Creo que puede servir para reflexionar y para arropar a todas aquellas náufragas que se sienten solas en el océano de la militancia.

EN LA ANTIGUA ROMA el río Rubicón marcaba la frontera que ninguna legión podía cruzar sin autorización del Senado. En el año 49 a.C., Julio César ignoró la prohibición y cruzó el río con su ejército, sabiendo que suponía de facto una declaración de guerra. Cruzar el Rubicón significa desde entonces tomar una resolución que se sabe irreversible a pesar de las consecuencias. El activismo social obliga muchas veces a sus militantes a cruzar el Rubicón. Yo he vadeado esa orilla, he meditado los riesgos y la he atravesado sabiendo que no habría marcha atrás. Da vértigo porque al menos en mi caso he dejado muchas cosas a mi espalda: trabajo, casa, familia, vida. Echando

la vista atrás no puedo afirmar que hiciera lo correcto, sólo que entonces lo creía.

Muchas de nosotras estamos metidas en círculos de retroalimentación y autocomplacencia. Pero cuando decidimos salir de ahí, lo habitual es que fuera haga mucho frío. La gente que suele ir más allá vive intoxicada por una épica alentada por las que nunca se mueven de su sitio. Muchas jóvenes han dado lo mejor de sus vidas y se han convertido en carne de indignancia, cárcel, cementerio o depresión seducidas por aquel latiguillo que nos invita a «morir por las ideas». Más valdría hacerle caso a Georges Brassens cuando nos decía que para morir por las ideas siempre habrá tiempo y que es mejor dejarlo para «más adelante».

Las más activas de nosotras, las que no se conforman con limitarse a charlas y eventos y quieren caminar lejos de los márgenes de lo seguro, lo hacen sin red bajos sus pies. Nos gusta jalear a las demás para que se la jueguen y vayan más lejos, pero casi nunca movemos ni un dedo para crear las estructuras que las recojan si han caído. Nos precipitamos al vacío entre aplausos, pero cuando toca recoger los restos a todo el mundo le espera algún asunto más importante en otro lado.

Decía Emma Goldman en una carta a Max Nettlau que «nosotras, las revolucionarias, somos como el sistema capitalista. Sacamos de los hombres y mujeres lo mejor que poseen, y después nos quedamos tan tranquilas viendo cómo terminan sus días en el abandono y la soledad». Esto se aplicaba perfectamente al periplo que acabaría sufriendo su compañero Alexander Berkman: tiranicida frustrado, preso, propagandista, organizador legendario y en su última época en París alguien que intentaba huir de la miseria y que se acabaría suicidando al no lograrlo. Como él hay muchos más ejemplos, víctimas de unas ideas demasiado elevadas y de un movimiento que no supo estar a la altura. Nombrarlas a todas ocuparía cada letra de este artículo y aun así no bastaría.

Sí, se ha avanzado en la toma de conciencia sobre la necesidad de los cuidados (que tanto se mencionan) y también algo en la elaboración de herramientas de apoyo. Muchos colectivos de antipsiquiatría están haciendo circular útil información al respecto. Hacen una labor muy loable y poco reconocida. Pero lo cierto es que por lo común consideramos que esto es «responsabilidad» de dichos grupos específicos y no algo que nos compete a todas. Pasa como con los grupos pro-presas, que deben dedicarse en exclusiva a suplir carencias mientras las demás somos incapaces de tejer solidaridad sin que el resto de nuestra actividad se vea comprometida. Es algo de difícil resolución sin una reflexión e implicación colectiva. Creo que más que delegar en colectivos especializados, cada agrupación, sea un sindicato, una específica, un grupo de vivienda, un CSOA, una asamblea de barrio, debería entender como su responsabilidad manejar ciertos rudimentos para socorrer a sus militantes y tener estudiados unos mínimos protocolos de actuación.

Pero no podemos negar que, a pesar de los avances, lo hecho hasta ahora resulta insuficiente. La mayoría de las veces las estructuras mentales de nuestros colectivos son, como decía Goldman, similares a las de una empresa capitalista, o incluso peores, porque en la militancia no hay bajas por depresión. No se entiende la necesidad de tomar aire o bajar un pistón sino es en clave de deserción, no paramos de presionar a las demás para que den más de sí mismas sin evaluar cuánto estamos dando nosotras, juzgamos cuál es el momento más apropiado para que las demás tiren la toalla como si su resistencia física y emocional no contara. El activismo se ve como un hobby para mucha de la militancia sumida en la autorreferencia, pero para otra parte es peor que un trabajo. Un infierno al que no se quiere volver si no te espoleara el sentido del deber. Personalmente, a veces me he encaminado hacia la militancia tan angustiado que he deseado no llegar nunca y he descubierto con toda la hondura del término lo que significa la resiliencia.

Lo peor es que esa tendencia a exigir se recrudece con las más comprometidas. Las vemos tan fuertes, tan seguras, que reclamamos más de lo que humanamente pueden dar. Al final la enfermedad física, anímica, social, puede destrozarlas, pero no lo vemos porque el personaje nos tapa a la persona. En estas circunstancias la sensibilidad y la ternura deberían ser parte del aire que respiramos en los ambientes libertarios, pero en vez de eso padecemos de hipercriticismo (no hacia nosotras, sino hacia las demás). Recuerdo las críticas que recibió Jaime Giménez Arbe porque atracaba bancos a mano armada y recuerdo también las críticas a Enric Durán porque hacía algo similar pero usando sólo la inteligencia. Al final yo no podía evitar cabrearme y preguntar en alto: ¿querrán ustedes, señoras críticas, entrar en un banco y enseñarnos de una jodida vez cómo debe hacerse? Pero nunca hubo respuesta, ni la esperé.

Muchas compañeras son tildadas de «peligrosas radicales» no por los medios de comunicación ni por las profesionales de la política, sino por sus propias colegas de asamblea. En el otro extremo, hasta el éxito más humilde supone para las dogmáticas una concesión al sistema porque sólo aceptamos el fracaso. El anarquismo ha sido, desde antes del «Noi del sucre», un movimiento caníbal. Pero no es autóctono de nosotras; lo es de toda actividad grupal, sea social o política.

El contacto con la realidad ajena al movimiento también mata, como un ambiente vírico hostil hace con un organismo inmunodeprimido. Llegas a la gente, les ayudas, y esperas que correspondan a tu esfuerzo. La primera decepción, la primera traición, el primer golpe, es como si algo se te derrumbara por dentro. Ya decía Ortega que «el esfuerzo inútil conduce a la melancolía». Para sobrevivir a este caos ordenado, necesitamos tener certezas, secuencias lógicas a las que aferrarnos. Las anarquistas tenemos las nuestras: «la gente decidiendo por sí misma opta siempre por lo mejor», «si ayudas te ayudan», «no habría maldad si el medio fuera el adecuado», etc. Cuando al-

gunas de estas premisas son destrozadas por la realidad, dentro nuestro se produce un cataclismo que replica durante meses y a veces años. Nuestras convicciones más íntimas son quebrantadas. Después de estas experiencias se entiende el atractivo de la automarginación, la endogamia y el gueto autótrofo. Desgraciadamente ya habrá tiempo de descubrir que entre clones no hay menos desencantos. Aunque se enmascare con un lenguaje teórico sofisticado, se reproducirán exactamente las mismas desilusiones y seguramente también nos tocará a nosotras fallarle a alguien. Pero esta obviedad es algo que se suele aprender demasiado tarde.

La realidad, no obstante, es siempre el muro más alto. Recuerdo pasar meses en una habitación, sin agua, sin luz y sin ventanas. Echarme a dormir en el suelo de hormigón con un grueso abrigo y las manos en los bolsillos para combatir el frío. Hasta entonces nunca pensé que pudiera hacer tanto frío en Canarias. Me levantaba a las 6:00 de la mañana a militar y me acostaba a las 3:00 de la madrugada después de militar. Entre medias trabajaba. Cada semana el esfuerzo me arrebatava unos 3 kilos de peso. La mayoría, como es natural y lógico, claudicó y yo también quería hacerlo, con todas mis ganas, en serio, pero no podía. La «causa» era demasiado grande. Más grande que yo, que me tenía por individualista. Me empezó a dar miedo que nada me hiciera desistir, que estuviera rebasando la línea de la razón para llegar a las fronteras del fanatismo. Pensaba en Chris McCandless, ese chico que lo dejó todo para huir a Alaska, para seguir su propia causa, para poner a prueba sus convicciones, para comprobar si se podía vivir con apenas nada. Pensaba en él, muriendo solo y aislado, en esa vieja guagua abandonada que describe Jon Krakauer en su libro *Hacia rutas salvajes*. Pensaba en él, hambriento, helado, débil y convulsionante, dejando una nota en la que hacía creer a sus seres queridos que había muerto haciendo lo que quería. Pensaba en esa nota y yo estaba casi seguro de que mentía. Quería ahorrar su-

frimiento a quien la leyera, pero en realidad debía tener miedo y estar arrepentido de haber llevado su aventura hasta tan lejos. Creía que mentía, porque eso era lo que sentía yo. Un día, precisamente cuando me di cuenta asustado de que ya no había nada (por humillante, traumático o doloroso que fuera) que me forzara a renunciar, comprendí que todas esas certezas que tenía sobre la vida y la gente en realidad eran absurdas reglas mentales. Comprendí que la vida no tiene sentido, ninguno concreto y predefinido; tiene el que le des a tu propia vida. Comprendí que ayudar a la gente no implicaba reciprocidad, que no existe una justicia universal retributiva. Comprendí que iba a continuar el desafío, ajeno a si las demás me correspondían o a la cordura del mundo, porque yo lo había decidido así y no por ninguna compulsión cósmica. Iba a intentar joder el sistema porque no quería someterme a él y porque el resto de personas debía tener la misma oportunidad que yo.

Mentiría si dijera que en mis viajes por la península no he sentido todo el calor, el apoyo y la solidaridad que no se nota cuando piensas que eres un corredor de fondo. Eso me ha reconciliado con el movimiento, pero pienso en todas aquellas que no han tenido la suerte de la repercusión mediática de sus luchas. La gente que curra sin ver nunca los efectos de su trabajo y que coquetean con la idea de desaparecer silenciosamente por la puerta de atrás. Creo que como movimiento estamos en deuda con ellas, y debemos buscar la manera de salir de la inactividad pero sin dejar atrás a nadie, sin aceptar ni una sola víctima por fuego amigo, ni un solo daño colateral, ni una sola compañera caída a la que no le tendamos la mano.

Hoy seguimos caminando por la orilla del Rubicón dudando si cruzarlo. Si en la otra orilla nos esperaran voces amigas, un soporte digno, nos resultaría mucho más fácil decidirnos a atravesarlo. Pero no podemos quemar los puentes a nuestras espaldas si delante no hemos construido antes nada. Lo contrario supone inmolar a toda una generación en el altar de las

ideas. El capitalismo no nos puede haber absorbido tanto como para que olvidemos que ningún proyecto o doctrina, por grandes e importantes que sean, valen nada ante la más humilde y sencilla forma de vida.

Ruymán Rodríguez

Claroscuro de la okupación

(2016)

OKUPAR TIENE LAS CONNOTACIONES de un verbo reivindicativo. Es tomar lo que está en desuso, abandonado, y darle utilidad. Es señalar la desproporción establecida por la propiedad privada sobre un bien de primera necesidad como es la vivienda. Sin embargo, hay muchos matices.

Siempre creí que okupar tenía intrínsecamente ese cariz vindicador y que no importaba qué vivienda okuparas mientras estuviera abandonada. La realidad me ha hecho ampliar la perspectiva.

Cuando empezamos (la FAGC) a intervenir en la vivienda, nos especializamos en parar desahucios a través de piquetes (aunque ya habíamos hecho nuestros pinitos en okupación). Queríamos hacer una alianza con la PAH local para que abordara el aspecto legal y con el Movimiento Okupa para que nos ayudara en los realojos. Al final los primeros no estaban por la labor y los segundos, aunque lo intentaron, no pudieron cambiar de dinámica. Nos vimos así empollándonos el Código Penal y especializándonos en abrir casas.

Recuerdo el caso de una familia con 4 niños recién desahuciada que había llegado a nosotros demasiado tarde. Fuimos a una casa okupa cercana a pedir que les dejaran quedarse un par de noches hasta que pudiéramos abrir una de vivienda de urgencia (por entonces no teníamos el superávit de inmuebles expropiados que llegamos a tener después). Los miembros de la casa okupada nos dijeron, nada más abrir la puerta, que era imposible. Las habitaciones que tenían libres eran para «viaje-

ros» (gente del ambiente okupa internacional que venían a algún festival de música, de vacaciones o de Erasmus) y el resto eran zonas de meditación. Me di cuenta entonces de cuán lejos estaba esa okupación profesionalizada de la reivindicación, de cuán lejos estaba de la calle y de la necesidad de la gente de a pie. Esa noche, con prisas y angustiado por esa familia, frustrado y cabreado por la insensibilidad de los «concienciados», abrí una casa sin tomar ninguna precaución y por poco pierdo un pie (en la entrada de la puerta había un enorme cepo de caza que no vi en la oscuridad; desde entonces nunca entro a oscuras).

Darse cuenta de que había que elegir a quién se le expropiaba fue, sin embargo, en parte estrategia y en parte confrontación con la realidad. Muchas veces tratamos de contar con la complicidad del barrio donde actuamos para que la okupación se prolongue en el tiempo. Cuando es de un particular, a no ser que nadie lo conozca ni a su familia, o la vivienda lleve décadas abandonada, los vecinos no lo aprueban o hasta llaman a la policía. Por el contrario a un banco nadie lo defiende, salvo los políticos. En esos casos los propios vecinos nos animaban a que entráramos y hasta se implicaban en las labores de abrir la puerta o facilitar suministros. Fue así como vimos que además de atacar a la propiedad privada había que hacerle daño al poder financiero, pues era importante incluso a niveles prácticos.

Sin embargo, la okupación también puede ser un círculo cerrado en otro aspecto. Cuando se okupa por necesidad podemos ahorrarnos muchas de las tonterías que contaba antes, pero surgen otros problemas. Okupar por necesidad puede suponer que cuando acaba la necesidad también lo haga la implicación. Creemos que el apoyo mutuo y compartir herramientas de autonomía supone de por sí la emancipación, y esto es una idealización. La persona a la que ayudas a abrir una casa puede denunciarte tranquilamente si le dices que no te es posible pincharle la luz. Sé de lo que hablo. El capitalismo se ha exten-

dido entre la población de forma tan perfecta que también los necesitados, cuando dejan de serlo, aprenden rápido a aplicar el darwinismo social. He comprobado cómo el antiguo paria, que gracias a tener vivienda puede reunificar a su familia y garantizarse un subsidio, pasa a considerarse un potentado al tener unos ingresos que, aunque escasos, puede invertir íntegramente en consumo. He visto cómo después de producirse esta situación la misma persona que huía de la miseria ahora se niega a tener okupas, indigentes y migrantes al lado y no quiere que se expropie ninguna casa cerca de la suya. He visto lo oscuras e insondables que son las entrañas de las personas producidas en serie por el capitalismo.

Todo lo que cuento es duro y quizás sorprenda si digo que a veces, cuando conoces la vida de la gente, puedes llegar incluso a comprender la raíz de estas actitudes. Pondré un ejemplo: un joven de 20 años que acababa de ser padre contactó con nosotros porque no tenía vivienda. Después de ayudarle a conseguirla, no sólo no colaboró sino que se convirtió en un saboteador que no tenía impedimento en recurrir a la policía cuando se le contrariaba. Se convirtió en el enemigo y ninguno, obviamente, quisimos saber más de él. El desprecio se mitigó cuando conocí su historia: hablamos de una persona que sufrió abusos sexuales desde la infancia por parte de casi todos sus familiares, que tenía unos padres toxicómanos y que se pasó en un centro de acogida desde los 7 años hasta los 18. Salió de allí acostumbrado a hacer daño para no ser aplastado, a engañar para obtener un poco más, a explotar a sus iguales y a mantener una relación de sumisión resentida con la autoridad. Periódicamente medicado, maltratado y humillado, toda su vida se desarrollaba en un centro que era a la vez cárcel, escuela y ONG; todas instituciones que deberían ser abolidas. No le enseñaron nada y durante gran parte de su infancia y adolescencia lo único que sabía es que tenía garantizadas una cama y tres comidas diarias, sin afecto ni empatía, sin que se le esti-

mulara ninguna inquietud creativa. Alienado, nunca supo de dónde venían las cosas, ni quién las producía ni por qué llegaban a sus manos; sólo quería llegar a mañana, arrastrar su rencor y disfrutar algún día de la vida hedonista que le vendía la tele. Ni lo excuso ni lo justifico, pero lo raro cuando le tiendes la mano a alguien que ha pasado por eso no es que se aproveche, sino que no te la arranque. La gente que ha vivido así, fabricada a conciencia por la violencia del Sistema, debería echarse a la yugular de sus semejantes y despedazarlos, y sin embargo no lo hacen y se conforman con avasallarse mutuamente.

Estas experiencias me han hecho convencerme de que la okupación debería ser entendida como expropiación pero también como socialización. Si no hay detrás una aspiración y un proyecto revolucionario que suponga ir recuperando los bienes de consumo, sea poco a poco o de forma más ambiciosa, la okupación puede convertirse en una actividad exclusivamente onanista. Hace falta pedagogía entre los que okupan, pero esta no es una panacea. Hay que exigir compromiso si se quiere recibir ayuda, y si no hay compromiso, pues que sigan adelante solos; cualquiera puede dar una patada en la puerta. Hay que ver también a quién se dirige el discurso, si a los convencidos que no lo necesitan o a los necesitados que no se convencen. La respuesta no es fácil, pero de ella depende que la okupación sea una actividad endogámica de autoconsumo o que sea una actividad, que enfrentándose a mil retos y derrotas, pueda transformar mínimamente el mundo que la rodea.

Ruymán Rodríguez

Tierra bajo las uñas

Pequeña reflexión sobre la expropiación agrícola

(2017)

«Al avanzar vi una señal,
ponía “propiedad privada”,
pero al otro lado ¡no había nada!
Ese lado es para ti y para mí».

(Woody Guthrie, canción «Esta tierra es tu tierra», 1944)

HISTÓRICAMENTE, la expropiación agrícola ha sido una constante dentro de las reivindicaciones de los más pobres. Son pocas las revoluciones que, hasta la primera mitad del siglo XX, no disputaron la tierra como parte de sus aspiraciones o programas. En el ensayo *La revolución a través de los siglos* (1908) de Augustin Hamon se glosan algunos de estos conatos revolucionarios (hasta la Revolución francesa) en pos de un concepto comunista de gestión de la tierra. Un ejemplo destacado es la Guerra de los Campesinos alemana (1524) donde los anabaptistas de Thomas Müntzer cuestionan lo que nunca se atrevió a tocar Lutero: el principio de propiedad privada. Su lema, aplicado principalmente a las tierras de cultivo, era «omnia sunt communia» (vulgarmente: «todo es de todos»). Un ejemplo aún más significativo es el sucedido después de la Revolución inglesa (1649), donde los *diggers* (excavadores), impulsados por Gerrard Winstanley, se dedicaron a ocupar las tierras incultivadas de algunos latifundistas absentistas y llegaron a proclamar la Comuna de la Colina de *St. George*. Huelga

decir que todos estos intentos acabaron en la represión y la dispersión.

En el siglo XX las revoluciones más importantes siempre tuvieron esta impronta agraria. La Revolución mexicana de 1910 y su magoniano grito de «Tierra y Libertad», recogido por los zapatitas, iba inequívocamente en esa dirección. En la Revolución rusa de 1917, desde los primeros intentos de unir el conservador *mir* (estructura comunal aldeana) con los soviets de campesinos, hasta el programa de Kronstadt o la labor expropiadora de los makhnovistas en 1921, la cuestión agrícola fue siempre prioritaria, hasta que los bolcheviques ahogaron en sangre cualquier iniciativa popular. En el Estado español, mucho antes de la Revolución española de 1936 y de su gran hito colectivizador (aunque fueron muchas las regiones cuyos campos experimentaron distintos grados de colectivización, el caso de las tierras de Aragón es paradigmático), la inutilidad de la reforma agraria republicana ya motivó lo que Felipe Aláiz llamaba «la expropiación invisible»³⁵, que consistía en expropiar, por la vía de los hechos consumados, las tierras abandonadas por los caciques absentistas.

Sin embargo, el ejemplo de estas tres regiones en el siglo XX se debe principalmente a que su economía todavía era inminentemente agrícola. Según el proceso de la industrialización se fue imponiendo en todos los países del hemisferio norte, y se convirtió en objetivo de los del hemisferio sur, el tema de la tierra, vital y apremiante, se fue relegando. Se produce una transición, traumática, casi sin etapas intermedias, de la vida rural a la vida urbana. La migración interior marca el abandono de la tierra, se genera un nuevo paradigma cultural y económico, una nueva forma de consumir. El período entre la Edad Media y la Revolución Industrial no es desde luego esa arcadia idílica que tratan de vendernos algunos nostálgicos de

³⁵ Citado por José Peirats en *Los anarquistas en la crisis política española*, 1962.

los monasterios, pero está claro que el consumo, con independencia de su escasez, era más directo. Sólo el avance del siglo XX pudo ir acabando con una forma de consumir basada en el propio huerto, en tener ante la pobreza el amparo de dos pequeños palmos de tierra que garantizaran cierta soberanía alimentaria, cierta capacidad de autoabastecimiento. No hablo del pequeño propietario, sino del pequeño agricultor que sembraba lo que agarraba detrás de su humilde choza y que obtenía así cierta capacidad, por mermada que fuera, de resistencia económica.

Esta forma de consumir producía también otra forma de relacionarse con el medio. Era difícil no estar familiarizados con las semillas, las estaciones y la naturaleza (aun cuando esta familiaridad no se entendiera de forma armónica sino en clave de lucha y conquista). Hoy es muy difícil que un urbanita sepa identificar el brote de una planta, la hora del día más adecuada para regar o tan siquiera cómo se siembra. Yo mismo, después de muchas expropiaciones de tierras a las espaldas, de mil experimentos con la permacultura, me sigo considerando un completo ignorante, un advenedizo que tiene que aprender de adulto lo que su infancia callejera le vetó.

La amenaza a esta forma de vida pagana (etimológicamente), hoy prácticamente extinta, ya la exponía Pierre-Joseph Proudhon en 1840:

«Un hombre a quien se le impidiese andar por los caminos, detenerse en los campos, ponerse al abrigo de las inclemencias, encender lumbre, recoger los frutos y hierbas silvestres y hervirlos en un trozo de tierra cocida, ese hombre no podría vivir. La tierra, como el agua, el aire y la luz, es una materia de primera necesidad, de la que cada uno debe usar libremente sin perjudicar al disfrute ajeno [...]»³⁶.

³⁶ Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, 1840.

Dicho lo dicho, la importancia de la expropiación agrícola es, ante la actual y prolongada crisis de subsistencia, de primer orden. A un nivel personal y medio ambiental es necesario recuperar esa relación con la tierra, entender que hay una forma de consumir autosuficiente, sin dañar el medio y sin derramamientos de sangre. Si la agricultura usa las últimas novedades en permacultura, se puede consumir causando la mínima huella posible y se puede crear otro modelo de alimentación en el que la muerte forzosa pierde su argumentario.

A nivel social y económico su importancia no es menor. Sobre todo si hablamos de su dimensión revolucionaria. La tierra, para empezar, es un olvidado medio de producción. Cuando hablamos de «tomar los medios de producción» nos imaginamos a un grupo de obreros urbanos ocupando una fábrica; rara vez pensamos en un grupo de agricultores tomando la tierra. No obstante, es un medio de producción en toda regla que, parcelado y acaparado por la propiedad privada, puede expropiarse de forma directa y hacerse producir de la misma manera. Su ocupación supone garantizarse un abastecimiento de alimento de forma continua, soberanía alimentaria más allá de la propaganda, autogestión sin retórica. Si se ocupa atentando contra la propiedad privada, el acto desafía la ley y la ilógica de la dominación capitalista, y supone una declaración de principios y, si se hace bien, de guerra. Si es parte de un proyecto más ambicioso, en el que se pretende ocupar gran parte de las tierras abandonadas y en desuso de los grandes latifundistas o de titularidad pública de una zona o región concreta, estamos hablando de una expropiación y una socialización masiva, y de una estrategia profunda, rigurosa y grave: la gestión colectiva de la tierra por parte de quienes la trabajan.

Sin embargo, esa es la parte ideal, lo que debería buscarse, la meta cuando todo sale según lo previsto. Pero la realidad de los proyectos de ocupación agrícola suele ser distinta, y tiende a enfrentarse a unos límites, personales, ideológicos y estraté-

gicos, que se deben abordar desde la óptica de la experiencia y no desde la exégesis de los manuales tipo «haga su propia revolución en casa».

La introducción de la permacultura, la idea de trabajar la tierra de forma no agresiva, sin químicos ni contaminantes, demuestra el inicio de cierta revolución individual. El descubrir métodos como el propuesto por Masanobu Fukuoka, donde esta cultura no invasiva, de «no hacer» y «dejar crecer», se mezcla con el respeto a la vida tan en consonancia con el anti-especismo, sigue la misma línea de autodesarrollo. Empero, es duro decir que con esto no basta. Los huertos urbanos basados en estas premisas abundan, y sin embargo, a rasgos generales, el sistema permanece inalterable. La revolución individual debería tender a ser expansiva, a socializarse, pero suele producirse de forma concéntrica, como un acto cerrado sobre sí mismo. El perfeccionamiento personal es útil, pero es inofensivo si solo busca una forma de autoafirmarse, o incluso de proporcionarse éticamente el propio alimento sin aspirar a ser un modelo funcional que se haga extensible a los demás. Un huerto urbano para una élite de ociosos privilegiados es inútil si miles de hambrientos tienen que pelear por la carroña que hay en los contenedores.

El gran problema de los proyectos de ocupación agrícola actuales es ese: tienden a solucionar los propios problemas, alimentarios e ideológicos, ignorando si el resto del mundo se mata a dentelladas. Esto no nace de un individualismo consciente, sino de una anestesia general: la idea de que mientras a ti te vaya bien la suerte de los demás no te incumbe. Solemos entender este concepto cuando se aplica a lo económico, pero raramente lo usamos para interpretar los efectos que la desigualdad económica causa a niveles ideológicos. Censuramos la moral ajena, sin pensar que la moral puede pasar a ser secundaria cuando se tiene el estómago vacío y sin cuestionarnos si a

lo mejor esa moral de la que estamos tan orgullosos la tenemos porque hemos comprado el tiempo necesario para adquirirla.

Concretando, el carácter del proyecto debe determinarse, con total honestidad, antes incluso de iniciar la ocupación de tierras. Si está dirigido a satisfacer el propio ego, a calmar el aburrimiento de personas de clase media y a ofrecer un superávit a unas despensas que no necesitan ser llenadas, debe dejarse claro, aunque hiera la propia piel. Si su aspiración tiene un carácter masivo y revolucionario, si trata de responder a las necesidades más apremiantes, también debe definirse antes de dar la primera palada de tierra y, sobre todo y lo más difícil, debe mantenerse cuando el proyecto se formalice y progrese.

Mirar que el proyecto coincida en su desarrollo con la meta final, debe ser una constante. El primer proyecto de ocupación rural de la FAGC se originó con este planteamiento, y así se aprobó en asamblea de forma unánime, pero todo cambió cuando se llevó a la práctica y empezaron a brotar las hortalizas. Los mismos compañeros que aceptaron que el proyecto iba dirigido a los hambrientos y que debía expandirse, decidieron que era mejor reservarlo para ellos, aunque tuvieran sus necesidades cubiertas, en cuanto el terreno empezó a dar sus primeros frutos.

En el pasado me mostré más duro e intransigente con ellos de lo que me mostraría ahora, pero sigo creyendo que un proyecto cerrado y autoconsumista está abocado a dejar el mundo tal y como se lo encontró antes de iniciarse.

Los ayuntamientos (o incluso entidades bancarias) entregan cada vez con más liberalidad pequeñas porciones de tierra en solares públicos para que la gente cultive. ¿No nos hace esto sospechar nada? Esos huertos urbanos, más abundantes cada día, son promocionados por las instituciones porque saben que no suponen ningún problema para ellas. Si fueran una amenaza estarían prohibidas, tal y como lo están las ocupaciones masivas de tierras abandonadas por parte de jornaleros. Esos huertos administrativamente tutelados forman parte de la ló-

gica capitalista de ahorrar y sacar provecho y de la estatal de depender de la administración; no de la revolucionaria que parte de la autosuficiencia, el apoyo mutuo y la vulneración de las leyes. Si se incentivan no es por casualidad: cuanto más dependas del Estado menos peligroso eres, menos buscarás otra forma de proporcionarte alimento y menos necesidad tendrás de recurrir a la expropiación.

Pero hay más. Cultivar requiere conocimientos previos y dedicación, sobre todo inicialmente. La primera etapa es durísima, y después requiere de un mantenimiento constante, regando y solventando imprevistos. Un colectivo revolucionario dedicado a la ocupación agrícola en exclusiva puede quedar absorbido aun cuando pudiera aspirar a llegar más allá. También lo percibimos en la FAGC. El hostigamiento y las multas cesaban cuanto más tiempo pasábamos en el terreno. Para el Estado debe ser muy tentador que los «peligrosos anarquistas» gasten todo su tiempo en remover la tierra y se conviertan en inofensivos agricultores sepultados en el esfuerzo de sacar adelante la próxima cosecha.

Para que esto no pase, los proyectos de ocupación agrícola deben intentar ser una amenaza en sí mismos. Lo primero es intentar implicar a la gente de a pie, fuera del limitado círculo del colectivo. Un pequeño huerto de autoconsumo para ideologizados no es un peligro; la ocupación masiva de un gran terreno por parte de parados y famélicos sí lo es.

La labor del colectivo anarquista (igual que en el tema habitacional) puede ser iniciar el proyecto, pero no llevar todo el peso del mismo, ni coparlo, ni dedicar el 100% de su actividad a la siembra. Eso haría del proyecto la única meta, absorbería todo el potencial de los participantes y los incapacitaría para ampliar objetivos. El colectivo debe iniciar proyectos, de forma viral, pero una vez están asentados, es la gente ajena al colectivo la que debe implicarse en continuar y perpetuar la ocupación.

Es cierto que la ampliación de un proyecto así, introduciendo a gente unida por la necesidad y no por afinidad ideológica, conlleva nuevos retos. Los mismos compas de la FAGC con los que discutía por su oposición a compartir el excedente, sí tenían razón cuando dudaban de que la participación de gente no anarquista implicara intrínsecamente un valor revolucionario. Yo pequé entonces de ingenuo e idealista. Nosotros, la gente real, la de la calle, no debemos ser demonizados, pero tampoco idealizados. Las personas sin banderas ni ideologías definidas, pueden ser también las que traten de desvirtuar el proyecto y reducirlo a una actividad mercantil o a un pequeño huerto municipal. Ese riesgo hay que asumirlo. Pero la labor del colectivo no es sólo iniciar el proyecto, sino intentar radicalizarlo y llevarlo más lejos.

Cuando se pasa de la teoría a la acción el objetivo suele ser aumentar la productividad y eficiencia, lo cual es importante, pero al final, centrados solo en eso, nos vemos incapaces de reducir la ocupación a su condición de medio revolucionario y la convertimos en el propio objetivo (la cosecha, el terreno, el símbolo físico). No es raro que en ese ambiente, tanto entre militantes politizados como entre personas sin politizar, surjan los primeros tics capitalistas, sobre todo si el terreno empieza a ser fructífero. Es fácil que los progresos y la consolidación cambien los objetivos de la gente y sus intereses. Si unos al principio querían cambiar el mundo, hoy solo quieren conservar su huerto; si otros querían garantizarse tres comidas al día, ahora solo quieren ganar dinero. He participado en huertos expropiados donde el espíritu inicial de colaboración y solidaridad iba mutando, según el huerto crecía, por el de competencia e interés monetario. Proyectos donde nos donaban las semillas los agricultores cercanos, donde el agua estaba expropiada y donde el costo de lo cultivado, más allá del sudor, era económicamente cero, que daban origen a ideas cada vez más ambiciosas que acababan cristalizando en crear competitivas coope-

rativas de producción y distribución desde las que poder vender hortalizas ecológicas a precios hinchados sólo accesibles para una élite. Muchos nos descolgamos en cuanto vimos la deriva y otros siguieron con su aventura empresarial. Estos proyectos, vendiendo capitalistamente a 100 lo que socialmente se había ocupado a coste cero, pudieron durar, tanto como el mercado les permitió, pero jamás incidieron en su entorno ni produjeron cambio político o social alguno, más allá del impacto anímico e ideológico que causó en sus asociados.

Detectados los peligros a sortear, debemos concluir que parte del esfuerzo por ser productivos debe redirigirse, porcentualmente, a que lo cosechado sea un ejemplo de capacidad, pero también una demostración de fuerza, un peligro para el Sistema. Un ejemplo de que se puede vivir sin ser excretados por el capitalismo, de que la vida no se mide en números y papel, de que la eficiencia no se cuantifica en dinero sino en calorías consumidas. Un ejemplo de lo que hace la fuerza de trabajo conjunta, la cooperación, la colaboración y la audacia de la necesidad. Pero también una demostración de que la gestión de la tierra de forma directa por parte de los trabajadores es posible, y que sólo será eficaz cuando entendamos que la propiedad privada es un espantajo que debe ser pisoteado y meado. Para ello, debemos tratar de buscar el conflicto con la administración o con los caciques o aguatenientes locales (dependiendo de quién tenga la titularidad del terreno o de los suministros utilizados). Debemos aspirar a que una ocupación sea sucedida por otra, a que, una vez aseguradas, se hagan públicas y se vea el ejemplo de un pueblo hambriento y capaz puesto en marcha. Debemos intentar que el Estado se sienta amenazado, que los propietarios sientan que pierden lo que injustamente han acaparado, y tener preparada la red de solidaridad y contraataque que dé respuesta a la reacción represiva.

Solemos ocupar tierra intentando no llamar la atención, de forma inofensiva. Tratando si es posible de regularizar la situa-

ción legal cuanto antes. La forma discreta está bien en una etapa experimental o si el objetivo principal es obtener la primera cosecha. Pero el Sistema nos dejará hacer, satisfecho, mientras no nos salgamos de nuestra fanegada de tierra. La cosa no es rehuir el conflicto sino buscarlo, ocupar donde due-la, donde se haga daño y pueda articularse un discurso y una narrativa que llegue a la gente. En zonas de secano, donde el agua es un bien escaso, nada mejor que ocupar a golpe de sa-cho un campo de golf. En zonas donde los solares públicos se reservan para especular con párquines o bulevares innecesarios, o donde terratenientes y latifundistas se han hecho con grandes porciones de terrenos que luego dejan morir, el objetivo nos lo marca la lógica y el sentido de justicia popular. Es ahí donde hay que morder, donde se puede pulsar el apoyo de la gente y su capacidad de solidarizarse, o al menos la de compartir con nosotros el desprecio a los mismos adversarios. La clave es sencilla: ocupar la tierra como una forma de ataque a la propiedad, y no como una forma de defenderse de ella.

Esta capacidad ofensiva y de aspiración masiva es lo que separa a un proyecto que sólo busca un ocio digno (que no es poco) del que busca una vida digna a través de medios revolucionarios. Y es que debemos concluir, haciendo un necesario ejercicio de honestidad colectiva, que los proyectos revolucionarios, si están lejos de la capacidad práctica de hacer cotidiano lo extraordinario, de hacer de la dignidad el eje que articula su praxis y de dar respuesta a las necesidades reales de la gente, son sólo palabrería.

Ruymán Rodríguez

La madurez militante

(2016)

HEMOS DE ACEPTAR que actualmente existe un divorcio entre el anarquismo y el resto de la población. Cuando se plantea abiertamente esta circunstancia la mayoría de anarquistas suelen afrontarla con tres actitudes que considero igualmente erróneas: negación, aceptación orgullosa y desesperación por enmendarlo a cualquier precio.

La negación es fácilmente identificable y sin embargo es uno de los aspectos que menos nos cuestionamos. Es incómodo sonreír y no tener los dientes tan limpios como se esperaba. La negación parte de una concepción pueril y dogmática del anarquismo que podríamos resumir así: el anarquismo es una idea superior; sus adeptos, superhombres o supermujeres; la Anarquía (como concepto abstracto) sustituye a Dios. ¿División entre el pueblo y el anarquismo? Gilipollices. El anarquismo es lo mejor, insuperable, incuestionable, incriticable; el pueblo es anarquista, sólo que no lo sabe ¡hay que despertarlo!; siendo los mejores y moralmente superiores al resto, nos toca iluminar al pueblo; nuestro descrédito actual se debe exclusivamente a la manipulación mediática y al tándem Estado/Capital; no tenemos ninguna responsabilidad; volveremos a ser grandes; la revolución está cerca; vamos a nuestros locales a regodearnos con esta idea.

Este pensamiento lo relaciono con nuestra infancia militante. Es lo que sucede cuando uno se entusiasma con algo de forma ciega, acrítica, cuando nos gusta sentirnos pertenecientes a un grupo por la propia idea de pertenencia (identitarismo social), pero sin necesidad de trabajar por un objetivo concre-

to. Es la mentalidad infantil del *groupie* o del hincha de fútbol; su ídolo o su equipo son intocables, matarían por él, pero todo ese fanatismo lo concentran en un objeto superior y por ello ajeno a ellos mismos. Esta idea, ingenua pero tremendamente autodestructiva, no acepta ni admite el autoanálisis ni la auto-crítica necesaria para detectar fallos, implementar estrategias y hacer que los objetivos anarquistas puedan dotarse de realidad a corto plazo. Ha sustituido la militancia real por las consignas, la simbología, los mitos y el folclore. Su campo de trabajo es la nostalgia y la escolástica; construir la revolución hoy, día a día, destruiría su idealización de un movimiento y un pasado.

Tenemos después la aceptación orgullosa ante esa separación con la gente de a pie. Puede que esta actitud sea el resultado de una salida traumática de la anterior etapa, de un choque con la realidad; puede también que sea el fruto de un contacto poco satisfactorio con los demás. Este período de descreimiento y hostilidad hacia el resto, de encerrarse altivamente en uno mismo, lo asocio con la etapa adolescente de nuestra militancia. Esta actitud, entendible en un principio, poco a poco tiende a degenerar en la más abyecta autocomplacencia.

Como anarquistas es lógico sentir aversión hacia a lo que nos rodea, no sentirse identificados con la sociedad que nos ha tocado, sentirse distanciados de sus usos y costumbres, humillantes y opresivos. Pero la cuestión es si esta distancia la sentimos hacia la opresión o hacia los oprimidos. Hay gente muy orgullosa de su anarquismo, tanto que lo considera un artilugio exquisito y complicado, de uso restringido, no apto para ineptos. Creen situarse con Albert Libertad en su oposición a los pastores y a los rebaños, pero sólo odian a los rebaños, y del rebaño, a las ovejas más raquílicas y tullidas. Buscan grados de perfección, encerrados en herméticos círculos de retroalimentación, y todo lo que suene a popular, inculto, sucio, pobre, «lumpen», les da alergia. Como los anteriores, pero en este caso con desprecio hacia la «gente normal», no quieren mez-

clarse con nada que no huela a ideología, porque cualquier contacto con la realidad rompería su perfecto concepto de una idea de invernadero, protegida de la luz y el aire tras un cristal. No pueden enfrentarse a la contradicción, al error, al fracaso. No sienten empatía, y su anarquismo es un monstruo cerebral pero sin corazón ni entrañas. Piensan en sí mismos en clave anarquista, y le ponen al término bonitos apellidos, pero son tristes aristócratas. Pueden sentirse amparados por Stirner, Zo d'Axa o La Boétie y su férula contra la servidumbre voluntaria, pero la verdad es que siguen ciegamente a Nietzsche, Sade o Spencer en el desprecio hacia el esclavo, recitando aquello de «que los pobres y débiles perezcan, primer principio de nuestro amor a los hombres. Y que se les ayude a morir»³⁷. Sienten por la «plebe» lo mismo que el marqués o el empresario, pero lo disimulan tras la bandera negra y la jerga intelectual robada de la última novedad editorial. Ya lo decía Augustin Hamon: «contemplan al pueblo desde las serenas alturas donde moran y que la vil multitud jamás alcanzará. Se creen y se llaman a sí mismos superiores a la raza humana. Son libertarios... para ellos y autoritarios para los demás»³⁸. Son el paso previo a una senectud amargada, incapaz de establecer contacto con la realidad, con sus actores, con la gente de carne y hueso; incapaces de contactar con la vida al fin. En su mente todo es perfecto, ¿por qué exiliarse de ella y salir a la calle? No moverse, quedarse quieto, ese es el secreto de la perfección; si no te mueves no hay margen de error. Quizás no sean felices, pero lo encubren tras una terrible sensación de superioridad que les hace sentirse orgullosos de no querer saber nada de los problemas de los demás; problemas que quizás, sin darse cuenta, puedan ser los suyos mismos.

Finalmente tenemos la desesperación, aunque desapasionada, por corregir esta situación. Quizás se provenga de las dos

³⁷ Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, 1888.

³⁸ Augustin Hamon, *Psicología del Socialista-Anarquista*, 1895

anteriores etapas, se esté cansado y ahído de tanto tiempo perdido. Se ha crecido, emocional y biológicamente, y las malas experiencias, tanto con la irreflexión folclórica como con el esnobismo, ha llevado a tirar mucho equipaje ideológico, a aborrecer tanto purismo anarquista y a querer implicarse justo en lo que se cree lo contrario a lo que los anteriores defienden. Se busca seriedad, romper con los clichés, pero se tiene ya poca energía para crear nada nuevo y trazar la propia vía. Es lo que identifico como la vejez del anarquismo.

En esta etapa, por simple oposición, por agotamiento y renuncia, se traspasan todas las líneas rojas que uno mismo se había fijado para no parecerse a ese poder al que tanto se despreciaba, se acaba confundiendo la tolerancia con la renuncia, y se acaba apoyando la vía institucional o partidista. Es el momento en el que para centrarse se acaba en realidad desorientado, sin norte. Ya no se ve mal contemporizar con los partidos, cualquier aversión hacia ellos parece un prurito dogmático. Colaborar con lo institucional, votar, pierde su importancia; cualquier oposición a esto es una reminiscencia de estrechez tribal. Se cree que para aproximarse al pueblo hay que dejar de mostrar oposición a los mismos elementos que lo han despojado y destrozado, contemporizar con quienes lo saquean o manipulan. Al final, los militantes que han caído en la decrepitud, que no han sabido hacerse mayores de forma natural, defienden algo que no conserva ningún rasgo diferenciador con respecto a cualquier otra idea o práctica, nada que lo singularice lo suficiente de lo que predicen los partidos o los sindicatos amarillos como para llamarlo anarquismo. Conservan el nombre por inercia, por rutina, porque son muchos años portándolo y el resto del espectro político está copado. La realidad es que se ha perdido cualquier atisbo de rebeldía, de oposición a la ley, de carácter revolucionario; ya sólo interesa la parcialidad como meta, la concertación como fin, el mínimo como máximo. Se habla de comunismo libertario, pero tal y como los

religiosos hablaban de la tierra prometida: una promesa de futuro que no llegaremos a ver. No queda nada transformador. Todo se ha perdido, salvo el nombre.

A estas etapas pienso honestamente que hay que contraponerle la simple y llana madurez³⁹. Hay momentos en los que comprendes que no necesitas la mitología para realizarte, ni la identidad grupal; que los tiempos de ritos iniciáticos han pasado; y que parecerse a quienes nos degradan y postergan, hacer las paces con ellos, no es un signo de amplitud de miras sino de rendición incondicional.

Podemos acercarnos al pueblo sin idealizarlo. Si se toma partido por su causa no es por sus cualidades y virtudes, sino porque en esta guerra son los damnificados, los que van perdiendo. Cuando intervenimos en una pelea no nos paramos a pensar si la víctima agredida le da un beso a sus hijos antes de acostarse o si respeta la vida de los animales; intervenimos aunque a lo mejor estamos ayudando a alguien que no es mejor que su agresor. No hace falta idealizar al que se lleva la peor parte para tomar partido. Cuando hablamos de las civilizaciones precolombinas, ¿necesitamos idealizarlas, mostrarlas libres de jerarquía, propiedad e injusticias para condenar y oponernos a la masacre que padecieron? No es necesario. Se puede uno acercar al pueblo aceptando sus fallos y contradicciones. Son muchos años de condicionamiento, de domesticación, no podemos pretender romper millones de cadenas mentales de un solo golpe. ¿Qué somos sino nosotros mismos? Parte de ese pueblo: una parte igual de sucia, de fea, de maloliente, con sus mismas mezquindades, prejuicios y estrecheces. Hemos de mirarnos al espejo, ver qué éramos antes de creer que habíamos aprendido cómo funciona el mundo, y cómo seguimos siendo

³⁹ Advierto que no se debe confundir mi analogía con la edad cronológica. Hay militantes eternamente infantiles o adolescentes, otros que ya nacieron en la vejez y algunos que con independencia de su edad representan esa madurez de la que hablo.

en la intimidad y sin auditorio. Una parte, sin embargo, que pudo darse cuenta de su situación siguiendo un proceso que a nadie le está vedado, aunque se produzca de distintas formas.

Hemos de acercarnos a la gente a cara descubierta, sin renegar de lo que somos, con nuestros bártulos y herramientas, pero no para guiarla, sino para construir con ella. Basta de pensar que sólo podemos acercarnos a la gente a través de la caridad y el asistencialismo, de pensar que nos odian sólo por desconocimiento cuando a veces es porque nos conocen demasiado bien. Nos gusta hablar de quebrar la ley en lo teórico, incluso de participar en un acto catártico durante una manifestación, pero no somos conscientes de que se puede romper esa misma ley a favor de los intereses del pueblo y no contra los mismos. Cuando se okupa y se comparte, cuando se expropia y se socializa, cuando se para un desahucio a través de un piquete, la ley queda rota y la gente se siente identificada con los que la han hecho añicos. Cuando salimos de nuestro ambiente, de nuestra zona de confort, surgen las contradicciones, pero también la única oportunidad de enfrentarnos a ellas y rebasarlas. Cuando analizamos la insolvencia y en vez de contemplarla resignados nos planteamos organizarla, plantearla no como una fatalidad sino como un desafío, podemos estar en disposición de crear sindicatos de inquilinos, organizaciones de deudores, de insolventes. Plantearnos como parte de un programa a largo plazo metas como las fijadas por la Comuna de París en 1871: liquidación de alquileres y cancelación de las deudas. E ir construyendo esto a base de efectividad, con acciones concertadas de impago. Convertir lo que va a pasar contra nuestra voluntad en un acto voluntario; lo que es una tragedia personal en un acto de resistencia colectivo con contenido político reivindicativo. Pasar a la acción.

Propuestas como estas, y muchas otras, más imaginativas y mejor planteadas seguramente, están ahí, en la calle, esperándonos. Los barrios, duros, cargados de códigos, de capitalismo

desnudo, sin pretextos intelectuales, y en los que diariamente la solidaridad se da de hostias con la crueldad, requieren mucho trabajo de campo. La etapa madura de la militancia pasa por darse cuenta de lo que no se quiere ser, pero también por asumir que a veces hay que trabajar donde nadie más quiere, donde la situación no es cómoda; pasa por asumir lo desagradable como parte de nuestra vida, pues esa es la única forma de poder cambiarlo. Consiste en dejar los manuales a un lado y experimentar por uno mismo. Consiste en no resignarse, ni con la injusticia, ni con la revolución de papel, ni con el pacto como antídoto de la subversión. Consiste en contemplarse al espejo con toda la aplastante sinceridad del reflejo, sin quitar la vista de los defectos, de las flacideces, de las cicatrices, sin ocultar lo que se es, viendo también las virtudes y potenciándolas, sacando partido de nuestra osadía, de que no han podido corrompernos, de que no estamos en el ajo y tampoco podemos seguir al margen. Consiste, simplemente, en tener una mirada muy limpia y unas uñas muy sucias.

Ruymán Rodríguez

Estampas de miseria

(2017)

HE COMENTADO ALGUNA VEZ que el activismo social, la militancia o como se le quiera llamar, ha tratado de cuestionar (con mayor o menor eficacia) muchos de los privilegios del hombre blanco occidental. Sin embargo, y por paradójico que parezca, no ha sabido cuestionar el privilegio de clase. Se usan categorías decimonónicas para hablar de la clase obrera y posicionarse de su lado, pero no se ha querido profundizar más allá de llamar burgués a todo lo que suena «anti-obrero». El fenómeno del supuesto «aliado feminista», que habla de lo que desconoce y eclipsa a las responsables de su propia emancipación, se da también cuando hablamos de pobreza.

Sé que puede sonar precisamente «burgués», posmoderno, cínico, afirmar que mucha literatura sobre las clases está hoy obsoleta, pero no me baso en sesudos análisis académicos ni lecturas de filósofos decadentes, me fundamento en mis vivencias diarias y en lo que veo cuando milito y doy una vuelta por el barrio.

A mí me es fácil hablar de opresores y oprimidos, por muy simplista que parezca. Sin embargo, no siempre puedes ubicar a la gente real en los compartimentos estanco en los que hemos convertido las categorías sociales. El vecino que trapichea por la tarde, trabaja por la mañana de reponedor en un «24 horas» y tiene heredado un trozo de tierra donde pone a trabajar a migrantes por una miseria los fines de semana, no encaja en las definiciones de los libros de texto. Puedo entender que en algunos ámbitos de su vida es oprimido y en otros oprime;

que a veces es «lumpen», otras obrero y otras explotador; pero ni el lenguaje del interclasismo laxo que se vende desde la mentalidad del «emprendedor» ni el rígido dogma académico sobre las clases sociales arquetípicas me parecen definirlo. Al final, visto el mundo desde el laboratorio, nos alejamos de los sujetos reales, de su verdad, con sus mezquindades y virtudes. Pasa con el pobre, con la mujer y con el extranjero. Cosificados para ser cómodamente entendidos por los que nos han hecho creer que hay un estándar humano.

Personalmente, como autodidacta sin títulos, como pobre que escribe desde la pobreza, me siento muy maltratado por el análisis social que los ideologizados lanzan sobre la miseria. No me ofende porque he renunciado a cualquier patriotismo, también al de mi extracción social, pero eso no evita que detecte lo sesgado de los planteamientos lanzados por la izquierda en general sobre quienes no tenemos estabilidad económica.

La cuestión se aborda desde dos polos: la idealización o la demonización. Dos ópticas de un mismo clasismo, de un mismo burguesismo ideológico.

La idealización tiende a aplicar el «mito del buen salvaje» al fenotipo del «buen pobre», con todos los tintes del infantilismo rousseauiano. Esta visión, cargada de prejuicios, lanzada desde la distancia y el desconocimiento, reduce a las personas que carecemos de recursos a ser unos eternos menores de edad, ingenuos e inmaduros. Somos «negritos», «gitanitos» y «pobrecitos». La etapa adulta es cosa de blancos con buenos sueldos. Como en esas ficciones de Hollywood donde, para supuestamente huir del racismo o la homofobia, se convierte a homosexuales, afroamericanos o nativos en seres artificiales, en recursos cómicos sin individualidad, incapaces de tener cambios de humor, tomar la iniciativa, ser introvertidos, intelectualmente perversos, etc. La normalidad, que entraña la capacidad de acceder a las mejores y peores cualidades humanas, no es para nosotros. Esto no es una discriminación positi-

va; es una discriminación sin más. En el caso de las personas pobres, quedamos limitadas a un estereotipo, sin margen para la autonomía, para decidir por nosotros mismos, para equivocarnos, para poder desarrollar nuestras vidas sin la guía de nadie y sin ser el sujeto de estudio de ninguna ideología. De ahí nace la frivolidad, la que hace que los embarazos no deseados de adolescentes en los barrios no sean un problema que abordar desde el feminismo y la natalidad consciente, sino un recurso de red social o un chiste televisivo. Se cogen los formalismos, los fetiches estéticos, y se convierten en productos que los pijos pueden comprar para tener su porción de «autenticidad». Lejos de analizar y condenar la invasividad capitalista, se explota y se convierte en espectáculo. Los uniformes que nos imponen desde arriba, desde sus centros comerciales, sus músicas y sus televisiones, pasan a ser parte de una identidad artificial a reproducir y no de la alienación a la que también los ricos están sometidos pero sin miedo a ser cosificados. El leopardo, el aro, el chándal, el tatuaje o el corte de pelo, son carne de *selfie* para niños burgueses aburridos, productos que poder adquirir cuando se quiere jugar a ser pobre. Vistas así las personas, minimizadas como una plástica, no sufren, ni padecen, ni mueren de hambre, ni de frío, ni son morosas, ni desahuciadas, ni viven en chabolas, ni son violadas, ni encarceladas, ni aguantan sin agua y sin luz. Se limitan a hacer de extras en videoclips.

Esta frivolidad es la que convierte al obrero en un buenazo corpulento y tontorrón; al indigente en un espíritu silvestre, loco e inocente; a los chicos del polígono en bandas *cool* de malotes romantizados. Yo, que provengo de ahí, del curro, del banco del parque y del barrio, lo tomo como un insulto lanzado como un cubo de agua sucia con lejía desde una ventana.

La idealización es desnaturalización. Es simpatía hacia una elaboración imaginaria y desprecio hacia la realidad.

Por el otro lado está la demonización. Es lo que pasa cuando el clasismo no teme reconocer abiertamente que lo es. Aquí es cuando la militancia orgullosa de ser de clase media analiza a los más pobres como el médico hace con las enfermedades: somos un mal a erradicar.

Inútiles, destructivos por sistema, más capitalistas que el mayor de los empresarios, imposibilitados para desarrollar una conciencia propia o «de clase», inconscientes, cómplices, necesitados de un adoctrinamiento ideológico y una dirección fuerte que nos encamine hacia la «libertad». Así nos ven. Necesitamos que nos «despierten» porque, al parecer, estamos dormidos y sólo los que provienen de profesiones liberales y tienen una nómina regular saben lo que nos conviene.

No somos solidarios, ni nos preocupa el mundo, ni nuestros semejantes. Tribales, aldeanos, cerriles, vivimos sin más horizonte que nuestros barrios, que deberían ser gestionados desde las universidades por gente que nunca los ha pisado. Hedonistas y superficiales, no lloramos ni sentimos. En nuestra delincuencia no hay conflicto social, sólo egoísmo. Parásitos de la administración y del papá Estado. Sabandijas a domesticar.

Pues bien, toda esta sarta de prejuicios, adornados por el desprecio (hablo de desprecio y no de odio porque ya decía Mella que este último se da entre iguales)⁴⁰, nos la escupen a la cara personas vestidas con todos los colores de la izquierda, cargadas de banderas y llenas de mierda. Desde el marxismo hasta cierto espectro del anarquismo que renuncia a sus presupuestos básicos, sea con un libro de Adorno bajo el brazo o con un fanzine sobre compostaje en la mano, muchos creen que somos seres inferiores que necesitan ser iluminados. Es

⁴⁰ «Entre el odio y el desprecio preferimos el odio; lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual a igual; el desprecio, un sentimiento de superior e inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunde, anonada» (Ricardo Mella, «La hipóbole intelectualista. Obreros intelectuales y obreros manuales», en *Natura*, octubre de 1903).

una forma de jerarquía cargada de ideología, pero tan fuertemente social y económica como la capitalista.

En mis viajes por la península, de una parte a otra del Estado, no son pocos los ambientes (por suerte, y es obligatorio aclararlo, no todos) donde he encontrado esos prejuicios más o menos velados. Si pregunto por los barrios pobres y por qué no hay un trabajo de base en ellos, me dicen: «¿qué quieres, que nos metamos en los barrios de los gitanos?»; «esa zona está llena de putas y yonkis, ahí no se puede trabajar»; «¿para qué quieren los mendigos y los chorizos un sindicato?, ¿para tener donde vagar?». Esto es lenguaje textual desde las tripas de la «vanguardia revolucionaria».

Ese clasismo, que nos encierra en la jaula de lo fabricado por cerebros bien nutridos e hidratados que no saben lo que es el hambre ni la insolvencia, abunda en los movimientos sociales, propagándose en cuanto dicen, escriben o hacen, como una enfermedad venérea.

Yo, aun sabiendo lo que es la miseria, también creía en las categorías mentales cerradas. Cuando eres niño aprendes a que la insolvencia te dé vergüenza. Te educan con una televisión donde el estándar en dibujos, series y películas es la clase media pudiente, donde las mesas del desayuno parecen el expositor de un supermercado y todos van impecablemente vestidos. Eso es lo «normal», lo que tú crees ser, con lo que te identificas aunque no tengas nada. Pero si un profesor entra en clase y delante del resto de alumnos te dice que pases por secretaría a recoger unos libros que han donado para los niños pobres como tú, no tardas mucho en aprender, a base de insultos y peleas, el humillante significado que encierra eso de ser pobre. Cuando tienes que hacer los deberes antes de que se haga de noche, porque tienes por delante un mes con la luz cortada y sin velas, la lección sobre desigualdad sigue redundando. Después creces unos años y te vas formando, y entonces puede ser tentador creer que los pobres son «la clase elegi-

da que heredará la tierra» y cantar orgulloso el ridículo «Vals del obrero». Caes en la idealización. Pero aún no has crecido lo suficiente. Toca confrontar con otras realidades. Y advierto que el aterrizaje nunca es sencillo.

Implicado a tiempo completo en la militancia social, las idealizaciones y los prejuicios, positivos o negativos, se rompen.

Puedes fantasear con los roles, encumbrarlos o sentir rechazo hacia ellos, pero el contacto real no soporta nuestros ejercicios de odio irracional o de ingenuidad patológica. Lo que yo he visto de la pobreza y la miseria, toda esa mezcla de subalternidades, renunciadas y humillaciones entrelazadas, ya no me permite abordar el tema en términos generales. Ha de vivirse tocando lo concreto, la experiencia individual, pero profundamente interrelacionada con el medio, que se da en cada caso. Podemos tomar lo que voy a contar como «escenas lumpen», pero la realidad es que son estampas de miseria, episodios sociales que afectan a quienes nacieron pobres y también a los que una cotización temprana hizo creer que nunca entrarían en las fronteras de la insolvencia.

Por las redes sociales, las compañeras de la FAGC han contado los casos de botulismo de algunas personas a las que hemos realojado, provocado por comer latas caducadas recogidas de la basura. También el caso de una mujer a la que se le caían los dientes por culpa de una enfermedad que creíamos decimonónica como el escorbuto, pues con cerca de 30 años no comía verduras ni frutas frescas desde 2005 y su organismo carecía de vitamina C. Yo mismo he hablado de vecinas y vecinos que llevaban décadas sin acceder al agua corriente y la luz eléctrica hasta que contactaron con la FAGC. Sin embargo, hemos visto cosas aún más duras, en las que de poco sirvió nuestra ayuda, y que son difíciles de verbalizar. Un corolario de miserias que del hambre y la deshidratación derivan en la adicción y la locura, y de ahí a la miseria cultural, sabiamente

impuesta desde arriba para generar dependencia y autodeprecación, para resignarnos al abuso y la brutalidad.

He conocido personas sin hogar que querían matarse bebiendo, suicidarse lentamente ingiriendo alcohol de noventa grados y cualquier cosa que las inhibiera de la realidad y las dañara. Ojos amarillos en caras amarillas con hígados secos que no sobrevivirán a los 40 años. He visto a obreros hábiles y resolutivos ir apagándose por el consumo de «boliche» (crack), cada día más delgados y desesperados, perdiendo lo poco que tenían hasta quedarse literalmente descalzos, con los nervios marcados en la piel. He visto personas lúcidas, intelectualmente brillantes, cuyo consejo yo solicitaba, ir apagándose poco a poco, a golpe de pastillas y mierdas varias, que hacían más llevadera su situación de desempleo o abandono y que, poco a poco, iban oscureciendo su mente hasta convertirlas en autómatas cacofónicos. Los he visto un día llevando la iniciativa en una asamblea y, a los pocos meses, haciendo flexiones en la calle entre un coro de risas a cambio de cincuenta céntimos. No caben aquí las fábulas románticas sobre los «paraísos artificiales» de los poetas malditos, porque aquí no hay un cómodo camino de vuelta que desandar cuando el viaje se tuerce.

He visto niños alimentados exclusivamente, desde bebés hasta que pueden acceder a la beca del comedor del colegio, con harina guisada en agua. Niños raquíuticos, con hidropesía, que caminaban con dificultad y a los que no terminaban de salirles los dientes. He visto otros malnutridos, con obesidad y anemia, por una dieta basada exclusivamente en los arroces y las pastas que reciben sus familias de los bancos de alimentos. He visto esto donde vivo, en Canarias, la que para muchos estúpidos es la frontera Sur de Europa, ignorando una miseria infantil que trasciende las estadísticas.

He colaborado con familias que sentían un odio feroz a los hippies y a todo lo que tuviera apariencia «alternativa», y no era un odio atávico basado en prejuicios ni nada por el estilo.

Los odiaban porque éstos «reciclaban» la comida de los contenedores de basura que aquéllas necesitaban para no morir de inanición. Conocí a una compañera que vivía en la calle y sabía abrir cerraduras perfectamente, sin romperlas, porque se había acostumbrado a abrir los candados que algunos supermercados ponen a sus contenedores de basura. Nos ayudó mucho a realojar familias en su misma situación. También he visto familias perder trágicamente a algunos de sus miembros por cortar un trenzado eléctrico de aluminio sin separar los cables, empujados a la muerte por el hambre y el desconocimiento. He visto compañeros que paraban su destartelado coche en cualquier arcén o contenedor para llevarse cualquier pequeña ferralla, desde retales de alambre a las bisagras de una puerta, para ganar ocho céntimos por kilo si es hierro y un poco más si es otro metal (lo más ansiado, el cobre, no suele pasar de los tres o cuatro euros por kilo). Uno de estos chatarrereros, amigo mío, acabó dependiendo de la chatarra que podía robar para dar de comer a sus hijos y, aun en esas circunstancias, siempre se negó a desenhebrar el cobre de las viviendas particulares de los barrios obreros, pues según decía, con una fuerza que impactaba: «antes muerto que robar a un pobre». He visto esa defensa a ultranza de los principios como último salvavidas moral con la misma frecuencia con la que he visto desprenderse de todo escrúpulo por conseguir cinco euros más. Y repito que he visto todo esto en Canarias, no es literatura naturalista soviética ni francesa, ni cine social británico comprometido, ni ningún artefacto cultural que esté de moda entre la bohemia neoyorquina. Es lo que he visto a dos pasos de mi casa, sin más esfuerzo que abrocharme la chaqueta y bajar a la calle para que me salpique la miseria que nos rodea.

Y eso no ha sido lo peor. Recuerdo con especial dolor un proyecto comunitario que se fue al carajo. Lo recuerdo porque ahí vi entrelazadas muchas de las opresiones que acaban asumiéndose como cotidianas sin importar su monstruosidad.

Opresiones que consideramos propias del ambiente aunque atenten contra nuestra seguridad, vida o dignidad. Opresión de género, contra la infancia, que se retroalimenta de la capacidad comunitaria para habituarse al dolor y la miseria. Realojamos en ese proyecto a una niña de 13 años embarazada, junto a su padre y sus cuatro hermanos menores. Tardamos un tiempo en descubrir horrorizados que estaba embarazada de su propio padre. Cuando hablamos con ella para echarlo, la niña amenazó con llamar a la policía y denunciarnos. «Nadie toca a mi marido», nos dijo. Podríamos analizarlo como un caso de síndrome de Estocolmo, donde la víctima queda emocionalmente vinculada a su agresor; también como una situación donde es más fácil sobrevivir asumiendo el rol de «pareja» que el de víctima de violación; pero cuando hablamos de una situación como ésta, tratándose especialmente de una persona en formación, sólo una niña, los psicoanálisis que se lanzan desde la distancia, siempre segura y cómoda, no se dirigen al dolor de la afectada y sí a las pretensiones del observador. Después de este episodio, conmocionados aún, no había transcurrido ni un día cuando una vecina de 11 años nos dijo que el mismo hombre había intentado tocarla. Lo echamos por la fuerza, mientras su hija nos denunciaba y gritaba «mi marido es un hombre, no es de piedra», y que la culpa era de la otra niña, que era «una puta». Es terrible recordarlo, y más ir seleccionando las palabras para tener que escribirlo. En ese mismo proyecto, que apenas duró un mes (lo abandonamos, rotos y heridos de por vida, y al poco tiempo fue desalojado), se dio otro caso de intento de agresión sexual con la complicidad de la pareja del agresor. Al ser expulsado, no fueron pocos los vecinos que se pusieron de su parte, pues para ellos era «un buen hombre», «un padre de familia», y el resto «unos entrometidos», «unos buscarruinas». Visto en la distancia, podemos hablar de los tentáculos del patriarcado, el machismo y la misoginia cultural, de cómo la estructura familiar actúa como argamasa y parapeta el abuso, de

la complicidad de la comunidad, de la alienación de las víctimas, de cómo estas son introducidas en el engranaje de la opresión, de cómo todo esto pasa también en ambientes adinerados sólo que con otros códigos, pero eso no cambia el impacto psicológico que nos ocasionó y que, en ese momento, sólo sintiéramos rabia y abominación por la especie humana. Nuestra capacidad de razonar a veces es insuficiente. Sin embargo eso, y no perder también la capacidad de sentir, es lo único que arroja un poco de luz.

Hemos ocupado inmuebles de los que nos han desalojado no por la denuncia de buenos burgueses, sino por culpa de trapi-cheadores de cocaína y hachís que eran confidentes de la policía. Gente con la que a veces nos hemos enfrentado a golpes. Si, en un barrio, el chivato era un apestado, contra él se nos advertía; pero en otros, si tenía dinero y contactos, era al que había que hacer una ofrenda si queríamos ocupar. Al no hacerle su regalo, las denuncias y las navajas no tardaban en asomar. Por otra parte, en otras ocupaciones han sido los propios vecinos, menudeadores incluidos, los que han acabado con el tráfico en la calle, apaleando si era preciso a los camellos para conseguir tener un barrio limpio que no pusiera en peligro la ocupación de sus casas y también para mantener la droga lejos de sus hijos.

Conocemos a un chico de apenas 17 años que dejó de afanar y trapi- chear después de que una deuda le costara un navajazo en la barriga. Tuvo que largarse del barrio pero se recuperó. Consiguió colocarse en un taller mecánico y dice que ahora sí roba a la gente, legalmente, cobrando 60 euros por hacer un cambio de aceite y filtros. Sin embargo, ahora se le tiene por «un hombre de provecho», «un buen chico». Es la misma persona pero con un trabajo estable, una ocupación seria, y la gente le trata distinto. Ya decía Stirner que la burguesía no soporta

que no se tenga «un medio seguro de existencia»⁴¹ En breve el compa tendrá su segundo hijo y reconoce que no tiene otra aspiración en la vida que responder al rol de lo que para él es ser «un buen marido». La manía de referirse al compañero sentimental como «mi marido» y «mi mujer» la hemos visto en infinidad de parejas que, con 15 años, ya piensan en tener hijos aunque estén viviendo en un coche abandonado en un descampado. Visto desde fuera parece una irresponsabilidad, y evidentemente lo es, pero hay que analizar cuántas de esas niñas quieren ser madres para huir de una infancia que les asquea, cuántos niños quieren ser adultos para asumir una identidad social diferente, cuántos tienen como ejemplo a unos padres que «los sacaron adelante» teniendo aún menos que ellos.

No hablo de falta de responsabilidad individual, hablo de falta de elecciones verdaderamente libres, hablo de inercia, hablo de adaptarse para sobrevivir a pesar de que esto pase por adaptarse también a recibir los golpes constante del imperio, sin eufemismos democráticos, de la fuerza bruta.

He visto lo más oscuro ante la carencia de todo y, en ese mismo ambiente, donde lo lógico deberían ser los mordiscos y los tajos, he visto también ejemplos que rompen con los condicionantes del medio. Ya he puesto algunos ejemplos, pero podría dar más. He visto a un indigente dar los únicos seis euros que tenía a una madre para que llevara a su hija al hospital. He

⁴¹ «La burguesía se reconoce en su moral, estrechamente ligada a su esencia. Lo que exige, ante todo, es que se tenga una ocupación seria, una profesión honrosa, una conducta moral. El estafador, la ramera, el ladrón, el bandido y el asesino, el jugador, el bohemio, son individuos inmorales y el burgués experimenta por esas gentes sin costumbres la más viva repulsión. Lo que les falta a todos es esa especie de derecho de domicilio en la vida que da un negocio sólido: medios de existencia seguros, rentas estables, etc.; como su vida no reposa sobre una base segura, pertenecen al clan de los individuos peligrosos, al peligroso proletariado: son particulares que no ofrecen ninguna garantía y no tienen nada que perder, ni nada que arriesgar» (Max Stirner, *El Único y su propiedad*, 1844).

visto a un compañero toxicómano rodearse de niños y fabricarles una casita de juguete aguantando las punzadas del dolor. He visto a mujeres, con problemas mentales, víctimas de abusos sexuales en su infancia, implicándose en sacar adelante un huerto comunitario o un mercadillo solidario con la misma determinación con la que detenían una pelea a cuchillo entre dos machangos de una sola bofetada. He visto a los despreciados y maldecidos sumarse a unos movimientos sociales que no les miran ni a la cara y parar un desahucio de alguien a quien ni conocían. Les he visto enfrentarse a la policía para evitar que detuvieran y aporrearan a un menor en la calle, mientras los manifestantes se limitaban a gritar consignas con las manos en alto. En otras ocupaciones los he visto actuando como una sola persona, unidos y compactos, expulsando del barrio a quien había intentado agredir sexualmente a alguna de sus hijas. En mi última detención, fueron ellos quienes me apoyaban y quienes protestaban en los juzgados. Nadie los organizó, no tenían ninguna experiencia en concentraciones solidarias y, sin embargo, eran sus gritos los que yo oía desde el calabozo. Les he visto hacer de la solidaridad un principio de supervivencia y no una consigna de artículos políticos y pancartas.

Visto lo visto y vivido lo vivido, tengo que concluir que lo más sabio es prescindir de ideas preconcebidas, conocer a la gente, entender cómo el entorno trata de condicionar sus actos, no excusarlos ni idealizarlos pero tampoco prejujuzarlos, y reconocer sus victorias cuando rompen con las cadenas del ambiente.

Puede ser tentador coincidir con Marx y decir que los habitantes del planeta miseria, el «lumpenproletariado», somos «capaces tanto de las hazañas más heroicas y de los sacrificios más exaltados como del bandidaje más vil»⁴², pero para acep-

⁴² «Esta capa social es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, *gens sans feu et sans aveu* [gente sin hogar y sin credo], que difieren según el grado de cultura

tar eso habría que olvidar el desprecio clasista al lumpen que subyace en el contexto de esa afirmación (desprecio que se extiende por el grueso de su obra) y omitir que ese juicio es igualmente aplicable a los obreros convencionales, los burgueses o los nobles. Todos somos capaces de heroicidades y ruindades. Quizá la conclusión simple sea hablar de fallos y virtudes humanas, propias y comunes a todos, pero que se imponen, se siembran y crecen, con mayor o menor fertilidad, al calor y la humedad del medio. Y admitamos que, aun en el medio más desértico, la vida se abre camino contra todo pronóstico. Es la conclusión simple pero, para mí, también la más certera.

En definitiva, cuando contactas con la gente real te das cuenta de que no todo lo tangible es definible en términos de generalidad. Nuestra mente se ha acostumbrado a etiquetar, a catalogar previamente, antes incluso de tener ningún conocimiento adquirido a través de la experiencia. Nuestros procesos mentales necesitan esa sistematicidad, pero hemos de admitir que no es real. Es cómodo y fácil, pero no es real ni justo. Para analizar a quienes nos rodean necesitamos algo de conocimiento antisistemático, de conocimiento vivencial, empírico. Es jodidamente duro admitir que no puedes acercarte a una problemática social a través de ideas preconcebidas, que tienes que formar tu juicio a través del contacto personal, que no hay certidumbres. Es duro porque, cuando no puedes aplicar tus certezas previas a una cuestión, te sientes completamente perdido, desorientado, sin ninguna tabla a la que aferrarte ante la marea de sensaciones e ideas. Es incómodo no tener ninguna seguridad previa, pero completamente necesario para conocer y comprender.

de la nación a que pertenecen, pero que nunca reniegan de su carácter de *lazzaroni* [indigentes napolitanos]; en la edad juvenil, en que el Gobierno provisional los reclutaba, eran perfectamente moldeables, capaces tanto de las hazañas más heroicas y los sacrificios más exaltados como del bandidaje más vil y la más sucia venalidad» (Karl Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, 1850).

Hemos de huir del juicio moral y asumir, como Wilde, que la gente no es buena ni mala, es lo que sus actos hacen de ella⁴³. Hemos de acercarnos a las personas vivas y diseñar nuestros juicios al socaire de la proximidad. Quizás estas estampas de miseria sirvan para romper tanto las fantasías literarias dickensianas como los anatemas de los manifiestos comunistas políticos y ver, tras la sangre, la raña y la cicatriz, la realidad de una individualidad que se construye o deconstruye en tensión con su mundo.

Así, tal vez, se llegue a entender que no es posible analizar la miseria y sus consecuencias de forma realista mientras ustedes se nieguen a escuchar lo que nosotros, los miserables, tenemos que decir al respecto.

Ruymán Rodríguez

⁴³ «La moral no me ayuda. Soy antinómico por naturaleza. Soy uno de esos que están hechos para las excepciones, no para las reglas. No veo el mal en lo que hacemos sino en aquello que nuestros actos hacen de nosotros» (Oscar Wilde, *De profundis*, 1905).

Ser anarquista

(2017)

DESDE QUE ERA MUY JOVEN y empecé a contactar con otras anarquistas ajenas a mi círculo siempre me sorprendió la forma de abordar lo que podríamos llamar la «identidad anarquista». Sí, ciertamente se entiende como una identidad, cultural, filosófica, política, social. Siempre me decían, con un aire de solemnidad y mirando al horizonte con los ojos brillantes: «¿yo anarquista? Algún día me gustaría serlo. Estoy en ello». O también: «¿anarquista? Esa palabra es demasiado grande para mí. Es un proceso, lo intento». Faltaba música de violín de fondo y un manto de nieve que casi nunca cae en Canarias. Yo, a pesar de ser muy inexperto y tener la cabeza repleta de lecturas, no sabía muy bien si creérmelo.

Con el paso del tiempo no he visto que se rebaje este discurso. Convertirse en anarquista es entendido por algunas como una prueba iniciática: de capullo a ser superior. Es un proceso de años que requiere lecturas, formación, aprender códigos y mil requisitos formales. Es casi como una oposición. Opositar para anarquista, qué gran labor.

Todos habremos oído aquello de que se es anarquista 24 horas al día y cosas similares. Decía Victor Serge en sus memorias: «El anarquismo nos poseía enteros porque nos pedía todo, nos ofrecía todo. No había un rincón de la vida que no iluminase, por lo menos así nos parecía. Podía uno ser católico, protestante, liberal, radical, socialista, sindicalista incluso, sin cambiar nada en su vida, en la vida por consiguiente».

Yo también he dicho cosas similares, y aún me parecen ciertas. Pero no veo lo de ser anarquista a jornada completa como una condena, un acto de constricción que debe respetarse durmiendo y en el cuarto de baño. En parte es una actitud, una forma de relacionarte con los demás y entender la vida, y también una propuesta empírica que busca cohesión entre ideas y hechos, y esto difícilmente implica parcialidad. No podemos ser diabéticas doce horas al día, aunque reconozco que es muy ventajista compararlo con una dolencia del páncreas. Decía Paul Valéry que «toda persona lleva en sí un dictador y un anarquista». Digamos que llamamos anarquista a la persona cuya segunda faceta se manifiesta más y que con mayor fuerza combate la primera.

Dicho esto, y admitiendo que la anarquista busca la coherencia, ¿con respecto a qué la busca? A veces me parece que se busca la coherencia entre las ideas que se tiene y las que se quieren tener. Las ideas pueden ser fáciles de adquirir, pero sobre todo son fáciles de aparentar. Nuestra búsqueda de la coherencia no es, generalmente, entre ideas y actos, que sería lo lógico, sino puramente formal. De ahí que le demos tanta importancia a los que decimos y también a lo que decimos pensar, y tan poca a lo que hacemos.

De todo esto viene lo que yo llamo «la búsqueda de los grados de perfección moral». Nos preocupa esa parte de ser anarquista interna y, paradójicamente, extremadamente exhibicionista. Queremos tener un lenguaje aparentemente anarquista, unos hábitos personales supuestamente anarquistas, pero no hay un mínimo esfuerzo por hacer nada práctico anarquista. El anarquismo se convierte así en una religión o filosofía transcendentalista, donde se van alcanzando distintos rangos de iluminación o sabiduría hasta llegar al Nirvana o algún estado de conciencia superior. Como si fuéramos monjes budistas o místicos cristianos. En la FAGC ya es común bromear sobre los

«grados de perfección anarquistas» que hemos alcanzado: el grado 9 es el que alcanza la anarquista cuando es capaz de no emitir sombra, y el grado 10, el máximo conocido, cuando puede hacer la fotosíntesis.

El anarquismo así entendido, como una meta inalcanzable que implica martirización, como un club exclusivo y elitista que exige para entrar un examen de acceso, no me interesa. Sí, debemos ser coherentes, pero la coherencia exige correlación entre lo que decimos y hacemos, y eso quizás implique empezar a decir cosas realistas. Una tortuga que afirmara que no puede volar estaría siendo tan honesta como coherente. Coherencia es reconocer las propias contradicciones, y también los propios límites. Lo coherente es asumir que la vida misma, la que nos rodea, nos impide si queremos conservarla, hacer todo lo que nos gustaría. La coherencia es intentar cambiar eso, pero admitiendo sus dificultades y también los fracasos personales y colectivos. Coherencia no es dejar de respirar para no incumplir ni una coma de un dogma; coherencia es mantenerse vivas para poder aspirar a cambiar lo que no nos gusta. Reconocer que es imposible ser perfectas, que es imposible volar, como reconoce la tortuga, es coherente. La coherencia es conflicto y búsqueda, no perfección y esnobismo.

Por otro lado, podemos aparentar toda la coherencia que queramos en el continente, pero la coherencia implica contenido. Ser anarquista se ha convertido en una cuestión de forma más que de fondo, de respetar códigos culturales superficiales omitiendo lo que se hace en la práctica y cuando se acaba la asamblea. En ese aspecto, he conocido más anarquismo fuera de los círculos anarquistas que dentro. Podemos esforzarnos mucho, por ejemplo, en usar un lenguaje no sexista, como yo en este artículo, y formalmente aparentar oposición al heteropatriarcado. He conocido hombres muy rigurosos con el lenguaje, escrupulosos en su discurso, que afirmaban haber leído cada libro sobre feminismo que llegó a sus manos y estar al tan-

to de «lo último». Tíos que asisten a talleres o que incluso, sin sonrojo alguno, los imparten. Autotitulados «aliados» que, cuando el foco se apaga, en el trato con sus compañeras, eran verticales, despóticos y tiránicos, y también clasistas y autoritarios cuando interactuaban con las mujeres del barrio a las que miraban por encima del hombro. Sujetos formalmente contrarios a la opresión de género que sentían la más viva aversión por «chonis» y gitanas, y que hacían de cualquier mujer que se les acercara un cliché a cosificar. Y he conocido también mujeres que reprendían a sus compañeras si no se sometían a estos «machos alfa» y los escuchaban atentas hablar de Beauvoir, Preciado, los micromachismos o la oposición al amor romántico.

Por otro lado he conocido hombres que no conocen el nombre de ninguna autora feminista, que afirman no haberse podido acabar nunca un libro entero, que no usan lenguaje no sexista, que no conocen ningún término sofisticado sobre la deconstrucción de los roles de género y que no saben lo que significa heteropatriarcado sólo con oírlo. Y sin embargo, esos mismos hombres, sin formación académica ninguna, no tratan a sus iguales como inferiores o subalternas; no aíslan a sus compañeras de las conversaciones, ni las apartan de las tomas de decisiones; no creen que deban iluminarlas o guiarlas; las escuchan atentamente en las asambleas y las reconocen como referentes cuando su trabajo y su ejemplo les sirve de inspiración. No podrán elaborar un sesudo discurso sobre la opresión de géneros, pero jamás aprovecharán la coartada de un supuesto «espacio seguro» para agredir a una compañera. Las vecinas, mis compañeras más cercanas, prefieren militar con los segundos.

Lo dicho se puede aplicar a todas las manifestaciones anarquistas. Centramos todo el peso en el discurso, pero lo verdaderamente importante es lo que hacemos. Son nuestros actos los que tienen que hablar por nosotras y definir lo que somos.

No existe coherencia posible si no tenemos una actividad real que se pueda confrontar con nuestras ideas. Ser anarquista, entendido como un proceso meramente filosófico, teórico, como la adquisición de un estatus intelectual que nos separe de la plebe, es algo que me asquea y no me interesa en absoluto. Considerarse anarquista con la idea de distinguirse del resto y poder echarles una mirada de desprecio desde una pretendida superioridad moral, es simple y desnuda aristocracia. De ahí vienen los sermones y la agobiante insistencia de convertir a los infieles. Es la evangelización ácrata.

Mi anarquismo es otra cosa. Mi anarquismo no sirve para separarme de los demás sino para acercarme a ellos. Sirve para entender las contradicciones ajenas y ver cuánto de ellas hay en mí. Sirve para acostumbrarme a no exigirles nada a los demás por encima de lo que me exijo a mí mismo. Yo no quiero que ser anarquista sea una cosa difícil y tortuosa, sino algo fácil, asequible, al alcance de todo el mundo. Yo refuto a Armand cuando decía que «el anarquismo no es para los ineptos al esfuerzo». Me niego a eso. Yo no quiero un anarquismo para atletas intelectuales, para campeonas del pensamiento abstracto y *übermensch* salidos de algún documental de Riefenstahl. Yo quiero un anarquismo que precisamente pueda ser patrimonio de los que hasta ahora han sido marginados de las cumbres de cerebros, los comités de sabios, las aulas y las academias. Quiero que los que somos tildados de tullidos, físicos o mentales, podamos hacer nuestro el anarquismo y escupirlo a la cara de los que lo relegan a universidades, salones, colectivos de convencidas y grupos de estudio. Quiero que ese anarquismo cotidiano, que se teje en muchas de nuestras relaciones, en nuestras asambleas de vecinos, en nuestras ollas comunes, en nuestras huertas, en nuestros piquetes, en nuestras enfrentamientos en el barrio, acabe aceptándose como una forma rápida y eficiente de convertirse en anarquista sin necesidad de

darse ese nombre, de asumir ningún folclore, ni de compartir ningún fetichismo hacia banderas, símbolos y siglas.

Quiero que ser anarquista sea algo cercano, accesible y asequible, que las anarquistas sean definidas por su actividad y no solamente por las ideas que dicen defender. Quiero que ese anarquismo intuitivo, sin nombre y sin sello, pueda ser reconocido como una manifestación anarquista de primer orden. Que se entienda que una teoría anarquista ajena a la práctica y a la realidad es como una pieza refinada de cristal, pura y sin macula, brillante, pero tremendamente frágil y quebradiza. Mientras que el anarquismo de barrio, de calle, basado en la experimentación y la práctica, el anarquismo que yo defiendo, es más bien como una roca sin tratar, con tierra y llena de golpes, pero tremendamente sólida y pulida por el uso. Quiero en definitiva que el anarquismo deje de estar enmarcado en los despachos de las profesoras, que lo saquemos de las vitrinas y lo compartamos con la gente, que sea como un papel pequeño que la gente pueda llevar consigo todo el día en el bolsillo, lleno de pliegues de todas las veces que lo doblan y desdoblan, sucio y desgastado de tanto uso.

¿Y si esto nunca llega a ser aceptado por las anarquistas oficiales? Pues muy bien. Otro anarquismo, sin complejos ni pruritos intelectuales, a golpe de adoquín y de curro en la calle, acabará tomando posiciones y adelantándolos por su izquierda. Los cambios profundos no aguardan el consenso.

Ruymán Rodríguez

Miscelánea

La Rebeldía

SE ENCONTRABAN un buen día, reunidas, algunas de las más famosas experiencias y circunstancias humanas: la Alegría, la Tristeza, la Melancolía, la Esperanza y el Tiempo. Cada una de ellas discutía sobre quién era más importante, y se decían:

Alegría: «En verdad he de deciros compañeros que no hay ninguno que se iguale a mí en importancia. Yo cambio los rostros sombríos, yo hago olvidar las penas y los dolores. Después de la muerte, el hambre y la guerra siempre vengo yo, y como el buen vino hago que los problemas, aunque no desaparezcan, importen un poco menos».

Tristeza: «Yo soy aún más importante. De mí surge la reflexión más profunda, por mí la gente se levanta e intenta poner remedio a sus males. Yo soy la causa de que las personas, descubran, reformen y progresen, soy la responsable de que intenten buscar soluciones contra todas esas desgracias que tú solo ocultas, querida Alegría».

Melancolía: «Yo soy más preeminente que vosotras, ya que reúno lo mejor de las dos: yo soy la felicidad que se siente por estar triste. A mí se deben todos los grandes poemas, las más bellas canciones y de mí surge todo el arte con el que la gente

se alegra o entristece. Soy deseada por todos los grandes artistas y por todo amante no correspondido».

Esperanza: «Yo soy más necesaria que vosotras tres. A mí la gente acude cuando la Alegría se va, cuando la Tristeza se aferra al corazón y la Melancolía se hace insoportable. Todos me necesitan para no caer en la desesperación y recurren a mí ante cualquier adversidad. Todos me desean para poder superaros a vosotras. Es por mí que el ser humano decide dar un paso hacia delante. Yo soy la madre de la Ilusión, la Fantasía y los Sueños. Gracias a mí lo que hoy solo imagináis mañana será verdad».

Tiempo: «Estúpidas, ninguna de vosotras es más importante que yo. Cuando yo pase a todas vosotras se os habrá llevado el único que es superior a todos nosotros juntos: el Olvido».

Pero de entre una espesa neblina surgió una figura envuelta en un hábito, poco a poco se les fue aproximando, y cuando estuvo lo bastante cerca, la desconocida les dijo así: «Yo, pobres ingenuas, soy el principio y el fin, la causa que os convierte en meros efectos. Puedo potenciaros o barreros a mi antojo. Yo abro las entrañas de la Tristeza, prevalezco sobre las ruinas de la Esperanza, mi pasado crea un pozo de Melancolía tan descomunal como la cima de Alegría que provoca mi presente. Y en cuanto a ti, soberbio Tiempo, no me conformo con anteceder-te, acompañarte o adelantarte, tú no me haces anterior o posterior, ni tampoco contemporánea, soy yo quien te crea a ti, quien logra que nazcas o mueras, que avances o te estanques. Deja de alardear, pues ni tu querido hermano mayor, el Olvido, puede nada contra mí. Él nunca conseguirá borrar mi huella del sendero de la historia... Pues yo soy vuestra verdadera madre». Y, descubriéndose el rostro, alzó la voz: «¡Yo soy la Rebeldía!».

[Firmado como Teresa Azotacalles]

La Asamblea de los Animales

Obra de teatro infantil

LA SIGUIENTE OBRA DE TEATRO la escribió un vecino de «La Esperanza» para que la interpretaran los niños de la Comunidad como parte del programa de ocio de la Comisión de Talleres. Se terminó de escribir a comienzos del 2015 y fue interpretada en ese verano. La idea era entretener a los niños, y de ser posible hacerlo sin embrutecerlos y también sin adoctrinarlos, pero poniendo sobre el escenario actitudes y principios fácilmente identificables. Hay que tener en cuenta que está pensada para que la interpreten niñas y niños en su mayoría menores de 12 años, por lo cual es deliberadamente corta (4 páginas, con media docena de diálogos por personaje), para facilitar que se la aprendieran. También por eso se intenta usar un lenguaje lo más llano y coloquial posible, con algunos guiños a la forma de expresarse de los niños y alguna broma interna.

La Asamblea de los Animales

Obra en un acto

Dramatis personae:

El león egoísta

La serpiente perezosa

El mono juerguista

El burro trabajador

La oveja conformista

La cabra sabia

El perro honesto

Público: distintos animales aplaudiendo o abucheando las decisiones de la asamblea

Primer y único acto

Los animales con diálogo se encuentran sentados alrededor de una mesa. Cada uno en su silla, de cara al público. Con el tiempo se irán levantando. Los animales sin diálogo se amontonan a los dos lados de la mesa. Sentados en el suelo del escenario. El perro pasa a hacer la exposición inicial de la asamblea.

PERRO: Vecinos, vecinas, animales todos. El invierno se acerca y hay muy poca comida para superarlo. ¿Qué podemos hacer?

(Pequeña pausa. Los animales se miran unos a otros pensativos).

CABRA: Creo que lo mejor sería empezar a reunir comida.

(El público aplaude: ¡Bravo! ¡Viva!).

SERPIENTE: ¿Y quién reunirá esa comida y cómo se repartirá?

BURRO: Bueno... Yo creo que reunirla sería cosa de todos nosotros. ¿Cómo repartirla? Eso ya no sé...

SERPIENTE: ¿Nosotros? Shhhhhhhh. Conmigo no cuenten. Me duelen las piernas.

PÚBLICO: ¡Pero si no tiene piernas! (*Risas*).

MONO: Aquí se habla mucho de la comida, pero ¿y la bebida? También hay que divertirse. ¡Alegría! ¡Alegría!

PERRO (*interrumpiendo al mono*): Estoy con el Burro. Creo que el trabajo nos toca a todos. Los más fuertes que den más y los más débiles menos. ¿Repartirla? Lo mismo. Los que tienen más cachorros más y los que tienen menos, pues menos.

(*PÚBLICO: la mayoría aplaude*).

OVEJA: Estoy muy de acuerdo con el Perro. Es lo justo.

LEÓN (*poniéndose en pie*): En primer lugar, ¿por qué no podemos hacer trabajar a otros animales para nosotros? Por ejemplo, tú amigo Burro. Tú eres el más currante de todos nosotros. A ti se te da mejor. ¿No esperarán que yo con estas garras me ponga a cargar comida?

(*PÚBLICO: la mitad aplaude y la otra se queda callada*).

OVEJA: Estoy muy de acuerdo con el León. Es lo lógico.

LEÓN: ¿Y qué forma de repartir es esa? Los débiles, los que no pueden defenderse, no merecen nada. Repartamos la comida entre los fuertes (*hace gestos enseñando los músculos y buscando el aplauso*).

(*PÚBLICO: algunos aplauden y otros se miran con tono burlón*).

MONO: Creo que si nos tomáramos una copita todo se vería más claro.

BURRO: A mí no me importa trabajar, todos lo saben... Pero aquí todos tenemos cuatro patas (*mira a la serpiente que le mira mal*), ejem, bueno, casi todos... Entiendo que no trabajen

los cachorritos, los viejitos y los enfermitos, pero ¿por qué no íbamos a trabajar todos los animales jóvenes y sanos?

SERPIENTE (*para sí misma*): Qué manía tiene la gente con hacer cosas cuando siempre puedes conseguir que algún tonto las haga por ti.

CABRA (*que oye a la Serpiente*): Trabajar no es obligatorio. Pero el que no trabaje, pudiendo hacerlo, que tampoco exija comida. He dicho.

(*PÚBLICO: aplauden todos*).

OVEJA: Como siempre amiga Cabra, tienes razón. Yo iba a decir lo mismo justamente ahora.

MONO: Querida Oveja, ¿tú no tendrás ningún antepasado loro, verdad? (*Mirando al público con tono burlón*) Se repite más que el ajo, ja ja ja.

LEÓN: Vale, vale. Todos los que podamos trabajaremos por igual. Pero en lo de repartir no podéis negarme que tengo razón. Los fuertes merecemos más (*vuelve a sacar músculo*).

MONO (*otra vez hablándole al público*): El León es un motivado de la vida, ja ja ja ja.

(*PÚBLICO: se ríen todos*).

PERRO: Mono, deja de burlarte de los compañeros o tendrás que abandonar la asamblea.

MONO: ¿Qué? ¿Cómo? Pero si soy el único que le da vidilla a este muermo. Pero me da igual. Ya me estaba aburriendo. ¡A la porra! (*Deja su silla y se sienta junto al público*).

PERRO: Siguiendo con la propuesta del León. ¿Darle más al más fuerte? Eso significa darle más al que menos necesita. Además, el fuerte de hoy puede ser el débil de mañana. Todos podemos caer enfermos, partirnos una pata, y todos, si tenemos suerte, llegaremos a viejos. Nuestra fuerza está en permanecer unidos y ayudarnos los unos a los otros.

(*PÚBLICO: aplauden con fuerza*).

CABRA: Amiga Oveja, ¿y tú qué opinas? Te hemos visto darle la razón a todo el mundo pero tu opinión propia aún no la conocemos.

OVEJA: A ver. Yo creo que cuando uno tiene la razón, ese lleva la razón. Y cuando uno no lleva la razón, también puede tener su parte de razón. Si le das la razón a todo el mundo no quedas mal nunca. Así que estoy de acuerdo con todo lo que se ha dicho.

(El público la abuchea: ¡Fuera!).

BURRO: Yo sólo soy un humilde trabajador pero pienso que en esta vida lo más importante es tener opinión propia.

(PÚBLICO: aplausos y vítores).

SERPIENTE: Bueno si ya está todo claro demos la asamblea por terminada.

CABRA: Eh, pero si aún no hemos votado nada.

(El Mono no para de molestar a los otros animales del público: los despioja, salta, brinca).

PERRO: ¡Mono, respeta la asamblea o tendrás que esperar fuera hasta que acabemos!

MONO: *(Refunfuñando y hablando para sí)* Sí, sí, muy serio en las asambleas, pero a mí me da que es él el que tiene la selva llena de cacas.

LEÓN: Volviendo al tema, no discutiré más quién debe trabajar y cómo se repartirá. Aceptaré lo que diga la mayoría.

PERRO: Bueno, votemos entonces: ¿Quiénes quieren que la comida la recojamos entre todos y se reparta de forma justa? Levanten las patas los que estén a favor y... *(mirando a la serpiente)* los que no tengan patas, la cola.

(Todos levantan la pata salvo el León, la Serpiente y el Mono).

CABRA: Por mayoría todos trabajaremos y la comida se repartirá equitativamente.

(PÚBLICO: silbidos, aplausos y gritos de ¡bravo! y ¡viva!)

BURRO: ¡Bien! ¡Justicia!

SERPIENTE: Maldición.

OVEJA: Yo estoy siempre con la mayoría.

(El resto de animales la miran mal).

MONO: La última asamblea a la que vengo, juradito.

LEÓN: Habrá que aceptarlo. Quizás tengan razón, vecinos animales, y así vivamos mejor. Me han convencido.

(PÚBLICO: más aplausos).

PERRO: Pues manos a la obra, tenemos todo por hacer. A trabajar y a no perder nunca la esperanza.

FIN

[Firmado como Ruy]

Un sueño

UNA NOCHE TUVE UN SUEÑO que aún no he conseguido borrar de mi memoria, por lo detallado del mismo y también por el horror que me causó.

Puedo contaros lo que todavía recuerdo vivamente:

Aparecí como se aparece en los sueños, sin saber cómo ni por qué. En los sueños suelen haber nebulosas, formas y colores imprecisos, pero aquí todo era concreto, táctil..., masticable. El mundo era una línea, un horizonte. Arriba un cielo gris, parecía de noche, con espirales de nubes púrpuras; abajo un suelo gris con piedras rojizas. Árboles secos, como manos esqueléticas, se alzaban sobre esa línea.

Creía estar completamente solo, hasta que me rodearon los alaridos. Oía lamentos, quejas y al siguiente instante dientes chirriando y huesos chocando. Dos masas humanas, escuálidas y desnudas, mugrientas y ulceradas, se estaban destrozando. Peleaban sobre varios montones de basura. Se lanzaban unos contra otros disputándose los desperdicios. Uno mordía la cara de otro, destrozándose su propia boca. Sangre, olor a muerte y enfermedad por todos lados. Un grupo de ellos despedazaban a uno que bebía de un charco emponzoñado, en cuya superficie bailaban los insectos.

En la cima de las dos montañas más altas de basura había clavadas dos banderas, una de un color apagado y otro de uno más vivo, pero las dos estaban manchadas de sangre y heces. Bajo ellas vi a dos figuras, uniformadas con los mismos colores de sus respectivas banderas. Eran similares, al menos en especie, a los seres desnutridos de abajo, pero era evidente que estaban mejor alimentados. Gritaban consignas con unos megáfonos de cartón dirigidas a los que se estaban matando bajo

sus pies. Y cuanto más gritaban más vísceras y sangre se le arrebataba al enemigo.

No podía creerlo. Sentía miedo, horror. Miré a los alrededores buscando a dónde huir o alguien que interviniera. Descubrí que detrás de las montañas de basura, tras una suerte de telón, se amontonaban manjares, comida de toda clase y ríos de agua cristalina. Un grupo de seres sonrosados, solo dotados de bocas, rectos y dos rechonchas piernas, comían y defecaban sin parar. Los desperdicios eran empujados por unos pequeños diablillos grises al montón donde luchaban aquellos desgraciados.

Miré al cielo. Bajo la densidad de las nubes púrpuras se alzaba una figura que presidía el espectáculo. Era alta, alargada, con largos ropajes añiles. Su cara era blanca, con una boca roja sanguinolenta y unos ojos negros, vacíos, sin cuencas, carentes de vida. Su frente de cabellos negros estaba coronada. Me desplacé intentando no ser visto detrás de esa tétrica figura. Cuando la alcancé descubrí que estaba hueca, como la cóncava tapa de un sarcófago. Otros dos diablillos pedaleaban y movían los mecanismos que parecían mantenerlo con vida.

Los diablillos estaban conectados a unos hilos casi imperceptibles. Me atreví a seguirlos, como solo ocurre en los sueños. Surcaban un amplio trayecto por el suelo grisáceo hacia una especie de alta compuerta de madera, semiabierta. Los hilos estaban conectados a una gran máquina, gigante, mitad ordenador mitad serie de engranajes y válvulas. No pude fijarme bien en todas sus palancas y botones porque a mi derecha empecé a darme cuenta de un coro de gemidos y alaridos sordos. Vi primero a una suerte de científicos, serios, concentrados, con cabezas como bombillas y unas enormes lentes en los ojos; todos las tenían rotas. Estaban sentados frente a unos monitores donde aparecían una serie de estadísticas incomprendibles. Delante de estos monitores vi, tras la cortina de humo expulsada por la máquina, algo impactantemente horrible: una enorme jaula repleta de camillas donde centenares o

miles de mujeres desnudas, con los vientres hinchados, amordazadas y maniatadas, yacían sobre las mismas, boca arriba, con las piernas abiertas y colocadas en unos estribos. Estaban convulsionando, sudando y llorando, intentando soltarse, incapaces de cerrar las piernas, mientras eran obligadas a parir de forma constante, sin fin. Sus piernas estaban prisioneras, no podían cerrarlas aunque quisieran. Un bebé tras otro salía de cada una de ellas sin interrupción. Los recién nacidos eran extraídos por los científicos. Los vivos eran echados directamente a la máquina a través de un enorme embudo metálico; los muertos eran tirados al suelo y arrastrados por los demonios con cepillos hasta las montañas de desechos del principio. En el suelo se acumulaba la sangre de los múltiples partos coagulada. Los científicos caminaban por ella con unas grandes botas de goma. Muchas de las mujeres morían después de tantos partos. Al instante eran desechadas, junto a los bebés muertos, y otras eran traídas a la fuerza hasta las mismas camillas, entre gritos o llantos.

Vomité allí mismo. Me moví, tambaleante, lejos de la escena. Aún confundido y desorientado, me topé con una columna que marchaba lenta, compuesta por los famélicos luchadores del principio. Parecían haber sobrevivido al combate. Todos andaban hasta una gran explanada situada frente a una pantalla gigantesca. Al llegar allí se sentaban en el suelo, como esperando. Cuando todos estaban sentados comenzó lo que parecía una especie de proyección. Lo que se veía en la pantalla eran imágenes de los partos forzosos que acababa de dejar atrás. Volví a vomitar. Estos seres grises, para mí cada vez más deshumanizados, reían y aplaudían con cada muerte, sollozo o hemorragia, con cada primer plano de un rostro congestionado y colapsado por el dolor. Me separé de ellos notando cómo su color se hacía cada vez más rosa, cómo se consumían sus brazos y cómo de ellos sólo iban quedando las bocas y los culos.

Perdido, deseando huir, correr, escapar, despertarme, vi a lo lejos a un ser nuevo para mí. Era un animal, estaba seguro de ello, pero no sabía cuál. Nunca había visto a ninguno de su especie. Parecía un caballo, pero tenía cuatro mandíbulas, como un insecto, con escamas brillantes y oscuras cubriendo su piel, con cuernos y espinas por crines y con lo que parecían también alas de insecto. Podía dar miedo, pero sus ojos grandes, negros, húmedos, sensibles, inteligentes, me resguardaban un poco de todo el horror que acaba de presenciar. Me acerqué, quería acariciarlo y huir de ahí juntos, pero antes de que pudiera intentarlo los diablillos nos asaetearon desde la distancia, atravesando a la pobre criatura por todas partes, atravesando incluso uno de sus bellos ojos. Corrieron hacia nosotros y devoraron frente a mí, que yacía en el suelo herido a punto de morir, al único ser sensible que encontré en mi sueño. Mientras el ser cerraba sus ojos yo abría los míos. Había despertado y estaba vivo, disfrutando del que me parecía el mejor de los mundos posibles, donde no ocurrían ningunas de esas atrocidades. Sí, seguro que había despertado.

[Sin Firma, inédito]

Actualidad

HOY, SI TODO OCURRE según lo previsto, saldrá a la calle E. J. S. Llevaba en prisión desde hace más de 25 años. Es un agresor sexual múltiple y reconocido. Su inminente puesta en libertad ha generado mucha controversia y una gran alarma social.

La televisión ha entrevistado hoy, a razón de este asunto a F. Z. R., uno de los laureados agentes del Cuerpo Nacional de Policía que lo detuvo. Lo que los medios no han querido mencionar es que el agente F. se ha hecho tristemente popular en la ciudad por su «actitud inapropiada» con las detenidas. Nadie parece saber, salvo las víctimas y sus compañeros agentes, que en el territorio hermético de las comisarías el policía F. se dedica a abusar de las mujeres que tiene bajo su custodia y que ya son varias las que han sido maniatadas y agredidas. Le gusta especialmente insultarlas mientras las manosea.

Quizás algunas de ellas podrían plantearse recurrir al ilustre juez P. G. G., el mismo que precisamente condenó a E., el violador en serie del que hablábamos al principio de esta nota. Lo que quizás no llegarían a saber es que cada una de sus denuncias serían probablemente archivadas. Y es que el juez P., socio reconocido de asociaciones progresistas de la judicatura y autoproclamado defensor de los derechos de las mujeres, no es sólo gran amigo de F., además se considera bastante *tolerante* con lo que él denomina «debilidades morales». Cada viernes y sábado por la noche deposita en el bolsillo de su hijo mayor, que acaba de cumplir 18 años, un billete de 100€. Nunca se cansa de decirle, con una sonrisa cómplice: «para que emborraches a alguna». No es la primera vez que una chica se levanta atur-

dida y amoratada, entre lágrimas y vómitos, de la caseta de invitados, y que el servicio la invita a recoger sus cosas y marcharse.

Precisamente el magistrado P. ha quedado para almorzar este fin de semana con el reconocido político conservador J. A. M., partidario de que el violador E. cumpla íntegra su pena. Varias asociaciones sociales y vecinales han reconocido la valiente labor de este político, que ha jurado hacer todo lo que esté en su mano para impedir la cada vez más próxima puesta en libertad del que ha denominado como «un depredador sexual» y «una amenaza real para todas las mujeres». Mientras J. prepara una rueda de prensa donde piensa darle más bombo a este asunto, ojea despreocupado un informe militar que tiene sobre su mesa. El informe en realidad le atañe directamente, pues no hace mucho era Ministro de Defensa. Aunque no está preocupado en absoluto, le ha mandado una copia a su amigo el juez P. para que opine sobre sus implicaciones legales. Según el informe, la situación en un determinado país de Oriente Medio ya se ha normalizado gracias a la participación de «las fuerzas armadas patrias». Sin embargo, la población civil no para de quejarse por la cantidad de niños y niñas no reconocidos que han nacido desde la ocupación del país por las tropas occidentales y por la cantidad de madres desesperadas que no consiguen adaptarse a la nueva situación. Al parecer la orden de imponer un «estado de terror sistemático», incluyendo «acciones punitivas de todo tipo», ha dado como resultado que el ejército enviado en «misión humanitaria» se haya dedicado compulsivamente a violar a las mujeres y niñas originarias del lugar, ocasionando sangrientas escenas y terribles secuelas. Aumentan los nacimientos no deseados y también los suicidios femeninos. El señor J. sabe bien que él permitió que se cursara la orden que ha provocado todas esas violaciones, que someter a la población local a través del «terror sexual» era parte de la estrategia militar de sus generales, pero no piensa en eso. Piensa únicamente en cómo usar la polémica del «depreda-

dor» E. para que todo el asunto de Oriente Medio ni siquiera llegue a transcender.

[Sin firma, inédito]

La edad de un hombre

EN UNA CIUDAD de la costa occidental africana vivía un hombre muy peculiar. Todos sus vecinos lo veían a diario, siempre igual. Subía el viejo camino principal a la mañana y lo bajaba al anochecer, sin que nada en él pareciera cambiar de un día a otro. Pasaban los años y el vecino se mantenía idéntico, como una foto fija. Marchaba atareado con bártulos a la espalda, siempre con el mismo vigor, siempre al mismo ritmo. Saludaba con una mano que no se arrugaba y sonreía siempre con la misma jovialidad juvenil y desenfadada. Sus pantalones y camisas, casi siempre de tejidos frescos y de colores claros, beis o celestes, podían desgastarse, pero él no. Un día un vecino, después de años reuniendo el valor para ello, se le acercó y se atrevió a decirle:

—Buenos días. Perdona que te moleste pero llevo toda la vida viéndote pasar y nunca me he podido explicar por qué todos envejecemos menos tú. Te veía de pequeño, cuando jugaba con mis amigos, cruzar el camino principal, día tras día. Hoy ya soy mayor, tengo tres hijos, la más vieja me hará abuelo en breve, pero tú sigues igual, no has cambiado nada. ¿Cómo es posible?

—¿En serio lo dices? —contestó el aludido, turbado y confuso— nunca me había dado cuenta...

El hombre siguió su camino pensativo, íntimamente impactado. Al día siguiente volvió a subir el camino principal, como siempre, pero su paso era mucho más lento. En unos días sus vecinos notaron los cambios: unas incipientes canas dieron paso a un tupido pelo blanco y unos primeros pliegues en la

cara se convirtieron en profundas arrugas. En poco más de una semana quien subía y bajaba la calle era un viejo decrepito. Pasaron quince días y ya no se le volvió a ver más. La edad lo había alcanzado de golpe.

[Sin firma, inédito]